La sombra de La Sombra
Maxwell Grant



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

CAPÍTULO I
"A LA SOMBRA"

-¿Se marcha, señor Vincent?

Harry Vincent movió la cabeza afirmativamente en respuesta a la pregunta del empleado. Indicó un itinerario que tenia en la mano.

-Voy a pasar una o dos semanas en Michigan-informó-. Tengo la costumbre de visitar de vez en cuando a la familia. Siempre se alegran de verme.

Cruzando pausadamente el espacioso salón del hotel Metrolite, el joven sonrió para sí. ¡Llegó al grill-room, encargó de una manera metódica su habitual desayuno y esperó absorto en sus pensamientos.

Harry Vincent no podía realizar con frecuencia un viaje a Michigan. Había manifestado que iba a visitar a sus familiares. Durante los últimos años había residido en Nueva York y parecía más bien un neoyorquino que hijo del pueblecito de donde era originario. Como huésped fijo del Metrolite, hacia mucho que se había aclimatado a la vida de hotel.

El Metrolite tenia sus ventajas. En un hotel grande de Manhattan, los huéspedes se hablaban raras veces los unos a los otros. Veíanse centenares de caras nuevas todos los días. Era posible llevar allí una vida oscura, libre de toda molestia. Un hombre de costumbres tranquilas podía aislarse con poca dificultad de cuantos le rodeaban.

Sin embargo, a pesar de que los huéspedes del hotel Metrolite se movían como autómatas, indiferentes a sus prójimos, encerraban más drama y misterio sus vidas de lo que podría encontrarse en cualquier otra parte.

Era la opinión de Harry Vincent y estaba bien fundada. Pues él mismo llevaba una vida asombrosa bajo el disfraz de una vida plácida.

Nadie conocía las actividades a que se dedicaba Vincent. Los vecinos de su pueblo lo conceptuaban simplemente como un hombre de suerte que marchó a la gran ciudad y había prosperado.

No conocían su ocupación ni su paradero. En el hotel Metrolite era simplemente un huésped más entre varios miles.

Joven de porte distinguido y bien proporcionado, de unos treinta años, Harry Vincent presentaba un aspecto excelente. Le habrían clasificado por un próspero corredor de una casa importante o directivo de alguna empresa.

Nadie habría sospechado su verdadera ocupación. ¡Era un activo y fiel agente del misterioso personaje conocido por el nombre de La Sombra!

El nombre de La Sombra era conocido en todas partes. Era sinónimo de misterio. Millones de personas habían oído su voz por la radio, quedando impresionadas por sus tonos escalofriantes.

Mas para una clase de gente-la escoria de los bajos fondos sociales-el nombre de La Sombra significaba mucho más que una voz. Los criminales más endurecidos le temían, pues para ellos, era una amenaza viviente.

La mano del misterioso justiciero llegaba a todas partes. Se había levantado para desbaratar los bien trazados planes de los ases del crimen, en múltiples ocasiones. Había exterminado a innumerables hordas de malhechores.

Había llegado, a través del océano, para arrebatar a tiempo el botín de manos de criminales famosos. El hombre que se ocultaba tras esa mano vengadora permanecía, siempre invisible.

Envuelto en la oscuridad, La Sombra movíase cual un fantasma de la noche, apareciendo de improviso en los lugares más inesperados. Era un enemigo tenaz e implacable del hampa.

Cuando se oía la voz del hombre de misterio, los criminales más feroces temblaban de espanto ante sus tonos sarcásticos. Su presencia significaba la derrota de los malhechores.

Alguien había visto al personaje misterioso, pero jamás distinguieron sus facciones. Vestido con una capa flotante y un sombrero de alas anchas-ambas prendas negras como el azabache-era el rey de la oscuridad, un ser procedente, al parecer, del espacio infinito.

La Sombra sostenía en sus férreas manos, la balanza que pesaba la eterna lucha entre el crimen y la justicia. Cuando la balanza inclinaba contra las fuerzas de la ley, era él, quien rechazaba a los ases del crimen y a sus sicarios, para que la justicia prevaleciese.

En infinitas ocasiones los ases de los bajos fondos, habían intentado librarse de la perenne amenaza de La Sombra. Lo intentaron en vano. La verdadera identidad del hombre vestido de negro permanecía envuelta en un misterio impenetrable.

En ciertas ocasiones, sus agentes-Harry Vincent y otros-cayeron en las garras del enemigo. Siempre el jefe invisible los rescató, a pesar de las enormes dificultades que hubo de afrontar.

El secreto del misterio que rodeaba a La Sombra, consistía en el hecho de que ni siquiera sus mismos agentes conocían su identidad. Este hecho cruzó vívidamente por el espíritu de Harry Vincent mientras desayunaba en el comedor del hotel Metrolite. Recordó sus propias experiencias con el misterioso personaje. Parecían una cadena de sueños fantásticos.

En una ocasión, hacia mucho tiempo, Harry Vincent intentó suicidarse.

Desde lo alto de un puente, disponíase a lanzarse a las profundidades de un río, cuando una mano surgió de improviso de la oscuridad de una noche neblinosa. Una presa de acero le llevó a un lugar seguro.

En el asiento trasero de una lujosa limousine, escuchó una voz cuchicheada por unos labios invisibles.

Desde aquel momento, había obedecido ciegamente los mandatos de La Sombra. En calidad de agente de confianza, había contribuido eficazmente, en el papel que se le asignaba según el caso, a la incansable lucha contra el mundo del crimen. Desde entonces, no había carecido de dinero ni de las comodidades de la vida.

A cambio de estas compensaciones, había cumplido fielmente las órdenes de su salvador. No había tarea demasiado pesada, ni peligro demasiado grande que arredrasen a Vincent. Mientras gozaba de la amistad y confianza de su jefe, era un hombre sin miedo.

Las aventuras y los peligros siguieron al joven agente en todas las empresas.

Sus asombrosas experiencias eran hechos que no relataba a nadie. Servir a La Sombra implicaba conservar el secreto y él había cumplido siempre este deber.

Había ocasiones en que permanecía temporalmente inactivo. Otras veces, no se le exigía más que estuviese a la expectativa. De vez en cuando, se le daban unos cuantos días de permiso; y entonces aprovechaba para salir de Nueva York y hacer una corta visita a sus familiares, regresando cuando recibía una llamada especial.

Uno de estos períodos se le presentaba ahora. Aunque raras veces dejaba que su mente especulase sobre las posibles actividades de su jefe, no podía evitar pensar en lo que estaría haciendo en estos momentos.

Quizá reinaba un período de calma en la ejecución de los grandes crímenes que llamaban la atención del misterioso personaje. Quizá estaba ocupado fuera de Nueva York.

Sea cual fuese el caso, recibiría eventualmente órdenes, no directamente, sino a través de la agencia de un caballero llamado Rutledge Mann, un agente de Bolsa, que había alquilado unas oficinas en el piso veintiuno del edificio Grandville.

Igual que Harry Vincent, Rutledge Mann era un agente de La Sombra; pero sus deberes diferían considerablemente. Harry tenía asignado un trabajo activo, mientras que Rutledge desempeñaba un papel pasivo. El agente de Bolsa rara vez abandonaba su despacho durante el día; allí investigaba y reunía datos recogidos de varias fuentes, para transmitírselos a La Sombra.

Terminado el desayuno, Vincent regresó al vestíbulo y empezó a leer la prensa de la mañana. Terminada la lectura, consultó su reloj y llamó al conserje. Le pidió la llave y fue a un ascensor, seguido del empleado.

Su habitación tenia el número mil cuatrocientos ocho y estaba situada en el fondo de un pasillo del piso catorce. Caminando por el lúgubre corredor, el joven pensaba en su jefe.

¿Cuánto tiempo durarían sus actuales vacaciones? Probablemente terminarían con una llamada súbita y misteriosa transmitida por mediación de Rutledge Mann.

Quizá el deber le llamaría dentro de un mes o de una semana; ¡tal vez dentro de un día! ¡Eran tantas las actividades de La Sombra, que sus agentes podían ser llamados en cualquier momento!

Al llegar a la puerta de su habitación, introdujo la llave y abrió. Se detuvo en la entrada e hizo un gesto al conserje para que entrase mientras preparaba el equipaje.

El empleado penetró en el cuarto. De pronto se detuvo lanzando un grito de espanto. Vincent, sobresaltado, se agarró instintivamente a la puerta.

Observó el rostro pálido del conserje. Sus ojos reflejaban una profunda emoción. Miraban llenos de terror hacia el otro lado del aposento. Sus labios temblaban, mudos de horror.

Avanzando con presteza, echó al conserje a un lado y arrojó una mirada al centro de la habitación.

¡Luego, él también quedó paralizado de espanto!

Tendido en el suelo, junto a la cama, yacía el cuerpo de un hombre vestido toscamente, en una postura grotesca.

Las colchas de la cama indicaban que estuvo echado allí, y luego cayó, quedando sobre la alfombra en una posición fantástica. La cara del muerto estaba ladeada; su perfil presentaba la rigidez de la muerte.

Junto al cadáver, al lado de un codo torcido, veíase un montón de objetos.

Una cartera, unos papeles y un puro, eran pruebas de que la caída fue de cabeza. El ojo sagaz de Harry Vincent abarcó rápidamente la situación.

El conserje contemplaba boquiabierto y aterrado la horripilante expresión del rostro deformado por la muerte. Una brusca sacudida de Harry le volvió en sí. El joven dio en tono firme unas instrucciones concisas.

-Llame a la oficina-indicó señalando el teléfono colgado al otro lado de la cama-, y comunique lo sucedido. Dese prisa, mientras examino a este hombre.

El empleado se dirigió con paso inseguro al aparato, apartándose del cadáver al pasar. Su voz temblorosa sonaba débil mientras avisaba tartamudeando, que en la habitación número mil cuatrocientos ocho había el cadáver de un hombre.

Entretanto Harry Vincent, con el aire impasible de un hombre que ha contemplado muchas veces la muerte, se inclinó cuidadosamente sobre el cuerpo para asegurarse de que el hombre estaba realmente muerto. Tardó tan sólo unos segundos en reconocer que había expirado.

No tocó el cadáver ni los objetos que yacían tirados a su lado. Conocía que sería imprudente tocarlos antes de la llegada de la policía.

Pero usó sus ojos con buen resultado. Observó rápidamente las características de la vestimenta del muerto; el traje raído, la corbata rota, los zapatos sucios.

Luego su mirada notó algo que se proyectaba debajo del codo: un sobre que evidentemente le cayó del bolsillo cuando el hombre rodó al suelo.

Los ojos de Vincent se posaron sobre lo escrito encima del sobre. Al leer, la inscripción, contuvo el aliento.

Levantó con rapidez la cabeza y miró hacia el otro lado de la cama. El conserje se había desplomado en un sillón, con la cabeza entre las manos. Ni miraba a Harry Vincent.

Se oía un ruido de pisadas y voces ahogadas en el pasillo. La respuesta de la oficina había sido rápida.

Sin titubear un momento, Harry volvió a agacharse y retiró con presteza el sobre de debajo del codo. Al incorporarse, se escondió el papel debajo de la americana.

Cuando, breves instantes después, dos hombres entraron precipitadamente en el aposento, encontraron a Harry Vincent junto a la pared, observando con aire perplejo el cadáver. El conserje se había incorporado al oír entrar a los hombres.

Los recién llegados se detuvieron. Miraron, también, con fijeza al cuerpo y observaron los detalles.

El cadáver no había sido movido. Los objetos se encontraban aún junto a su codo. El cuadro parecía completo. Únicamente faltaba una cosa: el sobre que Harry Vincent había substraído secretamente.

Solamente el agente secreto conocía la existencia de ese sobre. Lo cogió instintivamente, obedeciendo a un súbito impulso. Pues, en opinión de Harry, el sobre no debía quedar en el suelo. Pertenecía a su jefe y ejercitó un derecho al apoderarse de él.

En un breve instante leyó las palabras escritas. Y a pesar de su aparente calma, pensaba en ellas. ¿Cuál sería su significado? Estaba resuelto a que ningún detective que apareciese sobre la escena averiguase la existencia de dicho sobre.

Tenía el deber de guardárselo pues pertenecía a su jefe. Esta creencia estaba basada en la inscripción que leyera: palabras que parecían increíbles una vez escondido el sobre.

Con los ojos entornados, recibió una impresión visual del escrito que había visto y sus palabras trazadas con tinta azul resaltaban su importancia. Sin mover los labios, cuchicheó las palabras que leyera en el sobre:

-A La Sombra.

Un mensaje procedente de un origen desconocido; un mensaje caído de las manos de un hombre moribundo; un mensaje recogido por un agente secreto, quien era el único que podía entregarlo a su destino.

¡Debajo de la americana, Harry Vincent tenía un mensaje para La Sombra!

CAPÍTULO II
EL MENSAJE EMPIEZA A CIRCULAR

Un hombre moreno y corpulento se había hecho cargo de la habitación número mil cuatrocientos ocho del hotel Metrolite. El detective José Cardona, hábil sabueso del Departamento de Investigación, se hallaba sobre el terreno, media hora después de recibir el aviso.

Había terminado el examen del cadáver. Ahora se disponía a interrogar a las personas que aguardaban impacientes.

-¿Dice usted que salió de este cuarto a las nueve?

La pregunta de Cardona fue dirigida a Harry Vincent. Fue contestada en el acto.

-A las nueve-respondió el joven-. Bajé directamente al vestíbulo. Al salir de la habitación, la camarera entró a hacer la cama. Le avisé que me marchaba.

-¿Es cierto eso?-preguntó el detective, volviéndose hacia una mujer vestida de uniforme.

-Sí, señor-respondió ella, con voz plañidera-. Vi al señor cuando salía del cuarto.

¿Entró alguien mientras usted estuvo aquí?

-No, señor. Pero, después, cuando salí...

-¿Qué sucedió entonces?

-Había un hombre parado en el pasillo. Estaba algo oscuro. El hombre me dijo que deseaba volver a entrar en la habitación, y que se había olvidado la llave. Yo, sin pensarlo, le facilité la entrada.

-¿Era este hombre?-Cardona señaló a Vincent.

-No, señor. No pensé nada en aquel momento. Simplemente abrí la puerta y dejé pasar al hombre. No acostumbro a hacer eso, pero de vez en cuando me distraigo. Después de haberlo hecho, empecé a dudar de sí me había equivocado. Quise entrar de nuevo en el cuarto, pero luego pensé que todo estaba en orden...

-¿Reconocería a la persona que le habló en el pasillo?

-No lo podría decir.... Estaba tan oscuro...

-Entonces ¿cómo sabe que no era este hombre?

-Tenia la voz diferente. Parecía que fuese un poco jorobado. No le vi la cara, pero le oí hablar; y por eso pensé que se trataba de otra persona...

-¿Pudo haber sido este hombre?

El inspector señaló con brusquedad hacia el cadáver del suelo.

La doncella miró pestañeando los ojos.

-Era muy parecido, señor-respondió-. Pudo haber sido él. Sí, quizá fuese él, pero no el señor que ocupa esta habitación.

-Perfectamente.

El detective se volvió para interrogar a Harry. En respuesta a las preguntas del detective, Vincent replicó con palabras firmes y directas. Sus maneras y su tono eran convincentes.

Había estado ausente de su habitación desde hacía más de media hora. Fue directamente a la oficina al llegar al vestíbulo. Desde allí, entró en el grill-room, volvió al vestíbulo y finalmente llamó al conserje.

El testimonio de Harry fue seguido de una asombrosa comprobación. Bien conocido en el hotel, parecía que todos sus movimientos habían sido observados por diversos testigos.

El ascensorista recordaba su descenso a la planta baja. El encargado de la oficina también recordaba la hora exacta que Harry se acercó al mostrador: a las nueve y tres minutos. El camarero del grill-room le vió comer allí.

El empleado del despacho de tabacos le vió cuando leía la prensa en el vestíbulo. El empleado del ascensor recordaba haberlo conducido arriba, acompañado del conserje.

Además existía el testimonio negativo del ascensorista del segundo aparato.

Conocía perfectamente al señor Vincent y declaró que estaba seguro de no haberle subido en su ascensor. Todo el tiempo de la ausencia de Harry de su habitación estaba explicado por una coartada invulnerable, apoyada por testimonios desinteresados.

Uno tras otro, los testigos desfilaron de la habitación. Quedaron tres personas: José Cardona, Harry Vincent y el médico forense, que había llegado para examinar el cadáver. Mientras el galeno realizaba un detenido examen, el detective habló a Vincent.

-¿Se marchaba usted del hotel hoy?-interrogó.

-Sí-respondió el agente de La Sombra-. Pensaba hacer un viaje a Michigan. No obstante, puedo quedarme en Nueva York. Mi viaje no tiene nada de urgente.

El inspector estudió a Harry; luego habló con franqueza.

-No tengo deseos de molestarle-declaró-. No obstante, su presencia seria conveniente. En un caso como éste, desearía poder convocar a testigos de confianza, si resultara necesario.

Harry Vincent hizo un gesto de asentimiento. Las palabras de Cardona eran gratas, indicaban que el detective consideraba la libertad de Harry.

-¿Permanecerá usted en el hotel?-preguntó Cardona.

-Por supuesto, pero en otra habitación-repuso Harry, secamente.

Sucedió una pausa.

Vincent estaba pensativo. ¿Qué haría el inspector, si sospechaba la existencia del misterioso sobre? Todos los efectos del muerto habían sido recogidos por el detective. No daban ninguna pista de la identidad del individuo.

El médico habló a Cardona. Estaba seguro de su dictamen. El muerto había sido víctima de un veneno lento pero virulento. Su fin llegó con un súbito espasmo de agonía.

El inspector tomó nota. Después de marcharse el forense, se volvió de repente y formuló una pregunta inesperada.

-¿Ha oído usted alguna vez hablar de Zipper Marsh?-inquirió.

-No-repuso Vincent, meneando la cabeza.

-Lo suponía. No tiene usted aspecto de gangster.

El sabueso lanzó una mirada pensativa al cadáver.

-Es inútil detenerle a usted-continuó-. Las declaraciones de los testigos confirman que no es hombre sospechoso. Comprendo que penetrar en una habitación como ésta, sea motivo de preocupación para un antiguo huésped de un buen hotel. Pero no son solamente los testimonios los que influyen en mi decisión. Da la casualidad de que conozco a este sujeto. Le he visto la carota muchas veces. Es Dobie Wentz. ¿Ha oído alguna vez ese nombre?

-No-respondió el joven ayudante de La Sombra.

-Era un tipo peligroso, del hampa. Me parece que se juzgaba más competente que Zipper Marsh, el pájaro con quien trabajaba. Por ese motivó se encuentra aquí, muerto. Cometió un acto de traición.

Harry, escuchando estas palabras, pensó en el sobre. Un gangster muerto-un cómplice de otro rufián-una carta dirigida a La Sombra... Los hechos se relacionaban en su mente. No formuló comentario ni alteró la expresión de su rostro.

-Dobie estaba equivocado; por eso no puede contarlo-continuó Cardona-. Estos gangsters actúan en cualquier hotel. Si Zipper no lo mató, fue algún otro. Por lo tanto, dejo a usted en libertad. Es usted el "pagano" inocente de esta riña. No les importa comprometer a quien sea.

Harry observaba al detective. La revelación del nombre del muerto era una noticia de importancia. Debía ser puesto inmediatamente en conocimiento de La Sombra. Podía ser el comienzo de una racha de crímenes.

El agente de La Sombra abrigaba sentimientos cordiales hacia José Cardona.

Conocía la fama del detective y ciertos hechos que éste no podía sospechar.

El inspector Cardona había aclarado el misterio de muchos crímenes sensacionales, según la prensa de Nueva York. Harry era uno de los pocos mortales que conocían la verdad de muchos casos. El inspector recibió los honores que en justicia pertenecían a La Sombra.

Harry reprimió una sonrisa al considerar la parte que él mismo desempeñó, en relación con los casos en que intervino el detective. Si éste decidiese detenerle, su libertad sería cuestión de poco tiempo. El inspector había recibido con frecuencia la ayuda de La Sombra y éste conseguiría fácilmente su libertad.

No obstante, sería innecesario que su jefe interviniese, a menos que el inspector cambiase de súbito de idea. Este permanecía absorto en sus pensamientos. ¿Acaso el famoso sabueso pensaba en La Sombra?

Si el caso de Doble Wentz fuese precursor de una racha de crímenes de más envergadura, La Sombra haría, sin duda, acto de presencia.

-Eso es todo-observó, el detective-. Le he puesto en antecedentes para que tenga cuidado de no hablar a nadie de este asunto. Es probable que no tenga necesidad de interrogarle otra vez. Tengo todos los datos que preciso. Pero si necesitase otra declaración, lo encontraré aquí, ¿eh?

-Sí-respondió Harry-. Pienso permanecer en el hotel. No estoy de humor para viajar, después de lo sucedido. Voy a tomar una habitación en otro piso.

Media hora después, se encontraba instalado en un aposento de un piso más alto.

El joven permanecía sentado ante una mesa de escritorio. Delante de él, se hallaba aquel objeto misterioso: la carta dirigida a La Sombra.

¿Qué había dentro de aquel sobre? Le intrigaba grandemente, pero resistió a la tentación de abrirlo. Ese acto debía reservárselo a su jefe.

Cogiendo una hoja de papel, escribió con una pluma estilográfica que extrajo del bolsillo, una serie de palabras redactadas en clave, que él conocía de memoria. Dobló el mensaje y lo introdujo en un sobre que selló con lacre.

El sobre iría a parar a manos de La Sombra, que lo recibiría junto con el mensaje del gangster muerto.

En todos sus comunicados a su jefe, usaba aquella clave y una tinta especial que la pluma estilográfica contenía. Las órdenes que recibía estaban redactadas de igual manera.

La clave era fácil de leer por un hombre que conociese su secreto; pero si los mensajes cayesen en manos extrañas, no tendrían tiempo de descifrarlos. La tinta que La Sombra utilizaba y suministraba a sus agentes, desaparecía rápidamente después de exponer al aire lo escrito.

Harry permaneció un rato en su habitación; luego bajó al vestíbulo. No vió señal de José Cardona. Pensó que habían sacado el cadáver de la habitación número mil cuatrocientos ocho y que el detective se había marchado.

No dio señal de que buscaba a alguien. Conservó su calma habitual. El largo tiempo al servicio de La Sombra le había dado muchas lecciones de prudencia.

Salió a la calle con la mayor naturalidad, tranquila y pausadamente. Dirigió sus pasos hacia Broadway. Al parecer no tenia prisa. Daba la sensación de dar un simple paseo por las calles de Manhattan.

Acortando el paso, se detuvo poco a poco delante de la entrada de un rascacielos. Entró con aire de indiferencia. Penetró en el ascensor y salió en el piso veintiuno. Caminó a lo largo del pasillo y se detuvo delante de la oficina número dos mil ciento veintiuno. En la puerta aparecía el siguiente rótulo:

RUTLEDCE MANN
Agente de Bolsa

Unos minutos más tarde conversaba con un caballero de rostro lleno y plácido, que se hallaba sentado perezosamente a una mesa de escritorio de caoba. Informaba a Rutledge Mann. En la mano, Vincent tenia su informe redactado en clave, junto con el sobre dirigido a La Sombra.

CAPÍTULO III
EL RASTRO DE LA SOMBRA

A primeras horas de aquella misma noche, un hombre achaparrado entró en el hotel Metrolite. Tenía un aire de distinción.

Su rostro firme tenia una expresión resuelta. Su mano derecha empuñaba un bastón largo y delgado; en la otra, llevaba un cigarrillo que sostenía unos centímetros bajo el mentón.

El recién llegado entró directamente en un ascensor. Permaneció quieto en un rincón mientras el aparato ascendía veloz. Tenia los hombros erectos.

Esta pose parecía ser habitual del individuo. Dábale un aspecto militar. A pesar de esto, el hombre no llamaba la atención. Los otros pasajeros apenas le observaron. Cuando avisó al ascensorista que parase en el piso dieciséis, habló en tono cuidadosamente modulado.

Después de salir del ascensor se dirigió seguidamente a una puerta marcada número mil seiscientos nueve. Golpeó ligeramente con el puño del bastón. La peculiar disonancia del golpecito fue evidentemente reconocida desde dentro.

La puerta se abrió y el visitante fue admitido al interior.

Una lucecita brillaba en el rincón del aposento. Perfilaba borrosamente la figura del hombre, que respondió a la puerta. Este individuo era más bajo y más grueso que su visitante. Los trazos de su rostro también eran firmes; pero presentaba unas facciones toscas, que daban a su poseedor una expresión lobuna.

-Hola, Zubian-gruñó el ocupante del cuarto número mil seiscientos nueve-. Te he estado esperando desde esta mañana.

-Esperé hasta el anochecer, Gats-respondió el visitante, con sequedad-. La discreción es prudente en todo momento.

-Pensabas que me encontraba en un aprieto ¿eh?- Gats soltó una risita-. No te censuro. La operación parecía arriesgada ésta mañana, pero yo estaba seguro de realizarla sin el menor contratiempo. Cuando Gats da un golpe, lo hace bien.

-Así parece-sonrió Zubian.

Gats Hackett esbozó una amplia sonrisa. Tomaba las palabras por un cumplido.

El contraste entre los dos hombres era evidente. El ocupante del cuarto era tan tosco como su visitante sutil. Por este motivo, sentía respeto por el hombre a quien conocía por el nombre de Félix Zubian.

Con una sonrisa maligna, sacó una botella de coñac. Ofreció una copa a su visitante, quien aceptó. Terminado este acto, se sentó en una butaca delante de Zubian y empezó a hablar en tono bajo.

-Te voy a explicar el asunto, Félix-dijo-. Si he calculado bien, la operación se ejecutará a las mil maravillas. No estás enterado de esta parte del trabajo, pero Carleton quiere que conozcas todo el negocio. En consecuencia, será mejor que comience desde el principio, aunque ya él te haya puesto en antecedentes de algo.

-Continúa-dijo Zubian, tranquilamente.

-¡Pues bien; Vamos a atrapar a La Sombra!

-La Sombra-repitió Zubian, pensativo-. La Sombra... quienquiera que sea este personaje.

-La Sombra es un hecho, existe-afirmó Gats, humedeciéndose los labios-. Quizá no has oído hablar mucho de él, porque has estado largo tiempo en el extranjero; pero yo conozco sus proezas. Oye, ¿tú no crees que tengo una banda por capricho, no es verdad?

Zubian no respondió. Simplemente meneó la cabeza.

Gats se sirvió otra copa y miró con fijeza a su visitante mientras continuaba afirmando la existencia de La Sombra.

-Escucha-continuó-; cuando Carleton, el aristócrata deportista vino a buscarme y me ofreció una participación en el golpe que planea, acepté al instante. Declaró que disponiendo de un veterano trabajando para él, un veterano con una banda, puede realizar una gran operación. Dispone de "pasta", para empezar. Cuando me informó que contaba con la colaboración de un sujeto del otro lado del charco-refiriéndose a ti-me figuré que el golpe seria de importancia. Pero al decirme que iba a operar en alhajas, en gran escala, le advertí que primero teníamos que "despachar" a La Sombra.

-¿Por qué La Sombra?

-Porque este pajarraco ha estropeado algunas operaciones en el ramo de la joyería. ¿Has oído alguna vez hablar de la operación que algunos compañeros realizaron en Moscú, cuando fueron a buscar las joyas de la corona de Rusia?

-Si. Me contaron algo en París.

-Pues bien; se afirma que La Sombra frustró aquel golpe. Pero existe otro caso muy anterior. ¿Has oído hablar de Diamond Bert Farley?

-No.

-Está en presidio ahora. Dio el golpe más grande de aquellos tiempos. Se disfrazaba de chino y se hacía llamar Wang Foo. La "poli" lo atrapó y lo mandaron a Sing Sing. Mas no fue la "poli" quien le echó el guante; fue La Sombra.

Gats Hackett permaneció unos momentos silencioso. Luego continuó su relato con voz de quien recuerda.

-No hay muchos que hayan visto a La Sombra y puedan contarlo. Bert Farley fue uno. Ahora se ha puesto un candado a la boca. La Sombra le perdonó la vida para que la "poli" le hiciese "cantar". No declaró más de lo necesario. Pero odia a La Sombra e informó a un antiguo amigo suyo... a Bizco Freston.

-¡Ah! -exclamó Félix Zubian:- ¡Bizco Freston! El mismo que...

-Que está trabajando para mí actualmente, el que corta un pelo en el aire-interpoló el gangster con una sonrisa.

-¿Qué sabe Freston?

-Él cree saber mucho. Averiguó de labios de Bert Farley que La Sombra tenía un sujeto que trabajaba para él. Bizco se puso a husmear por su cuenta, y tuvo suerte. Vió a un individuo que respondía a la descripción de Marley. Ahora estamos operando sobre este sujeto.

-¿Harry Vincent?

-Lo adivinaste. Ahora voy a explicarte el plan. Este pájaro, Vincent, es una especie de confidente de La Sombra, y nos figuramos que si La Sombra supiese algo por mediación de Vincent, podría caer en una trampa. En consecuencia, le hemos tendido un lazo.

"Primeramente, decidimos "liquidar" a Dobie Wentz. Dobie era un "rata", un traidorzuelo. Estaba de punta con su compañero Zipper Marsh. Tomamos dos habitaciones aquí, en el Metrolite. Esta es una, la mía; el Bizco tomó la otra, en el piso catorce. Los dos nos inscribimos con nombres falsos.

"Anoche llevamos a Dobie al cuarto del Bizco. Lo narcotizamos y retuvimos allí. Le dimos bastante opio para que no despertase. Esta mañana vigilamos la salida de Vincent de su cuarto. El Bizco encontró a la camarera en el pasillo y consiguió que le abriera la puerta de la habitación de Vincent, la mil cuatrocientos ocho.

"Metimos a Dobie allí. Le dimos un veneno seguro, lo depositamos encima de la cama y luego lo dejamos caer al suelo. Pusimos unos cuantos objetos a su alrededor y, entre ellos, un sobre dirigido a La Sombra.

-¡Ah! De modo que Vincent lo viese a su regreso.

-Naturalmente. Eso es precisamente lo que hace Vincent. Pero el Bizco y yo no estábamos allí para verlo. Permanecíamos aquí, escondidos.

"El descubrimiento del cadáver provocó un escándalo, pero nos figuramos que Vincent seria lo bastante listo para apropiarse del sobre. Debe haberlo conseguido. José Cardona, el detective, vino a investigar y dejó en libertad a Vincent. No podía detenerle, pues tenía una coartada perfecta.

-¿Y luego?

-El Bizco siguió la pista. Es muy listo. Es el mejor sabueso del hampa, cuando se trata de seguir el rastro de alguien.

-Es posible-observó Zubian-. Aunque lo dudo. Conozco a uno que probablemente es superior.

-¿No estará en Nueva York?

-Sí, aquí, en Nueva York-repuso Zubian, en tono significativo.

-Me gustaría conocerlo-rezongó Gats-. Pero es inútil discutir eso. El Bizco está trabajando. Sigue los pasos de Vincent, y de ese modo, encontrará a La Sombra. Por esto quería que vinieses esta noche. Estoy esperándole y cuando llegue, nos dará un buen informe. Quiero que tú lo oigas.

Félix Zubian estaba pensativo. Era un hombre calmoso, que rara vez expresaba sus pensamientos. Las palabras de Gats Hackett le habían interesado grandemente.

A pesar de su actitud inquisitiva, conocía mucho más de lo que aparentaba.

Había oído hablar de La Sombra en París. Estaba informado de una sensacional incursión en el corazón del distrito de los apaches de la capital francesa, en la cual el misterioso personaje triunfó sobre los tipos más feroces de los bajos fondos parisienses.

Todo lo que Gats había contado, Zubian lo sabía ya. Lo había oído relatar a su amigo íntimo, al individuo a quien Gats se refería por el nombre del "aristócrata deportista".

Douglas Carleton era el nombre del "aristócrata deportista", y Carleton estaba más cerca de Zubian que de Hackett. En la maraña de crímenes que Douglas Carleton estaba proyectando, Félix Zubian desempeñaría eventualmente un papel mucho más importante que Gats Hackett.

Pues Félix era un bandido de reputación internacional, mientras que Gats era simplemente un jefecillo de una banda de gangsters de Nueva York.

El semblante del bandido internacional adquirió una expresión inescrutable.

Gats Hackett observó con atención a su visitante.

En algunos respectos, Gats sentía cierta animosidad hacia este as del hampa, al que reconocía por encima de su nivel; al mismo tiempo, debido a un complejo de inferioridad, veíase obligado a demostrar cierto respeto hacia este hombre que llegara recientemente a América.

Cuando el gangster se hallaba perplejo, solía tomar otra copa; y, en consecuencia, ejecutó la acción, esta vez, después de ofrecerle una a Zubian, quien la rehusó cortésmente.

Transcurrieron unos minutos de silencio; luego, de pronto se oyó un golpecito bajo, pero vivo, en la puerta. Gats se apresuró a responder.

El individuo que entró era un hombrecillo extraño y risueño, cuyos dientes semejantes a colmillos, se exhibían en una sonrisa perpetua.

Félix Zubian no le había visto nunca antes; pero supuso que debía ser Bizco Freston. Los ojillos que brillaban en un rostro cetrino y contraído justificaban el apodo del gangster.

En su mano empuñaba una cachiporra. Utilizó el arma para golpear en la puerta del modo peculiar que significaba que un visitante amigo esperaba fuera.

Al ver al visitante, el Bizco no hizo ningún comentario. Echó una mirada a Gats, quien movió la cabeza en señal afirmativa. Era suficiente. Significaba que Zubian era de confianza y formaba parte de la pandilla.

-Hola, Gats-empezó el recién llegado, con voz gruñona-. Seguí la pista de aquel pájaro, como te dije. No cabe duda: Vincent trabaja para La Sombra.

-¿Bien?- preguntó Gats, impaciente-. ¿Quién es La Sombra?

Los colmillos del Bizco se separaron, al abrir la boca, atónito. Luego su flacucho cuerpecillo se agitó convulsivamente, al estallar en una carcajada contenida.

-Oye, Gats-preguntó can acento burlón; -¿qué esperas tú? ¿Crees que voy a colarme dentro para toparme con La Sombra, simplemente porque sigo la pista de uno de sus agentes? No te has vuelto loco, ¿verdad? Tengo una información muy interesante para ti; sin embargo, no he visto a La Sombra.

Gats, evidentemente malhumorado por los efectos de la bebida, emitió una respuesta vaga. Después, no despegó los labios; esperaba oír lo que el Bizco tenia que decir.

-Seguí a Vincent-declaró el hombrecillo-. Le seguí los pasos desde la puerta del hotel, después de marcharse la "poli". Lo seguí hasta un edificio de Broadway. Subí en el ascensor, sin que él me "filase". Entró en el número dos mil ciento veintiuno.

-¿Y después?

-Volvió a salir. Fue la última que vi de él.

-¿Cómo es eso?-rezongó Gats-. ¿Le dejaste escapar?

-¡De ninguna manera!-repuso el Bizco, con su risita astuta-. No soy tan memo, Gats. Me acompañaba uno de la banda. Ese individuo se encargó de seguir a Vincent, hasta este hotel, donde se encuentra ahora. Yo me quedé esperando en el edificio Grandville.

-¿Qué sucedió?

-Al poco rato salió un sujeto, un elegante de cara gordinflona. Un tiparraco de cara de memo, uno de esos que empezarían a berrear si se le pone una pistola en las costillas. En consecuencia, seguí los pasos de Fatty. En esto tuve pupila.

-¿Quién era?

-Rutledge Mann, es su alias. El tipo que tiene la oficina. Es agente de Bolsa. Me figuré quién era cuando le eché le vista encima. Luego averigüé todo lo demás. Bajó en el ascensor conmigo y le seguí de cerca hasta la calle veintitrés. Allí entró en un edificio viejo y destartalado. Comprendí que se trataba de algo importante, al verle entrar. Ningún petimetre como nuestro hombre iría allí en plan de visita.

-¿Le seguiste al interior del edificio?

-Seguramente. No faltaba más. Le vigilé desde el fondo de la escalera. Le vi sacar un par de sobres del bolsillo. Uno de ellos se parecía mucho al que pusimos a Dobie. No me encontraba lo bastante cerca para asegurarme de ello. Empecé a subir la escalera, pero tuve que escabullirme pues el pájaro salía ya.

-¿Tan pronto?

-Si. Pero ya no llevaba los sobres en la mano. Esto me dio una pista. Debió dejarlos en alguna parte del edificio. Exploré un rato, más tarde, pero no logré averiguar adónde fue. Todo cuanto sé es que este pájaro dejó los documentos en alguna parte del edificio.

-¿Lo cual significa?

-Que La Sombra tiene un escondrijo allí.

-¿Sí?-interrogó Gats, con acento irritado-. Entonces, ¿por qué diablo no localizaste ese escondite?

-¡Dame tiempo, Gats!-replicó el Bizco-. Me acompañaban dos individuos más de la banda, cuando seguí al hombre. Han estado vigilando desde entonces, informándome continuamente de cuanto sucedía. No han visto salir ni entrar a nadie sospechoso.

"Pero esto-siguió-, no significa que La Sombra no ha estado allí. Los muchachos están al acecho. No se les escapará ni una rata. No quiero que La Sombra los vea, y me juego las orejas a que tarde o temprano verán a nuestro enemigo, ahora que es de noche.

-Me parece que has fracasado en la operación-refunfuñó Gats, sirviéndose otra copa-. Te creía más listo y me has resultado un fracasado.

-No he fracasado-replicó el Bizco-. Ahora mismo vuelvo allá para vigilar personalmente. La Sombra no me verá. No digo que yo le echaré la vista encima, pero estaré vigilando con atención.

Tras estas palabras, el diminuto gangster salió del aposento, dejando a Gats Hackett solo con Félix Zubian.

-Así hay que tratar al Bizco-dijo Gats-. Hay que hacerle ver que uno no está satisfecho. Eso cuando trabaja bien. ¿Oíste del modo que le hablé? Me quejé, ¿no es verdad? Pues bien; no tengo motivos para quejarme.

-¿Estás satisfecho de lo que ha hecho?

-Desde luego, para empezar. No esperaba que encontrase a La Sombra al final de la pista. Solamente quería asegurarme de que La Sombra recibía el mensaje esta noche. Al parecer así ha sido. Probablemente el Bizco no verá que lo recibe, pero llegará a sus manos, sin ningún género de dudas.

Gats terminó sus manifestaciones con una risita. Echó una mirada a su reloj, moviendo la cabeza de satisfacción.

-Todavía es temprano-declaró-. Hay mucho tiempo. Siento que no puedas acompañarme esta noche, Zubian; pero ya sabrás el resultado. Carleton dice que, por ahora, no intervienes; pero que debemos darte conocimiento de todo. Bien, ahora estás informado. Mañana...

Se encogió de hombros y profirió una carcajada. Parecía estar muy seguro del éxito de la empresa. Félix Zubian se incorporó calmosamente, estrechó la mano del gangster y salió del aposento.

Gats Hackett soltó una risita cuando su visitante hubo partido. De un maletín extrajo dos revólveres de grandes dimensiones y los acarició afectuosamente.

Con estas pistolas había conquistado su fama. Su habilidad en el manejo de esas armas era reconocida por todos los ámbitos de los bajos fondos sociales.

Se metió los revólveres debajo de los brazos y emitió una risa siniestra.

Equipado con esas armas, el gangster, jefe de una banda, permaneció un instante en el centro del aposento y puso sus manos encima de ellas, debajo de la americana.

-¡La Sombra!-exclamó, en tono bajo y despectivo-. El pajarraco entrometido que siempre busca pelea. Pues bien; quizá la encuentre una noche de estas. De estas, si no lo "liquidan" antes.

Se mofó en silencio. Su rostro feroz expresaba satisfacción. Para él, la entrega del misterioso mensaje era el aviso precursor, la señal segura de la muerte de La Sombra.

CAPÍTULO IV
EL MENSAJE

Media hora después de salir de la habitación de Gats Hackett, Bizco Freston llegó al edificio de la calle veintitrés. Se detuvo delante de unos escalones que conducían a los sótanos de una casa situada enfrente y emitió un silbido bajo y significativo, que recibió una respuesta similar.

El frágil y diminuto gangster descendió los escalones y se reunió con sus compañeros. Les interrogó en tono cauto. Ninguno de los dos individuos apostados allí había visto entrar ni salir a nadie, del edificio de fachada negra del otro lado de la calle.

Después de darles determinadas instrucciones, les ordenó que abandonasen el puesto. Obedecieron, marchándose en distinta dirección.

El Bizco les observó cuando cruzaban la calle y se apostaban en lugares obscuros, a unos cincuenta metros de la entrada del edificio que él vigilaba.

Apostados de esa manera sus ayudantes, emitió un gruñido de satisfacción.

Había estudiado la topografía del edificio. Enclavado entre dos rascacielos, teniendo en la parte posterior un almacén, no podía entrarse más que por la puerta de la calle veintitrés. La calle estaba a oscuras, pero los rayos de una luz titilante salían por el dintel de la puerta.

La tenue iluminación variaba constantemente, anulando la obscuridad, mientras la puerta permanecía cerrada. No obstante, el Bizco contaba con que aquella luz delatase la presencia de cualquier persona que entrase o saliese.

La puerta, al abrirse, dejaría salir un reflejo delator.

Gats Hackett no había elogiado bastante la sagacidad del Bizco como sabueso. Mas, a pesar de su reconocida habilidad, el diminuto gangster procedía con gran cautela, especialmente porque vigilaba a La Sombra.

Familiarizado con las costumbres del hampa, conocía perfectamente el peligro que representaba el rey de la noche. Aunque era audaz, temía la presencia del hombre de misterio.

Sentía un gran respeto por la reputación de valentía de La Sombra y la sobrenatural habilidad con que presentía la existencia de una trampa.

No se arriesgaba esta noche. Tenia confianza en que, cuando llegase La Sombra, le vería a menos que-esto le molestaba-ya hubiese llegado y se hubiese marchado mientras él estuvo ausente.

Lo parecía improbable. Durante el tiempo de su ausencia, cuatro ojos sagaces estuvieron vigilando desde aquellos escalones subterráneos.

Un manto de niebla iba cubriendo la calle. Un aire helado venía lentamente del río. El Bizco gruñó, abrigando la esperanza de que la visibilidad no desaparecería.

Gradualmente la neblina pareció estacionar su densidad. Se convirtió en una niebla negruzca y el diminuto gangster siguió vigilando con escasa dificultad.

Sin embargo, con la niebla y la noche, los ojillos bizcos del siniestros gangster fueron burlados sin su conocimiento. Una figura avanzaba por la calle veintitrés; una figura que, al parecer, no poseía armazón humana.

Era apenas algo más que una sombra pasajera, que se deslizó por una callejuela donde uno de los vigilantes del Bizco escudriñaba la obscura niebla. Al aproximarse a un farol, la figura alargóse formando una larga mancha de sombra que se extendía por el pavimento.

La sombra pasajera se fundió en la oscuridad. Apareció de una manera intermitente tan sólo; luego no fue más que una mancha que se escapaba a la vista.

La masa de negrura se metió en la fachada del edificio envuelto por la obscura niebla. Allí quedó invisible. Deslizóse como una cosa disforme a lo largo de la pared, para detenerse delante de la puerta que el diminuto gangster estaba vigilando.

Se produjeron varios sonidos, tan imperceptibles que no podían oírse a más de dos metros de distancia.

De pie delante del edificio, fundido de modo tan absoluto con la fachada que ninguna persona podría haber notado su presencia, se hallaba un ser vestido de negro.

Su figura siniestra era completamente invisible, como sus manos, enguantadas de negro. No podía verse su rostro, pues estaba oculto bajo las alas protectoras de un sombrero negro.

Dos ojos, solamente, eran visibles. Brillaban como ascuas encendidas. No obstante, nadie podía ver aquellos ojos. Estaban enfocados en la puerta del edificio.

¡La Sombra había llegado!

¡Surgido de la oscuridad, a través de la niebla, el hombre de la noche visitaba-como se esperaba-el edificio de la calle veintitrés!

Una mano invisible insertó una llave negra en la cerradura de la puerta. El leve chirrido del metal fue uno de los sonidos que un oído-a menos de un par de metros de distancia-podría haber percibido. Otro ruido fue la abertura de la puerta, la señal más leve imaginable de que La Sombra disponíase a entrar.

La puerta se abrió poco a poco. La Sombra deslizóse muy lentamente hacia el interior. Su elevada figura deslizóse por la abertura como si la negrura de la noche se vertiese en un recipiente. La húmeda niebla parecía proyectar una porción de su masa a través de la abertura recién formada.

La alta figura de negro casi llegó a la parte superior del umbral, llenando por completo el espacio de la abertura. Un diminuto titileo de luz apareció por encima de la cabeza de La Sombra; luego la puerta empezó a cerrarse cuando la figura de negro atravesó el umbral.

La vigilancia del Bizco no había cesado. Sin embargo, el astuto gangster no había percibido la entrada de La Sombra. La única pista que podría haberle servido-el breve cambio en los rayos de la iluminación-no fue suficiente.

¡Ante la mirada de águila del gangster, La Sombra penetró en el edificio!

Ahora la elevada figura de negro era visible, mas no donde pudiesen verla unos ojos que espiasen. La Sombra, deslizándose a lo largo de la pared del vestíbulo interior, apareció momentáneamente en la esfera de la luz.

Su figura presentaba un cuadro fantástico. Alto, fantasmal y silencioso, asemejábase a una figura de ultratumba.

Los pliegues de la flotante capa produjeron un rumor sibilante cuando el misterioso personaje llegó a la escalera. El ligero revoloteo de la prenda reveló su forro carmesí.

El semblante, algo inclinado hacia abajo, estaba completamente oculto por las alas del sombrero. El hombre de las tinieblas desapareció en la escalera.

La silenciosa figura surgió debajo de una luz de la escalera. Con paso siniestro y silencioso, penetró en un pasillo lateral. Allí desapareció por completo. El pasillo estaba desierto. Ni siquiera el Bizco, de haber estado apostado allí, podría haber observado el destino de La Sombra.

Una puerta de aquel corredor ostentaba en su polvorienta superficie, este nombre:

B. JONAS

Por el buzón de esa puerta introdujo Rutledge Mann, los sobres que Harry Vincent le entregara. El Bizco, que se quedara cautelosamente detrás, no vió la acción aquella tarde.

El agente de Bolsa tenia la costumbre de visitar aquella oficina desierta, cuando tenia algún mensaje para La Sombra. Sabia que su jefe debía ir allí alguna vez.

Sin embargo, ni siquiera esta noche, cuando La Sombra se encontraba en el edificio, había la menor señal de su presencia dentro de aquella oficina. Los débiles rayos de luz del pasillo mostraban el nombre pintado en la puerta; pero ni el más leve ruido o indicio indicaba que alguien había penetrado en el cuarto que se suponía ocupaba B. Jonas.

En efecto, la súbita reaparición de La Sombra habría desmentido la creencia de que había estado cerca de la oficina. La figura fantasmal emergió casi de una manera sobrenatural en el pasillo donde desapareciera, perfilado de forma fantástica por la titilante luz de lo alto de la escalera. Luego tornó a esfumarse, esta vez en dirección de la escalera.

En la planta baja, el hombre de la noche invirtió el procedimiento que marcara su entrada al edificio. Aproximóse a la puerta y ésta se movió hacia dentro poco a poco. Se introdujo lentamente en el espacio que iba ensanchándose gradualmente.

Luego la puerta comenzó a cerrarse, al parecer automáticamente. Una figura invisible se detuvo en la parte exterior del edificio; mas no permaneció allí mucho tiempo. Desprendióse de la negrura y se alejó veloz, fundiéndose en la noche neblinosa.

El Bizco, vigilando con igual cuidado que antes, fue burlado de nuevo.

No percibió ni un solo instante a la sombra que se alejaba. Continuó atisbando con paciencia mucho después de la partida de La Sombra, con la esperanza de que si él no veía nada, quizá uno de sus compañeros habría tenido más éxito.

También sufrió una decepción a este respecto. Tan sólo unas manchas pasajeras de sombra señalaban el paso del hombre de las tinieblas, en dirección opuesta de la que viniera. Esta vez fue el otro individuo agazapado quien no vió a La Sombra pasar delante de su puesto de observación.

De allí en adelante, la mancha de La Sombra fue tan imposible de seguir como anteriormente.

No fue un sentido de peligro, lo que motivó que La Sombra se aproximase de una manera tan asombrosa al edificio. El hombre de misterio era indiferente a todo peligro. Siempre, por costumbre inveterada, usaba este método al acercarse a un lugar.

Para La Sombra, el sigilo era una costumbre instintiva.

Cuando llevaba su habitual vestimenta de negro, convertiase en una parte de la noche misma. En esto consistía el genio de La Sombra.

Poco tiempo después de haber abandonado la vecindad de la calle veintitrés, sucedió una escena en una habitación silenciosa situada lejos del edificio donde Freston y sus cómplices esperaban la llegada de La Sombra.

El leve chasquido de un conmutador, iluminó de una manera extraña una habitación que hasta entonces había estado a obscuras. Una bombilla azulada, suspendida en el rincón del cuarto, arrojó un resplandor fantástico sobre la pulida superficie de una mesa. Fuera del radio de aquella lámpara oscura, había una zona limitada por sombras impenetrables.

Como el interior de una cámara fotográfica, el lugar estaba envuelto en una completa negrura. Ni siquiera el fantasmal personaje que tocara el interruptor, podía ser visto en aquel crepúsculo artificial. Hasta que dos objetos blancuzcos se deslizaron cual seres vivientes sobre la superficie de la mesa, no se hizo evidente la presencia de un ser humano.

En virtud de una singular metamorfosis, aquellos objetos blancos convirtiéronse en manos que descansaban sobre la mesa. Eran unas manos asombrosas, de largos dedos puntiagudos y dotados de fuerza y destreza.

En la mano izquierda fulguraba algo que arrojaba largos y brillantes destellos de color hacia la luz azulada que había encima.

Eran estos los rayos de una fulgurante gema, una piedra maravillosa llamada el girasol. Una especie de ópalo de fuego. Poseía esta piedra unas propiedades asombrosas.

De un color carmesí profundo, el girasol se tornaba purpurino subido; luego, al parecer sin ninguna causa visible, fulguraba con destellos azul brillante, volviendo a un tono rojizo que arrojaba unas chispas fantásticas.

Aquella extraordinaria gema era el símbolo de su poseedor. Identificaba al personaje que ocupaba la sombría habitación. ¡Era el emblema de La Sombra!

Este cuarto oculto, perdido en el Manhattan agitado y febril, constituía el santuario de La Sombra. Solamente era conocido del hombre de la noche, que lo utilizaba cuando lo necesitaba.

Rodeado por las tinieblas, que para La Sombra eran su morada, el hombre de la noche usaba este santuario, para trazar los planes de sus implacables batallas contra los enemigos de la ley.

Esa noche, la misión de La Sombra quedó evidente unos instantes después que sus manos surgieron a la luz. Aunque las manos parecieron proyectarse desde la oscuridad, cual desprendidas de los brazos a que pertenecían, la presencia de La Sombra se manifestó en forma de una risa suave y baja, que resonó por la habitación.

Unos tonos sarcásticos y espeluznantes marcaron el presentimiento de La Sombra cuando sus manos se apartaron y luego reaparecieron, con dos sobres en su presa.

Las manos largas y suaves abrieron los envoltorios. Unos dedos sensitivos extendieron la misiva de Harry Vincent. Unos ojos invisibles escrutaron las líneas redactadas en clave. La escritura azul se desvaneció, palabra por palabra, hasta no quedar más que un blanco virginal.

La Sombra lanzó una carcajada. Había leído el mensaje de su agente. Se había informado de los detalles del descubrimiento de Harry Vincent en la habitación número mil cuatrocientos ocho del hotel Metrolite, y el subsiguiente veredicto del detective José Cardona.

Reinó un silencio profundo mientras aquellas manos misteriosas tenían el segundo sobre. Los ojos de La Sombra examinaban la inscripción garabateada en la faz del sobre.

Las manos volvieron el sobre. Los dedos rompieron cuidadosamente un extremo. Sacaron una hoja de papel.

Este pliego, desdoblado, contenía un escrito garabateado con la misma letra que la visible en el sobre. El mensaje no mostraba señales de haber sido escrito apresuradamente. No empezaba con un saludo ni llevaba firma.

Consistía enteramente en la siguiente información:

"Zipper Marsh es un puerco traidor y denuncio su proyectado golpe para que pueda echarle el guante. Se propone ejecutar una operación cerca de Jamaica el próximo martes. Forzará una caja de caudales en la casa de Adolfo Grayson. Segundo piso, primer cuarto a la derecha. Piensa llegar allí a las dos y media, pues a esa hora se relevan los vigilantes. El segundo vigilante está "untado" para esfumarse mientras se da el golpe. Zipper "opera" solo. Puede atraparle con las manos en la masa."

La misiva yacía en la mesa, debajo de las manos de La Sombra. Añadiendo los datos facilitados por Harry Vincent, el origen y finalidad del mensaje aparecía claro.

Zipper Marsh y Dobie Wentz trabajaron juntos. Riñeron y ahora Zipper trabajaba solo. Evidentemente, Dobie, juzgándose impotente para enfrentarse con su ex compinche, escribió este mensaje.

¿Averiguó Zipper Marsh la acción de Dobie? ¿Fue ese el motivo de la muerte de Dobie? De ser así, ¿por qué razón tenia aún el mensaje cuando Harry Vincent lo halló? ¿Logró escapar y llegar a la habitación de Vincent, para morir de los efectos del veneno administrado por un enemigo?

Eran éstos los problemas con que se enfrentaba La Sombra. Su ágil y sagaz cerebro los examinaba mientras sus ojos invisibles seguían enfocados sobre el mensaje. Cada frase, cada palabra, letra por letra y todas las características de lo escrito estaban sometidos al escrutinio de aquella mirada calculadora.

Un pliego en blanco apareció a la vista, sacado y puesto allí por la mano izquierda de La Sombra. Sobre el papel, la mano derecha escribió dos nombres, uno al lado del otro:

Harry Vincent-Dobie Wentz.

Este par de nombres formaban una paradoja. El hombre vivo era un fiel ayudante de La Sombra; el muerto, un gangster traidor a su compinche. ¿Qué relación existía entre ellos?

Harry Vincent, en su nota, manifestaba desconocer la existencia de Dobie Wentz. Pero la aparición del cadáver del forajido en la habitación de su agente, era demasiado sorprendente para ser una mera coincidencia.

Demostraba que el gangster-o alguien que le conocía-tenía pruebas de que Harry era un ayudante de La Sombra.

Habíase suscitado una situación sorprendente; algo verdaderamente singular.

Los gangsters podían traicionar a sus compañeros; podían odiarse los unos a los otros; pero todos abrigaban los mismos sentimientos: un odio común hacia La Sombra.

Los confidentes llegarían a solicitar ayuda de la policía; pero jamás de La Sombra. El hombre de las tinieblas era el terror del hampa; el único poder que constituía una amenaza perenne e inflexible. Cierto es que podía resultar un aliado poderoso, pero jamás ningún malhechor tuvo la audacia de solicitar su cooperación.

En concepto de mero portador de una nota semejante, Dobie Wentz merecía la sentencia de muerte, de acuerdo con las leyes del hampa.

El largo dedo de la mano derecha de La Sombra se posó sobre una frase:

"Piensa llegar allí a las dos y media..."

Eran las palabras más vitales de la carta. Significaban un momento determinado de acción. El momento culminante de la situación llegaría entonces.

¡Esa noche era la noche del martes! No era aún medianoche. Quedaba todavía bastante tiempo para esa hora. En la casa de Adolfo Grayson quizá sería posible hallar una solución del problema.

Sonó un chasquido. La luz se extinguió. El aposento quedó sumido en completa oscuridad. Una carcajada espeluznante resonó a través de la negrura. Sus tonos burlones estaban henchidos de un significado extraño e insondable, más expresivo que las palabras.

La carcajada agonizó y sus ecos fantásticos terminaron de un modo escalofriante. El

santuario estaba desierto, ¡La Sombra había desaparecido, dispuesto a aceptar el reto transmitido por un muerto!

CAPÍTULO V
LA TRAMPA ESTA TENDIDA

-Te llaman al teléfono, Douglas.

Douglas Carleton se levantó de una butaca haciendo una reverencia a la joven sentada a su lado.

-Perdona, Virginia-dijo-. Volveré dentro de un momento.

Virginia Devaux siguió con la mirada a Carleton, cuando éste cruzó el espacioso salón del padre de la joven. Alto y gallardo, y vestido inmaculadamente con traje de etiqueta, ofrecía un aspecto excelente. Virginia suspiró cuando el joven desapareció del aposento.

Hija de un multimillonario, miembro de las clases aristocráticas, Virginia Devaux había suscitado la envidia de todas sus amigas al comprometerse con Carleton.

El joven era uno de los más populares caballeros deportistas de Nueva York.

Poseía una fortuna propia. Sus relaciones con Virginia Devaux habían destrozado los corazones de una veintena de jóvenes elegibles, que anhelaban el honor que ella había conquistado.

Sin embargo, el suspiro de la joven no era una expresión de amor que sintiera por Douglas Carleton. Más bien reflejaba una nota de descontento y pesadumbre, pues Virginia había llegado a arrepentirse de la promesa de casamiento dada a Carleton.

Lo peor de todo es que no podía exteriorizar sus sentimientos. Quizá no había amado nunca a Douglas: quizá la constante presencia del joven había llegado a aburrirla. Sea lo que fuese, la muchacha había aplazado toda idea de casamiento, a pesar de las reiteradas protestas de su novio.

Pero, ahora no podía aplazarlo más y, en lugar de afrontar la situación con resignación, estaba preocupada. Pues durante este intervalo, habíase enamorado inconscientemente de otro hombre.

Su verdadero amor se hallaba en la casa en este momento. Estuvo hablando con ella media hora antes. Desde entonces, él había estado encerrado con el padre de la muchacha, discutiendo el tema que constituía ahora el pasatiempo del millonario Stanford Devaux: la colección de diamantes sin tallar.

Virginia Devaux era una muchacha bellísima, pero la pesadumbre de su corazón se reflejaba en sus delicadas facciones. Su rostro estaba pálido, sus ojos francos y seductores estaban empañados. Hasta su cabello levemente bronceado, parecía menos brillante.

Sonaron unas pisadas en el pasillo. El corazón de Virginia empezó a latir aceleradamente. Levantóse con rapidez de su butaca y avanzó hacia el centro del aposento yendo al encuentro de su padre y del hombre que le acompañaba. Habían terminado su conferencia y regresaban al salón.

-!Shelton Milbrook!

Las palabras se formaron inconscientemente en los labios de la muchacha, cuando el hombre entró en el aposento.

De pie dentro de un nuevo radio de luz, la joven había sufrido una transformación instantánea. Sus mejillas habían enrojecido. Sus ojos brillaban. Su cabellera reflejaba una aureola deslumbrante.

En unos breves segundos, la muchacha indiferente y abstraída se había convertido en una belleza radiante.

Stanford Devaux y Shelton Milbrook se detuvieron llenos de admiración.

Devaux-un hombre delgado y de edad avanzada, con nariz ganchuda y mentón huidizo-esbozó una sonrisa senil que parecía indicar cierto orgullo paternal. Milbrook, un hombre robusto, de facciones ásperas y cuadradas, conservó una solemnidad que expresaba una verdadera admiración.

-Buenas noches otra vez, señorita Devaux-dijo-. Estoy encantado de mi visita a su padre. Es un verdadero experto en diamantes.

De mucha más edad que Douglas Carleton, Milbrook poseía el aire de un hombre que tiene confianza en sí mismo. Hablaba con un leve acento inglés: pues aunque era norteamericano, había pasado gran parte de su vida en el extranjero. Además, presentando un contraste con Carleton, iba vestido con cierta negligencia. Era un hombre de negocios más bien que de sociedad.

-Ha sido un placer que nos haya visitado-declaró Virginia, con una sonrisa seductora-. Me encanta tratar a los amigos de mi padre y espero que nos volverá a honrar con su visita.

-Milbrook volverá pronto-interpoló Stanford Devaux-. Es un hombre que conoce los diamantes; por esto me es simpático. Me venderá unos cuantos ejemplares preciosos dentro de poco.

En esta coyuntura, Douglas Carleton entró en el aposento. Una expresión de enfado apareció en su rostro al observar que los ojos de la muchacha estaban clavados en Shelton Milbrook.

La llegada de Carleton no fue observada por la joven y la franca admiración que mostraba hacia Milbrook no escapó a la atención de Carleton.

Fue Milbrook quien se volvió para hablar al prometido de la muchacha. Le tendió la mano, que Carleton aceptó, frunciendo el ceño.

-Tengo que despedirme, señor Carleton-manifestó Milbrook-. Me marcho al barrio marítimo, ahora que he terminado mi trabajo de la noche.

Milbrook se volvió e hizo una cortés reverencia a la muchacha. Estrechó la mano de Devaux, quien le acompañó a la puerta principal de la casa.

Tan pronto como los dos hombres salieron del salón, Carleton se volvió iracundo hacia Virginia. Su semblante delataba la furia que le poseía; sin embargo, la muchacha no lo observó.

-De modo que te gusta, ¿eh?-increpó-. Has cambiado de repente. Estabas quedándote dormida cuando yo te hablaba. Ahora pareces estar completamente desvelada.

Virginia se volvió para hacer frente al reto. Sus ojos chispearon en desafío y su rostro tomó una expresión de impaciencia.

-Admiro a cualquier hombre que sea un hombre, Carleton-replicó-. Eres muy pequeño al mostrar estos insanos ataques de celos. Pensaría mucho más de ti si cambiases tus maneras en lo futuro.

-De manera que ese es el cuento-se mofó su novio-. Estoy celoso, ¿eh? Pues bien, prefiero estar celoso que lunático. Ya estoy harto de ver tanta indiferencia de tu parte, Virginia. Es hora de que eso acabe. Concluirá, cuando estemos casados. ¡Y eso será pronto, también!

La muchacha cruzó la habitación y se sentó en una butaca. Apartó la vista de su prometido. La expresión radiante de su rostro había desaparecido. Era la imagen del abatimiento. Su novio se enojó más, y acercándose a ella, le habló en tono amenazador.

-¡Olvidarás a ese individuo, a ese Milbrook!-rugió-. Lo olvidarás, ¿comprendes? !Eres mía y no hay nada que pueda cambiarlo! ¡Eso es algo que harás bien en recordar!

Una voz nueva intervino en la discusión. Stanford Devaux había vuelto.

Silencioso, el anciano había llegado en el momento de presenciar el punto culminante de la discusión.

-¿Qué sucede?

Carleton se volvió con presteza de cara a Devaux.

-¡Pues nada, que digamos! Virginia estima demasiado a ese Milbrook. ¡Eso es todo!

-Douglas está celoso, papá-protestó la muchacha-. No tiene derecho a reprocharme cada vez que trato amablemente a otras personas.

-Virginia-repuso su padre, con acento severo-; debes recordar que estás prometida a Douglas Carleton. Accediste a casarte con él, por tu propia voluntad. Tales cuestiones no deben ser tratadas frívolamente. Opino que está justificado al quejarse. Debes darle una excusa por tu conducta.

La muchacha, haciendo un esfuerzo, se tragó su orgullo. Con la cabeza inclinada, aceptó la decisión de su padre. Habló sin mirar a su prometido.

-Lo siento, Douglas-declaró-. Lamento mucho que te haya dado motivo de queja. Es tarde y estoy cansada. Buenas noches.

Sin mirar a su padre ni a su prometido, la muchacha se incorporó y salió del aposento.

Douglas Carleton la siguió con la mirada. Una sonrisa sarcástica se dibujó en sus labios. Cuando Virginia desapareció de la vista, el joven se volvió hacia Devaux.

-Gracias-dijo-. Está enamorada de Milbrook y cuanto antes le pase, tanto mejor.

-De acuerdo-observó Devaux, secamente.

Douglas Carleton consultó su reloj. Su expresión cambió al observar la hora.

-Mejor que Virginia se haya retirado a descansar-manifestó-. Tengo una cita que di por teléfono. Pensaba marcharme dentro de un rato y no tuve tiempo de comunicarlo antes de la disputa.

Cinco minutos más tarde se dirigía en un taxi a la parte baja de la ciudad.

Despidió al vehículo en una calle transversal y echó a andar en dirección de la esquina siguiente.

Un automóvil esperaba junto a la acera. Echando una rápida ojeada a su alrededor con el objeto de asegurarse de que nadie le vigilaba, subió al coche.

El chofer puso en marcha el auto.

-¿Has estado esperando mucho?-inquirió Carleton.

-Un par de minutos-gruñó la voz de Gats Hackett-. Me figuraba que tendría que aguardar más.

-No esta noche-rió Carleton-. Tuve una discusión con la muchacha poco después de que me telefoneaste. Su padre se puso de mi parte, y eso acabó la pelotera. Se fue a acostar, emberrechinada. El viejo Devaux es un gran sujeto. Será un suegro ideal. Por eso elegí a la ninfa.

-Muy inteligente-comentó Gats.

-Bastante-repuso Carleton-. Pero eso está estropeado por esta noche. Hay algo más importante. Explícame la situación.

-Es estupenda-empezó Gats-. El Bizco calcula que La Sombra ha recibido el mensaje, aunque no ha podido echarle la vista encima al sujeto. No me sorprende. Muchos han tratado de localizar al individuo. De todos modos, tenemos en la lista a dos de sus confidentes: Harry Vincent y Rutledge Mann.

-¿Están en el programa esta noche?

-Que yo sepa, no. Abrigamos la esperanza de que La Sombra ha recibido la carta. Si es así, picará... y estaremos cerca para “pasaportearlo" al otro barrio.

-Esperemos que así sea.

-Quizá tengamos que echar una mano. Si así resulta, verás fuegos artificiales de verdad. No me llaman Gats porque sea un buen jugador de ping-pong. Cuando le endilgan a uno ese alias, por algo será. De todos modos, "al margen" es mi lema, si es posible.

-Que los otros den la cara.

-Exacto. Zipper Marsh puede sufrir un accidente esta noche.

-¿Crees que está preparado para hacer frente?

-Ya lo creo. Es un nombre de cuidado. Muerto Dobie Wentz-con su fotografía en todos los periódicos-apuesto las orejas a que Zipper no dejará de presentarse.

-Quizá se acobarde.

Gats Hackett lanzó una carcajada en respuesta a la insinuación de Carleton.

-¡No conoces a Zipper!-exclamó-. Es listo y cauto. Jamás retrocede ante una operación. Además, ignora la existencia de la carta falsa que mandamos a La Sombra. ¿Comprendes?

Tras una breve pausa, el gangster prosiguió:

-Voy a explicarte cómo está el terreno. Zipper planeó este golpe que va a dar en Long Island. Ha "untado" al vigilante de la casa de Grayson. Le acompaña su banda; no es muy numerosa, pero se trata de una pandilla de muchachos curtidos. Dobie Wentz tenia que acompañarles.

"Dobie-continuó-, tuvo una discusión con Zipper y se le fue la lengua al hablar con Freston. Todo ello confidencialmente, de modo que Zipper no se enteró. Después que Dobie reveló el secreto de la operación que se proponían realizar, lo atrapamos, escribimos el mensaje a La Sombra y lo dejamos encima del cadáver. Vincent lo encontró y lo llevó a Rutledge Mann. Si tenemos alguna suerte, La Sombra lo ha recibido.

-Lo cual significa-interrumpió Carleton-, que participaremos en la operación de Zipper.

-Eso mismo-asintió Gats-. A Zipper le gusta forzar las cajas de caudales por su cuenta; pero cuando lo hace, los muchachos de su pandilla rondan cerca. Es seguro que está enterado de que a Dobie lo "liquidaron" ¿Qué significa esto? Te lo diré. Quizá alguien ha averiguado algo; esto es lo que se ocurrirá a Zipper.

"En consecuencia, esta noche sus muchachos estarán alerta, dispuestos a hacer frente a cualquier contingencia. Cuando La Sombra entre en la casa, caerá en la trampa más perfecta posible. Pero esto no es todo. Mandamos la nota para hacerle acudir a las dos y media. Zipper trabaja con el reloj en la mano. Es un sujeto muy puntual. Tiene pensado venir a las dos y media. Son las dos. La operación habrá comenzado cuando La Sombra llegue. Precisamente cuando todos estarán vigilando ojo avizor.

-¡Magnifico, Gats!-exclamó Carleton-. Escucha, esta es la manera de trabajar que a mí me gusta. Si la operación sale tal como la has planeado, los días de triunfo estarán al alcance de nuestras manos.

El automóvil había llegado a un gigantesco puente de Long Island. Entró en una callejuela transversal y paró. Tres hombres emergieron de la oscuridad y subieron al coche.

Eran miembros de la banda de Gats Hackett. Carleton observó con placer la llegada de los gangsters. Era una prueba de que su compañero no ahorraba ningún esfuerzo, para que los planes se viesen coronados por el éxito esa noche.

-No hablemos ni palabra de La Sombra ahora-cuchicheó el gangster a Carleton. Y en voz más alta, añadió:-Tal vez no haya mucho trabajo esta noche, muchachos. Vamos a estar al acecho, sin dejarnos ver, eso es todo. Quizá haya que darle al gatillo, para recoger un poco de "pasta", una vez terminado. Si el asunto presenta buen cariz, meteremos baza. Si no, nos largaremos. Por lo tanto, ya sabéis, estad preparados cuando os dé el aviso.

El automóvil continuó su marcha. El forajido que conducía, conocía el lugar de destino. El coche se acercó a Jamaica; luego tomó una calle estrecha y penetró en la calzada de una casa desierta. A cien metros de distancia los árboles de un jardín indicaban la presencia de otro edificio.

Douglas Carleton miró su reloj. Era más de la una. Sonrió en la oscuridad.

Allí, con Gats Hackett, esperaba el resultado de la vigilancia de la banda.

¡Él, Douglas Carleton, el caballero deportista convertido en gangster, era el inspirador del plan para terminar la carrera de La Sombra!

¡El complot estaba en ese momento a punto de desarrollarse en la mansión de Grayson!

CAPÍTULO VI
DE LA OSCURIDAD

En el rincón de una habitación artesonada, un hombre flaco trabajaba sobre la combinación de una caja de caudales empotrada en la pared. Su rostro-de expresión astuta y siniestra-tenía un esbozo de sonrisa al girar los discos.

Una lámpara de mesa iluminaba el cuarto. Descansaba sobre un taburete que el ladrón había escogido para ese fin. Su pantalla pequeña y gruesa había sido dispuesta cuidadosamente de forma que la luz se proyectase sobre la caja fuerte.

El resto de la pieza estaba a oscuras. La negra caja de caudales no presentaba ningún reflejo, aunque los rayos de la luz brillaban en su superficie. Unos cuantos muebles aparecían borrosos en el fondo; más allá se hallaba la superficie de las persianas echadas.

Zipper Marsh, trabajaba en la casa de Adolfo Grayson. Libre de toda interrupción, teniéndolo todo preparado para su tarea, el astuto ladrón ejecutaba su trabajo con calculada deliberación.

Era el método de Zipper. Jamás operaba al azar. Sus compinches constituían una banda de mercenarios bien escogidos. Ellos se cuidaban de los detalles.

Le gustaba imaginarse que era el principal actor de una obra dramática.

Después del prólogo, venia Zipper Marsh; después de él, el epilogo.

Así había sido esa noche. Vigilantes sobornados, gangsters al acecho, un fiel secuaz al volante de un automóvil esperando... éstos formaban la “mise en scene” de la operación más importante de Zipper Marsh.

El ladrón hizo una breve pausa en su trabajo. Ahora no podía faltar mucho.

Un pequeño descanso haría más fácil el resto de la operación.

Con consumada cautela, escuchó para asegurarse de que no se oía ningún sonido procedente del exterior. Se enderezó y deslizándose con sigilo llegó a la puerta del cuarto. La abrió con suavidad unos centímetros y escuchó atento por si oía algunos ruidos en la habitación contigua. No percibió ninguno.

Volvió a su trabajo.

Sabía que todo estaba a su favor. Había ido allí esa noche preparado para un trabajo que requería un tecnicismo especial. Zipper no había encontrado jamás una caja de caudales que resistiese a su técnica.

El local y no las cajas fuertes era lo que llamaba principalmente la atención de Zipper. Le gustaba trabajar en lugares fáciles y aislados; esa noche se encontraba en uno de ellos. Cuando entró, halló el camino despejado.

No obstante, no había ido solo. Le había seguido una banda escogida de hombres audaces, que en ese momento se hallaban apostados en lugares estratégicos dentro y fuera de la casa.

De este modo gozaba de doble protección. Estaba a cubierto de un ataque por sorpresa. De verse obligado a batirse en retirada precipitada, le cubriría una retaguardia valiente y decidida.

Estos factores explicaban la tranquilidad de ánimo de Zipper. Sin éstos, habría estado nervioso; con ellos, trabajaba con calma. Por consiguiente, pensaba el ladrón, podía hacer una labor más eficiente.

El contenido de la caja de caudales revestía, desde luego, gran importancia para el malhechor. No tenía la costumbre de forzar una caja fuerte que podría estar vacía. Desconocía el valor exacto de lo que podría encontrarse dentro, más estaba seguro de que el botín sería importante.

Adolfo Grayson, que había cerrado su casa antes de partir de Nueva York, era un hombre poseedor de una gran fortuna.

Su esposa poseía muchas alhajas valiosas, que exhibía con frecuencia en público.

Quizá ella se había llevado algunas consigo; o tal vez las había depositado en alguna cámara acorazada. Pero Zipper tenía el presentimiento de que muchas de las joyas, se encontraban dentro de la caja de caudales.

La suposición era lógica. La caja de caudales era el lugar donde habitualmente se guardaban las gemas. Era de tipo moderno. Dos vigilantes guardaban el local.

Además, Zipper se imaginaba que el mismo Adolfo Grayson, podría haber dejado algunos objetos de valor dentro de la caja de acero. Las cajas de caudales caras significaban un contenido de importancia. Rara vez, en la experiencia de Zipper, había fallado esta regla.

Un solo pensamiento turbaba la tranquilidad de espíritu del ladrón de cajas de caudales: la muerte de Dobie Wentz, quien, hasta hacía unos días, había sido su compañero.

No era que la muerte de Dobie le apesadumbrase; por el contrario, prefería que su ayudante hubiese sido "despachado". No era que le preocupara que la policía sospechase que él había matado a su compañero; eso no significaba nada para un forajido tan endurecido como Zipper Marsh.

El verdadero motivo de su malestar, consistía en el hecho de que ignoraba la causa de la muerte de su compinche.

La muerte súbita y violenta de un gangster que conocía tanto como Dobie, era suficiente para poner en guardia a los compañeros del muerto.

¿Quién mató a Dobie Wentz? Zipper quería saberlo.

¿Por qué le mataron? Era otra pregunta que el malhechor se formulaba.

¿El asesinato guardaba relación con el golpe de esa noche? Esto era lo más importante de todo.

Todo técnico en alguna especialidad delictiva, experimenta ciertos temores respecto de los que algún día pueden hacerle competencia en su ramo de la profesión. Zipper poseía una formidable reputación como incomparable ladrón de cajas de caudales.

Repentinamente había rechazado las ofertas de una colaboración, pues creía que le era más provechoso trabajar por su cuenta.

¿Acaso algunas de esas ofertas rechazadas iban a convertirse en exigencias?

¿O eran los comienzos de algún plan de venganza de parte de sus enemigos?

Estos pensamientos embargaban la mente del ladrón mientras continuaba trabajando. No obstante, no retardaron sus operaciones. Un solo pensamiento provocó una breve pausa; una idea que se le ocurrió cuando estaba a punto de terminar su tarea:

¿Estaba La Sombra mezclado en la muerte de Dobie Wentz?

Zipper había oído hablar con frecuencia del misterioso personaje conocido por el nombre de La Sombra. Conocía perfectamente la amenaza que el rey de la noche cernía sobre las hordas del hampa.

¡La Sombra!

Zipper había sido informado de que La Sombra era capaz de todo, de que para el hombre de misterio no había nada imposible. La Sombra tenía igualmente fama de ser un as en el arte de abrir cajas de caudales.

¿Era La Sombra un malhechor también, un lobo solitario del crimen?

Había oído esa suposición. De ser verdad, tendría que considerar a La Sombra como un rival. Como rey de los ladrones de cajas de caudales, podría esperar un ataque de La Sombra.

Una carcajada burlona salió de los labios del ladrón al colocar los dedos en el disco.

¡La Sombra! ¿A santo de qué había de temerle? La Sombra luchaba contra los ases del crimen, contra los gangsters más famosos.

Cuando la morralla era castigada por La Sombra, solía ser únicamente cuando trataban de proteger a los jefazos; no cuando se disponían a "estafar" a un compañero.

El muerto era un traidor, un granuja que no tenía escrúpulos en robar a un compañero el fruto da su trabajo, un pillete que inspiraba más bien compasión y que no merecería más que el desprecio de La Sombra.

Zipper reanudó su tarea; luego hizo una pausa al oír un ruido extraño. Lo reconoció al instante: el repique de un reloj que tocaba la media.

Había tardado treinta minutos en la operación de abrir la caja de caudales, pues eran las dos y media.

Volvió a su trabajo con renovado ardor. Estaba ansioso por terminar la operación en treinta minutos. Lo consiguió.

Al cabo de un minuto, la puerta de la caja cedió a su toque. Abrió la barrera de acero, que se movió silenciosamente en sus pesadas bisagras. La luz de la lámpara mostró el interior. Introdujo la mano e inició un examen minucioso.

!Joyas! ¡Allí estaban, en estuches y cajas especiales!

Soltó una risa al contemplar las relucientes gemas. Depositó las cajas, intactas, sobre el suelo alfombrado.

Luego aparecieron los documentos. Resultaron ser valores negociables.

Cualquier articulo de valor le interesaba.

En el interior del arca, descubrió una caja metálica vacía. La extrajo y metió en ella un puñado de valores y acciones. Sobre todo, depositó el contenido de las cajas y estuches de joyas.

Añadió más papel. Se agachó para continuar el despojo de la caja fuerte, pero su sagaz mirada le indicó que la operación estaba terminada.

Un golpe magnifico, pensó mientras depositaba las cajas y los estuches, vacíos, en la caja de caudales.

Con su pañuelo de seda, limpió la superficie de la puerta y el pomo. No quedaría ninguna huella dactilar delatora de la operación nocturna.

Mientras estaba ocupado en este último rasgo de precaución, la caja metálica que contenía el botín se hallaba a corta distancia de su rodilla. Terminando los últimos retoques a la caja de caudales, usó su mano izquierda y dejó su derecha caer a su costado. Sus dedos rozaron la fría tapa de la caja metálica.

Levantó la mano derecha como si fuese a agarrar el pañuelo de seda. Luego cambió de idea y descendió la mano.

¡Dónde la mano descansara sobre la caja metálica un momento antes, ya no tocó nada!

Fue un chispazo de súbito aviso, uno de esos impulsos raros y misteriosos, lo que hizo que Zipper observara que su mano habla hallado el vacío donde debería haber encontrado una solidez. Actuando a impulsos de un pensamiento rápido, volvióse y miró hacia el lugar donde la caja había estado.

Un grito de sobresalto brotó de los labios del gangster. Fue apenas exhalado, pero el sonido reflejaba la consternación del espíritu del forajido.

¡La caja ya no estaba donde la dejara! ¡Hallábase a más de un metro de distancia, elevándose lentamente en el aire, en la presa de una mano enguantada de negro!

Más allá de la mano y su brazo, fuera del radio del resplandor de la luz de la lámpara, había una sólida masa de negrura destacándose sobre el suelo.

Levantando la vista, Zipper vio dos ojos centelleantes mirándole como seres de la oscuridad exterior.

No había tiempo para actuar. Se encontraba impotente. En un breve instante, comprendió lo sucedido. Había planeado el golpe, había abierto la caja de caudales, se había apoderado del botín ¡para ser burlado por una mano fantasmal surgida de la nada!

El gangster retrocedió, gruñendo y temblando de espanto. Pues en aquel instante de inspiración, adivinó automáticamente la identidad del extraño ser que emergía de una manera fantástica para arrebatarle el botín.

Comprendió que, al entrar en la habitación, para arreglar cuidadosamente la lámpara antes de emplearla, descuidó el importante detalle de examinar minuciosamente el local.

Alguien adivinó su plan. Alguien llegó antes que él. Alguien había permanecido, mientras él trabajaba, fuera del radio de la luz. ¡Alguien le había estado observando!

La mano de un as había burlado al ladrón esa noche; le había maniobrado; le había utilizado, y ahora le tenia en su poder.

Era la mano de alguien que Zipper temía.

¡Ese alguien era La Sombra!

CAPÍTULO VII
LA SOMBRA LUCHA

Antes de que Zipper Marsh se atreviese a hacer el menor movimiento, antes de que pudiese hacer algo más que entrever a la figura espectral que aparecía ante sus ojos, La Sombra actuó de una manera que no dejaba duda respecto de su identidad.

Los rayos de la luz de una potente linterna surgieron del lugar donde la figura fantasmal se hallaba. Agazapado y temblando ante aquel resplandor, el gangster se encontraba indefenso.

El resplandor de la lámpara del suelo resultaba insignificante, comparado con los destellos de la linterna sorda enfocados sobre el malhechor.

Zipper permaneció inmóvil. Conocía perfectamente que tras aquella luz cegadora una mano le encañonaba con un arma mortífera. Estaba a merced de La Sombra y un movimiento en falso, el menor descuido, significaría su muerte.

El gangster se estremeció de espanto. Conocía la fama de La Sombra. Jamás el hombre del misterio había transigido. Jamás pidió cuartel a las hordas del hampa; y los "ases" de los bajos fondos tampoco se lo pedían.

Los que se enfrentaron con La Sombra fueron muchos; y eran escasos los que vivían para contarlo.

Una voz sibilante, cuchicheada, hendió la oscuridad. Los tonos siniestros de La Sombra eran imperiosos. Zipper los comprendió perfectamente.

-¡Levántate!-ordenó La Sombra-. Retrocede hacia ese rincón. ¡Manos arriba!

El gangster obedeció. Rabiando, a pesar de su espanto, era la imagen de una rata acorralada al moverse en respuesta a la orden de La Sombra. De cara a la deslumbrante antorcha eléctrica de su aprehensor, el forajido comprendió la futilidad de las precauciones que tomara.

A medida que los segundos transcurrían lentamente, el astuto ladrón comprendió de repente, que se había entrometido involuntariamente en los planes de La Sombra. El personaje invisible había, sin duda, entrado allí antes, con la intención de arrebatarle secretamente el botín que él, Zipper, extrajera de la caja fuerte.

Si La Sombra hubiese tenido unos minutos de tiempo, antes de que el ladrón observase que le arrebataban la caja con el botín, esos minutos habrían sido preciosos. Podía entonces haber intentado la difícil operación de burlar a los bandidos que acechaban fuera, antes de que Zipper descubriese la desaparición de la caja.

Ahora, La Sombra, como Zipper, se encontraban en una situación difícil.

Tenía dos caminos. Podía intentar escapar rápidamente, dejando en el rincón al gangster, lo cual sería difícil. Tan pronto como La Sombra hubiese llegado al cordón de la banda que acechaba, Zipper daría la voz de alarma.

El otro camino era matar al ladrón en el sitio. Eso, en sí, sería una alarma.

La detonación de un tiro de pistola atraería a los gangsters que vigilaban fuera. La Sombra tendría que enfrentarse son un ataque en masa.

A pesar de su situación precaria, Zipper dibujó una sonrisa burlona que aumentó la fealdad de sus labios sórdidos. Su enemigo, también, estaba acorralado. El hecho de que transcurría el tiempo sin que entrase en acción era una prueba.

El único movimiento de parte de La Sombra, fue el de la linterna eléctrica que mantenía a Zipper bañado en un círculo de luz. El resplandor titiló, subiendo y bajando; luego se detuvo a unos dos metros del gangster.

Transcurrieron cinco... diez segundos... y el resplandor continuaba. La Sombra no pronunció ni una palabra. Zipper pensó que aun estaba deliberando.

Fue entonces cuando al empavorecido gangster se le ocurrió un plan desesperado.

Para escapar, La Sombra tenia que matar. Zipper, vivo, constituiría una amenaza que actuaría en cuanto el rey de la noche volviese la espalda.

Al matarle de un tiro, daría la alarma. No se le ocurrió más que una alternativa a Zipper.

La Sombra-el gangster estaba seguro-había decidido matar al enemigo que tenia delante, pero lo realizaría por sorpresa, descargando el golpe en silencio, desde la oscuridad.

¡Esa era su intención! En cualquier momento, La Sombra fulminaría a su presa antes de que esta pudiese responder.

¿Cómo podía parar ese ataque? ¡Solamente anticipándosele él mismo!

Aunque el plan era desesperado, resultaba la única manera en que tendría probabilidades de salvar la vida. Obedeciendo a un súbito impulso, el ladrón profirió un grito escalofriante para calmar sus propios temores.

¡Y al gritar, se lanzó hacia la resplandeciente luz!

En lugar de hallar la resistencia de un cuerpo humano, chocó contra un objeto, rodando los dos por el suelo. La linterna saltó despedida a un par de metros de distancia. Una fracción de segundo más tarde, las luces del techo del cuarto se encendieron, en respuesta a un interruptor exterior de la habitación contigua. Algún secuaz, apostado cerca del conmutador, había oído el grito de Zipper.

Al surgir la luz nueva, el ladrón vió lo sucedido. La linterna que aun ardía estaba dotada de una abrazadera metálica. La Sombra la había fijado al respaldo de una silla.

Silenciosamente, el hombre de misterio se había alejado, dejando a Zipper convencido de que la antorcha seguía agarrada por una mano enguantada de negro.

Fue la silla con lo que topó. El ímpetu de su salto la derribó. Ahora se encontraba en el suelo, aturdido y mirando la puerta que daba a la habitación exterior.

La puerta estaba entornada. En la abertura, a punto de salir, había una figura de negro. La Sombra pasaba al cuarto exterior, usando su capa para cubrir todo el espacio que había abierto para que su elevada figura se escurriese, evitando de este modo que los hombres que hubiese acechado fuera conociesen, por la luz, que la puerta se había abierto.

Tan sólo una porción del cuerpo de La Sombra era visible a Zipper, pues la figura negra ya casi había salido. Mas para los alarmados malhechores apostados en la puerta de la habitación exterior, La Sombra era una amenaza que se aproximaba.

El individuo del conmutador había ejecutado una doble función. Había oprimido dos botones, iluminando las dos piezas, la exterior y la interior.

Allí, delante de ellos, tres de los bandidos de Zipper vieron a La Sombra.

Sus manos habían pasado ya la barrera. No vieron la caja metálica, pues había sido enganchada bajo la capa flotante del hombre misterioso.

Reconocieron a La Sombra por un enemigo. Empuñaban revólveres.

Levantaron las armas para fulminar al personaje a quien odiaban tanto como le temían.

Nadie pillaba jamás a La Sombra totalmente desprevenido. Aunque avanzaba a tientas a través de las tinieblas, estaba preparado. Un metal oscuro brilló en su mano derecha al poner en juego su pistola automática.

Con habilidad instintiva, escogió por blanco al gangster que estaba en primera línea. Rasgó la oscuridad una llamarada, retumbó un estampido semejante al tronar de un cañón, y el primero de los tres bandidos cayó de bruces al suelo.

Con certera puntería, La Sombra disparó un segundo tiro. Otro forajido rodó por el suelo; su reluciente revólver saltó despedido a través del cuarto, impelido por una mano que de pronto perdió sus funciones musculares.

Fracciones de segundos separaron a los dos primeros tiros; otra fracción de tiempo precedió al tercero. Fue disparado sobre el hombre más lejano: el que se hallaba junto al interruptor. Él, como sus compañeros caídos, empuñaba un revólver; y poseía una ventaja que no tuvieron los otros.

Su pistola apuntaba, su dedo se posaba sobre el gatillo. Aunque el fuego del rey de la noche había sido rápido, el último del trío de gangsters apuntaba mientras la pistola de La Sombra se movía hacia él.

En el preciso instante que el gangster hizo fuego sobre el rey de la oscuridad, la figura vestida de negro retrocedió hacia la habitación interior.

La bala del forajido se estrelló contra la puerta, en el mismo lugar donde su enemigo estuviera un segundo antes.

Surgió una llamarada en respuesta. Al retroceder, La Sombra continuó apuntando. Con el cuerpo completamente dentro del cuarto interior, disparó desde el borde mismo del umbral. El burlado gangster se bamboleó, se agarró el hombro izquierdo y cayó redondo al suelo.

Para Zipper Marsh, tendido en el suelo del cuarto interior, la rápida sucesión de disparos surgió de súbito, inesperadamente. Empezaron en el momento en que divisó el cuerpo de La Sombra cuando cruzaba la puerta. Observó el paso en retroceso de su enemigo y vió la llamarada del último disparo.

Rodando por el suelo y luego arrodillándose, emitió un grito siniestro al tiempo que sacaba un revólver del bolsillo y apuntaba hacia la puerta.

La Sombra esperaba esto. Calculando sus movimientos con sobrenatural precisión, había entrado en la habitación interior con la completa seguridad de que Zipper estaría menos preparado que sus adversarios.

El paso atrás y la mano firme de La Sombra desviándose del tercer pistolero al disparar, fueron el principio de una acción consciente. La Sombra volvióse hacia el lugar donde Zipper, agazapado, trataba de disparar.

El ladrón podría haber rivalizado con La Sombra en el arte de abrir las cajas de caudales; como tirador, aunque era rápido y certero, no era su igual.

La pistola automática escupió su cuarto mensaje de muerte. Zipper se bamboleó. En su rostro apareció una expresión horrible. El revólver cayó de sus manos inertes, rebotando por el suelo. Luego su cuerpo se tambaleó y se desplomó.

Tan seguro estaba La Sombra de su puntería, que no esperó a comprobar el resultado de su disparo. Presintiendo que le esperaban nuevos peligros, avanzó con rapidez para afrontarlos, siguiendo el único camino seguro, en dirección del pasillo del segundo piso.

La figura vestida de negro se detuvo en seco al llegar a la puerta del fondo.

Surgiendo de dirección opuesta venía un hombre que había subido la escalera.

Los dos se divisaron simultáneamente. Una pistola vomitó una llamarada: la de La Sombra.

Disparada a boca de jarro, la bala atravesó el corazón del pistolero que trataba de interceptar el paso de la figura fantasmal.

En lo alto de la escalera, el hombre de la noche permaneció sereno y siniestro; su cuerpo no era más que un perfil oscuro en la lobreguez del otro lado de la esfera de la luz de que se había alejado.

Cual un gigantesco fantasma, iba de un lado a otro presentando un blanco esquivo para cualquiera que le esperase. Una pistola escupió una llamarada desde el primer piso; luego otra de diferente lugar.

La Sombra, empuñando dos pistolas automáticas, replicó. Había burlado a sus enemigos. Los gangsters que acechaban dispararon primero y los dos erraron.

Sus disparos descubrieron su posición. La Sombra no necesitaba más. Sus balas hendieron veloces la oscuridad en dirección de seis blancos invisibles.

Sucedieron gritos de angustia.

Brotó entonces el grito de triunfo de La Sombra: una risa burlona que resonó en tonos espeluznantes, repercutiendo sus ecos por toda la casa. La risa acompañó al hombre de las tinieblas cuando descendía veloz por la escalera.

Breves momentos después, hallábase encima del pórtico sobre el tenebroso jardín, sus ojos buscando nuevos blancos para su mortal puntería.

Un individuo salió corriendo de un macizo de arbustos. La Sombra no se movió. Cual un pedazo de la noche, permaneció inmóvil junto a un poste, invisible al otro nombre hasta que el individuo casi se le echó encima.

La exclamación de sobresalto del forajido, murió en sus labios cuando la mano derecha de La Sombra descargó un golpe fulminante.

Un segundo más tarde, el hombre de misterio era un figura viviente en el jardín, mientras que el cuerpo exánime de su último adversario yacía bajo el pórtico.

Un automóvil apartado aguardaba en la oscuridad de la calzada. Un hombre se hallaba de pie junto al coche; otro, sentado detrás del volante. El motor trepidaba suavemente.

-¿Qué te parece?-gruñó el hombre del volante-. ¿Crees que seria mejor que entrásemos?

-No nos movamos-fue la respuesta-. Si Zipper se encuentra en un aprieto, nos necesitará. Tiene que "largarse"...

La frase no fue terminada.

El hombre que se encontraba al lado del auto, cayó hacia delante cuando un objeto descargó sobre su cabeza. Antes de que el compañero pudiera hacer algo más que lanzar una exclamación de sorpresa, una elevada y oscura figura surgió de la niebla y le asió de la garganta. Agitando los brazos, el chofer forcejeó frenéticamente; luego su cuerpo fue izado de detrás del volante como si lo levantara una grúa.

La Sombra, mediante un rápido ataque por sorpresa, había dejado sin conocimiento al primero de los dos sujetos que esperaban a Zipper Marsh; ahora sujetaba en su férrea presa al segundo de los pistoleros.

Después de sacar a su víctima del coche, el hombre de misterio no perdió un momento de tiempo. Su elevada figura dio media vuelta y el ex chofer salió despedido por el aire cual lanzado por una catapulta. Chocó la cabeza contra el borde de la calzada.

El rey de la noche lanzó otra carcajada; esta vez el sonido de su burla siniestra quedó ahogado por la neblina. Un ser cuya existencia parecía increíble, La Sombra podría haberse materializado de la niebla misma.

Alto, silencioso e indomable, permaneció unos breves segundos en el escenario de su último triunfo sobre las hordas del hampa.

Obedeciendo a un nuevo impulso, volvióse hacia el automóvil. Ocupó el puesto del chofer. Detrás del volante, su cuerpo quedó invisible. El coche arrancó conducido por unas manos invisibles.

Las luces del auto se encendieron cuando partió veloz a lo largo de la calzada, en dirección de la carretera.

¡Una risa espeluznante señaló la partida de La Sombra!

CAPÍTULO VIII
HUNDIENDOSE EN LA NOCHE

El coche que La Sombra había requisado era un coupé de cuatro plazas, ideal para los fines de Zipper Marsh. No era un vehículo veloz y por ese motivo se adaptaba para escapar sin provocar sospechas.

Al salir de la calzada de la residencia de Adolfo Grayson, su marcha lenta aumentaba su aspecto inocente.

Más los que observaron la partida del coche no fueron engañados.

A corta distancia había un sedán, lleno de individuos que oyeron los sordos disparos que precedieron a la tranquila partida de La Sombra. Habían esperado oír tales detonaciones, pero les tenía perplejos el silencio que ahora reinaba.

Fue Gats Hackett, vigilando desde el interior del sedán, quien dio una orden rápida al observar que el coche salía de la calzada. Sabía que Zipper Marsh debía ser el ocupante; no obstante, quería asegurarse.

-Síguele-gruñó.

El chofer obedeció. El sedán emprendió la persecución.

Al acercarse a la calzada, Gats observó que el auto que iba delante había aumentado la velocidad. La caza inicióse entonces. Desde el principio favorecía al sedán. Aunque iba repleto de pasajeros, el potente coche poseía la ventaja de ser más rápido.

Si la carrera se hubiese desarrollado en una carretera abierta, Gats y su pandilla habrían dado alcance a su presa antes de un par de kilómetros.

Pero el hombre del coupé penetró en una callejuela transversal; luego dobló otra esquina, y siguió estas maniobras con una nueva serie de vueltas que frustraron todos los esfuerzos para darle alcance.

Cada vez que el coche de grandes dimensiones de Gats doblaba una esquina, sus ocupantes veían que el coupé torcía más adelante.

Para Gats Hackett, esta astuta huída era enloquecedora. Cuanto más continuaba, más colérico se volvía. Gruñó unas órdenes fútiles al chofer.

Lanzó furiosas maldiciones al asomarse por la ventanilla, empuñando dos pistolas dispuestas para entrar en fuego.

De repente, cuando el conductor del sedán respondió a un nuevo viraje que lanzó a un lado a los pasajeros, Gats profirió un fuerte juramento y expresó un pensamiento que había asaltado su mente.

-¡Ese no es Zipper Marsh!-gritó-. ¡No es capaz de conducir un auto de esa manera!

Un gruñido de comprensión emergió de los labios de Douglas Carleton. ¡Si Zipper no conducía aquel coche, no podía ser mas que un solo hombre!

El chofer gruñó una respuesta y lanzó el enorme sedán hacia la esquina por donde el coupé acababa de desaparecer. La constante distancia entre los dos coches y los inesperados virajes, bastaban para que fuese inútil disparar.

Gats Hackett quería hacer fuego a distancia más corta. Necesitaba actuar en la carretera abierta.

-Zipper trataría de huir a toda velocidad-gruñó-. No esquivaría de este modo. ¡Este pájaro, aunque sea La Sombra-se interrumpió-, no importa quién sea, no puede continuar así toda la noche! Tarde o temprano tendrá que salir a un camino abierto. ¡Entonces le echaremos el guante!

-¡Lo atraparemos!-respondió el chofer.

La caza continuó a través de calles y caminos llenos de niebla y silenciosos.

Al fin, al doblar bruscamente una curva pronunciada, Gats lanzó una maldición al observar que el coupé había adelantado una manzana, con su última maniobra. Doblaba una esquina lejana.

-¡Date prisa!-rugió Gats-. ¡Se nos escapará!

-Ahora no-replicó el chofer, ceñudo-. Aquí termina ese pajarraco. Tres esquinas más adelante saldrá a la carretera. ¡Ya lo tenemos!

El sedan viró; Al doblar la esquina, Gats emitió un nuevo grito, esta vez de exaltación.

¡El sedan había salido victorioso!

¡Delante, los faros del coupé reflejaban la señal de parada de una carretera!

¿Qué detenía al coupé? Debería haber mantenido la distancia; sin embargo, había aminorado ostensiblemente su velocidad. Este hecho, en opinión de Gats, no dejaba duda sobre el resultado.

En contraste con los juramentos ahogados y la frenética actividad reinante en el interior del sedan, no se percibía ningún sonido ni se veía ninguna acción en el interior del coupé.

El hombre del volante-acurrucado y tan negro que apenas parecía estar vivo-observaba el espejo situado encima del parabrisas.

Se acercaba a la carretera; y su mente se ocupaba del coche que le seguía tanto como del camino que aparecía delante. Una mano enguantada de negro se alargó para abrir la portezuela de al lado del asiento del conductor. El pomo de aquella portezuela estaba situado hacia la parte trasera del coche.

Realizó esta operación con la mano izquierda; la derecha conducía al auto a su viraje final, en dirección de unos arbustos húmedos por la niebla que pendían sobre un bordillo casi destrozado.

El coupé casi se paró en seco cuando un automóvil cruzó raudo y veloz su camino, siguiendo la carretera principal.

La portezuela se abrió un poco más. Unos ojos ardientes escudriñaron en dirección de las luces del sedan perseguidor.

El coupé terminó lentamente de dar la vuelta. Luego fue lanzado en dirección. Una carcajada suave, ahogada de una manera fantástica en el coche, resonó vaga y siniestra.

La portezuela cerróse con estrépito; el auto enfiló hacia lo largo de una carretera ancha y asfaltada, y adquirió gradualmente rapidez.

La carretera se extendía por la falda de una colina. El motor rugió y el coche salió disparado como un cohete, cual si lo condujera la mano de un loco.

El sedan apareció doblando una esquina, a cincuenta metros de distancia.

Gats Hackett se asomaba por la portezuela de la derecha, instando a su chofer para que acelerara la marcha.

¡La distancia iba acortándose rápidamente!

El marcador del sedan pasó de los ciento veinte kilómetros por hora. El coupé continuaba su marcha a todo gas, pero no podía sobrepasar la velocidad vertiginosa de los perseguidores, ahora que la persecución se desarrollaba sobre el amplio asfaltado de la carretera.

El coche-fugitivo parecía indeciso; se dirigía hacia la derecha cuando el sedan se le aproximaba.

El coupé, coche ligero, no podía agarrarse a la carretera con la firmeza del sedan. Gats se percató de ello al acercarse lo suficiente para hacer fuego.

La velocidad del coupé constituía para sí mismo, un peligro tan grande, como el de los revólveres amenazadores empuñados por el jefe de la banda.

¡Era el momento de entrar en acción! Disparando desde atrás, Gats estaba en situación ventajosa. Quiso adelantarse al fuego del fugitivo. Sus pistolones escupieron llamaradas.

Gats sonrió al oír el trueno de sus armas favoritas. Estaban acribillando al coupé.

Luego la marcha realizó su labor. El coche fugitivo viró, patinó como un loco a través de la carretera y se lanzó hacia una valla situada al otro lado de un estrecho foso.

No llegó a la valla. Las ruedas delanteras se metieron en el foso, el coche hundió el radiador en la hierba, mientras la parte trasera saltó hacia arriba cual impulsada por una explosión de dinamita.

Gats disparó sus últimos tiros cuando el sedan pasaba veloz por delante.

Gritó al conductor que parase. El sedan patinó y finalmente paró. El gangster saltó a tierra, empuñando sus humeantes pistolones. Su acción fue una señal para sus compañeros.

Parecía imposible que un hombre estuviese vivo en medio de las ruinas del volcado coupé mas, para Gats, eso carecía de importancia.

¡Quería ver a su víctima; Comprobar si acertó en su suposición; Verificar que él-ahora el más grande y famoso de todos los gangsters de Nueva York-había aniquilado a La Sombra!

Estaban al lado del auto destrozado-la banda entera-con Douglas Carleton, tan excitado como cualquiera de los bandidos. Gats Hackett se precipitó sobre la portezuela superior, pues el destrozado vehículo se había precipitado de costado. Forcejeó con la portezuela, arrancándola al fin de sus bisagras.

Lanzando un grito de triunfo proyectó una lámpara de bolsillo en el interior del auto. La rueda estaba destrozada; los asientos aplastados; y el interior era una masa de cristales rotos.

Sin embargo, aquella destrucción no produjo ningún júbilo a Gats Hackett.

Su grito de alegría se desvaneció. Douglas Carleton, surgiendo a su lado, pidió una explicación.

En respuesta, Gats no pudo hacer más que un movimiento, con la pistola que empuñaba en la mano derecha, mientras agitaba la linterna sorda que ocupaba su izquierda.

Carleton dio un respingo, incrédulo.

!El auto estaba vacío!

¿Dónde se encontraba el hombre que condujera el coche fugitivo? ¿Dónde estaba La Sombra?

Lanzando un juramento salvaje, Gats saltó al suelo. Corriendo de un lado a otro, practicó un registro infructuoso, en la vaga creencia de que el conductor del auto había sido despedido afuera cuando ocurrió el accidente.

Terminada su frenética búsqueda, asaltado por una nueva idea, echó a correr, seguido de la banda, en dirección del sedan.

Ahora comprendía lo ocurrido, basándose en la extraña conducta del coche cuando moderó la marcha en su viraje final.

La Sombra se apeó del vehículo en lo alto de la colina. ¡Metió la primera y lanzó el coche cuesta abajo! ¡Y el vehículo descendió en línea recta, sin desviarse casi, hasta el fondo de aquel trecho de carretera firme y plana!

El gangster ordenó al chofer que volviese a ascender la cuesta. Sus secuaces habían subido ya con Carleton. Regresaban por el mismo camino, pero Gats conocía que sería inútil.

Se habían perdido unos minutos preciosos. La Sombra se habría marchado.

¡Había burlado a la banda de perseguidores y había desaparecido hundiéndose en la noche!

CAPÍTULO IX
LA CONFERENCIA

La extraña escapatoria de La Sombra, no fue el único resultado de la refriega de la casa de Adolfo Grayson. En realidad, la persecución del coupé fue la única nota de la excitación de la noche que no llegó a los periódicos.

El hallazgo de un coche volcado en la cuneta de una carretera de Long Island atrajo muy poca atención.

El robo de la residencia de Grayson ocupaba casi una página entera. El tiroteo oído durante la noche alarmó a los vecinos. Llamaron a la policía. El resultado fue la captura de los gangsters heridos por La Sombra.

Estos bandidos tenían poco que decir. En realidad, no sabían casi nada. El único que reconoció a La Sombra fue Zipper Marsh y no vivió para contar lo que sabía.

La precedente muerte de Dobie Wentz-antiguo amigote de Zipper Marsh-parecía probar la hipótesis de que la batalla fue iniciada por una banda rival, que trataba de frustrar los planes del as de los ladrones de cajas de caudales.

Como secuela sorprendente del robo, sucedió la recuperación de las alhajas y documentos robados de la residencia de Grayson. El detective José Cardona, actuando con rapidez y eficacia admirables, había recuperado todos los artículos robados.

Los periódicos elogiaban sobremanera al sabueso, quien mantenía un silencio discreto en cuanto a los detalles de su trabajo. El genial detective conocía el valor del silencio en los momentos críticos, y ésta era una ocasión que lo exigía. Pues José Cardona estaba por completo a oscuras respecto de la recuperación de lo robado.

Había recibido una llamada telefónica misteriosa la mañana siguiente al robo. La llamada le condujo a un hotel frecuentado por gangsters.

Allí entró en una habitación que evidentemente había sido ocupada por Zipper Marsh. En el escondrijo del gangster muerto, descubrió la propiedad perteneciente a Adolfo Grayson.

El detective no efectuó ninguna detención. Ninguno de los que solían frecuentar aquel hotel parecía estar relacionado con el caso.

Nadie pudo dar ninguna información. Algunos eran gangsters conocidos de Cardona; otros eran individuos sospechosos; sin embargo, a ninguno de ellos se le podía relacionar con el muerto.

¿Por qué razón dejaron, precisamente en el escondrijo de Zipper Marsh, los artículos robados? Era algo que Cardona no acertaba a comprender. Pero en su interior, el sagaz sabueso había formulado una hipótesis.

En todo Nueva York, no había más que un hombre que jamás actuaba como los demás. Ese hombre era La Sombra.

Mencionar el nombre de La Sombra, habría sido una locura. Cardona había sido reprendido por el jefe de policía por haber hecho tal cosa en el pasado.

Oficialmente, La Sombra no existía.

Existían muchos funcionarios competentes que no compartían el veredicto oficial. Cardona era uno de ellos. Conocía el poder del misterioso personaje.

Más de una vez, el hombre de la noche le había salvado de caer en desgracia, y de la muerte. La Sombra era una persona que no deseaba ninguna clase de publicidad. En consecuencia, el detective la recibía cuando se le presentaba y la aceptaba como incidencias del juego,

El caso Grayson proporcionó mucho trabajo a los reporteros; también constituyó una lectura interesante para Douglas Carleton. Leyó los periódicos de la noche cuando llegó a la casa de Stanford Devaux después de cenar.

Informándosele que Virginia estaba indispuesta, pasó el rato en el salón de Devaux, leyendo, mientras su futuro suegro estaba ocupado con Shelton Milbrook en el estudio del piso superior.

Carleton vió entre líneas el nombre de La Sombra. Lo que Cardona sospechaba-que el misterioso personaje había tomado parte en el suceso de la noche anterior-era algo que

Carleton conocía definitivamente. Perdieron un magnífico botín, él y Gats Hackett, al no capturar al ocupante del coupé.

El botín de la caja de caudales de Adolfo Grayson habría sido una adquisición respetable. Pero el verdadero fracaso lo constituía el no haber logrado suprimir a La Sombra.

El valor de lo robado en la residencia de Adolfo Grayson, era insignificante comparado con los objetivos que perseguía Carleton. Interceptando el paso de su nueva carrera, destacábase aún aquel formidable y misterioso adversario.

Tiró el periódico a un lado y se quedó mirando ceñudo la pared desnuda. Su meditación fue interrumpida por la llegada de Devaux y Milbrook. El padre de Virginia saludó amablemente a Carleton. Milbrook, también, se mostró cordial.

-Lamento que Virginia no se encuentre bien esta noche-observó Devaux-. El doctor dice que tendrá que guardar cama unos días.

Carleton movió la cabeza con una expresión lúgubre.

-No pensaba estarme aquí mucho tiempo-manifestó-. En consecuencia, dadas las circunstancias, me marcharé a la parte baja de la ciudad ahora.

-¿Por qué no se viene conmigo?-invitó Milbrook.

-Agradecido-asintió Carleton.

Los dos hombres se marcharon en un taxi. Hablaron muy poco durante el trayecto. Carleton estaba ceñudo y desanimado; Milbrook, afable, pero taciturno.

La única discusión de importancia entre ellos, fue acerca del interés que Devaux sentía por los diamantes sin tallar. Milbrook no parecía estar muy inclinado a facilitar mucha información al respecto, y el otro no insistió.

El joven se apeó del taxi en el hotel donde vivía Milbrook. Dio las buenas noches a su compañero y echó a andar pausadamente en dirección de Broadway.

Subiendo por la concurrida calle, dobló en una transversal, y entró en el hotel Gargantúa. Subió al piso veinte y se aproximó a una puerta situada en el fondo del pasillo. Sacando una llave de un bolsillo, golpeó, produciendo un ruido resonante.

La puerta se abrió y el joven de la alta sociedad entró a reunirse con Gats Hackett y Félix Zubian. Evidentemente, el par esperaba su llegada. Carleton se sirvió una copa de una botella que Gats le ofreció. Luego se hundió en un sillón y dirigió una mirada interrogante a sus compañeros.

-¿Habéis leído los periódicos?-inquirió.

Los dos compinches afirmaron con la cabeza.

-Bonito final de la operación de anoche-comentó Carleton.

-Ello nos indica nuestra posición-observó Zubian.

-Significa que tenemos que "liquidar" a La Sombra-gruñó Gats-. Es un pájaro de cuidado. Habíamos trazado unos planes que no podían fallar... y se nos escurrió de entre las manos. Jamás he visto a un tipo tan afortunado.

-¿Afortunado?-interrogó Zubian, con su acento suave-. ¿Qué quieres decir con "afortunado"?

Gats no respondió.

-La Sombra es peligroso-continuó Félix-. Es evidente. El episodio de anoche no da lugar a dudas. Demuestra que no se le puede vencer por medios corrientes. Tiene suerte, como dices, Gats. Yo le llamo estrategia. Para vencerla, debe emplearse mucha astucia.

-¿Sí?-murmuró Carleton-. ¿Cómo?

-Debemos confiar en nuestros propios esfuerzos, no en los ajenos. La Sombra es, sin duda, una amenaza. Consideremos como una prueba lo sucedido anoche. Zipper Marsh no era hombre para enfrentarse con La Sombra. Quizá nosotros lo seamos, si nos preparamos.

-Ahora estará alerta... Le hemos puesto sobre aviso...

-No-interrumpió Zubian, calmosamente-. No ha averiguado nada, excepto que alguien mandó la nota de Dobie Wentz. Atribuirá la carta a algunos gangsters enemigos de Zipper Marsh, no a tu banda, Gats.

-Quizá tienes razón-repuso el pistolero-. Pero, ¿qué vamos a hacer al respecto?

-Averiguar quién es La Sombra, primero-sugirió Zubian.

Gats Hackett resopló con desdén.

-Te parece que es cosa fácil-refunfuñó-. Será mejor que lo vuelvas a pensar, Zubian. Ha habido muchos sabuesos muy listos que trataron de averiguarlo. No sacaron nada en claro. Fíjate, por ejemplo, en el Bizco Freston, que anda husmeando ahora ¿Qué ha averiguado? El Bizco es el sabueso más hábil de Nueva York; y lo que es más, lleva ventaja habiendo seguido el rastro de dos de los confidentes de La Sombra: Vincent y Mann. Sin embargo, La Sombra sigue burlándosele.

-Exacto. No es posible atrapar a nuestro enemigo acechando solamente. La Sombra es un gato viejo y está acostumbrado a esas cosas.

Sucedió un silencio. Luego Douglas Carleton se despertó de su letargia y afirmó su autoridad.

-Debemos suprimir a La Sombra-anunció-. Si vosotros no podéis hacerlo, encontraremos a alguien que sea capaz. Hay demasiado en la balanza para dejar que La Sombra intervenga y nos lo estropee.

Tras una pausa, siguió: -Tengo mucho trabajo para vosotros dos... pronto. Entre tanto; despejemos el camino. Has tenido la ocasión de lucirte, Gats; pero fracasaste. ¿Qué piensas hacer ahora?

El gangster frunció el ceño. Se aproximó a la mesa para tomar una copa.

Hizo una pausa de repente y dejó la copa encima de la mesa.

-¿Qué voy a hacer ahora?-repitió-. ¡Te diré lo que voy a hacer! ¡Te diré cómo atrapar a La Sombra!

Observó las miradas interrogantes de los otros dos y luego continuó:

-Empecé con algo, ¿no es verdad?-pregunto-. Me las arreglaré para que La Sombra recibiese un mensaje, ¿no es así? Ese pájaro obró con demasiada astucia-o torpeza-al esperar hasta las dos y media. Seguramente entró en la casa de Grayson antes que Zipper Marsh. Esto le sirvió de perilla para abrirse paso a tiro limpio. Pero yo le atraparé en un lugar de donde no pueda escapar. ¡Os diré cómo!

Ingirió su bebida, depositó la copa encima de la mesa y avanzó unos pasos para continuar en tono impresionante.

-¿Y esos pájaros que trabajan para él?-preguntó-. ¿Qué me decís de ellos? Vincent y Mann, un par de idiotas, a mi parecer. Perfectamente; les echaremos el guante y les haremos "cantar". ¡Ellos dirán quién es La Sombra!

-Quizá-interpoló Zubian, secamente-. Quizá lo digan, ¡si lo saben!

-¿Si lo saben?-resopló Gats-.¡Yo haré que lo sepan! No me llaman Gats por nada. Además, tengo otros medios, aparte de mis pistolas. Os he dicho lo que hay que hacer. Atrapar a Vincent y a Mann. Esa es la solución.

-Podría dar resultado-asintió Carleton.

-Lo dará-afirmó Gats-. Si esos confidentes no "cantan", los encerraré. Que La Sombra averigüe dónde están. Esto le pondrá en movimiento. Cuando empiece a actuar, como lo hizo anoche, tendremos una ocasión para capturarlo. ¡Quizá no se escape la próxima vez!

-¿Qué opinas tú?-preguntó Carleton, volviéndose hacia Zubian.

El bandido internacional estaba pensativo. Sus cejas se arquearon. Al fin, expresó su opinión con acento firme.

-Es una buena idea-declaró-, pero debemos ponerla en práctica más adelante. En primer lugar, convendría averiguar todo lo posible respecto de La Sombra. Hay maneras de realizarlo, métodos que no hemos probado aún.

-¿Cuáles son?-preguntó Carleton.

-Los expondré después-respondió Zubian-. Tengo que estudiar cuidadosamente el asunto. Es en beneficio tuyo, Gats-habló con tono tranquilizador, dirigiéndose al jefe de la banda-, porque te pondrá en situación de formular unas preguntas atinadas a Mann y a Vincent cuando caigan en tus manos.

"La Sombra es muy astuta-continuó-. Hay que presentarle batalla en su propio terreno. Es cuestión de astucia y mucha reserva. Estas son nuestras mejores armas. Supongamos-se volvió hacia Carleton-, que nos vemos en tu club esta noche. Entonces te daré más explicaciones.

-¿En el club Cobalto?-preguntó su compañero.

-Ese es lugar a propósito-respondió el otro-. Te veré allí mañana a las diez y media.

Félix Zubian se levantó con el aire de un hombre que ha realizado una gran labor.

Gats Hackett le miró ceñudo. Luego su expresión cambió. Las maneras de Zubian le impresionaban. Sin embargo, no podía resistir el deseo de manifestar su opinión.

-¡Averiguar quién es La Sombra!-se mofó-. ¡Me gustaría ver al tipo capaz de hacer eso! El Bizco está husmeando. No ha conseguido nada todavía. No hay nadie en Nueva York que pueda "pisar" al Bizco...

-Tengo que discrepar-interrumpió Zubian, con frialdad. Apoyándose pesadamente en su bastón, se encaró con Gats-. Discutimos esa cuestión la otra noche-indicó-. Te dije que conocía a un hombre que era superior al Bizco. También te informé que ese individuo estaba en Nueva York. Ese es el sujeto en quien debemos depositar nuestra confianza.

-Mejor que el Bizco, ¿eh?-se burló Gats-. ¿Crees que ese individuo es capaz de encontrar a La Sombra y averiguar quién es? ¿Por qué te figuras que ése puede hacerlo si mi ayudante no lo puede?

-Bizco Freston es un gangster-repuso Zubian, calmosamente-. El individuo en quien pienso es un caballero. Donde el Bizco es tosco, este hombre actúa sutilmente. Esto constituye una gran diferencia entre los dos.

-¿Sí?-preguntó Gats-. ¡Pues me gustaría ver al sujeto! ¡Me gustaría saber quién es! Y a ti-volvióse hacia Carleton-, también te gustaría saber quién es ese pájaro tan listo, ¿no es cierto?

-Sí-reconoció Carleton-. Me agradaría. ¿Cuándo puedo conocerle, Zubian?

-Mañana por la noche-respondió Zubian-, en el club Cobalto.

-¡Ah!-exclamó Carleton-. ¿Es un amigo tuyo?

-Mi mejor amigo.

-¿Cómo se llama?

Zubian sonrió con aire de sabiduría.

Douglas Carleton se impresionó. Gats Hackett permaneció silencioso y alerta.

-¿Cómo se llama?-Zubian giró su bastón y se dirigió hacia la puerta, donde se detuvo encarándose con sus compañeros-. ¿Cómo se llama? Os lo diré ahora mismo. Nombraré al único hombre que no sólo es capaz de localizar a La Sombra, sino que lo localizará. ¡Nombraré al hombre que se convertirá en la sombra de La Sombra!

Hizo una pausa y agregó:

-La sombra de La Sombra; esto os impresiona, ¿eh? Os interesará más cuando sea una realidad en lugar de una predicción. ¡Ah... me olvidaba! Me habéis preguntado el nombre de este sujeto extraordinario. No os tendré más tiempo en suspenso. La sombra de La Sombra será... ¡Félix Zubian!

Después de pronunciar su propio nombre, el bandido internacional sonrió e hizo una reverencia con gran serenidad. Abrió la puerta y salió del aposento, inclinándose aún.

La puerta se cerró mientras Douglas Carleton y Gats Hackett se quedaban mirando con expresión de asombro.

CAPÍTULO X
LA SOMBRA TRAS LA SOMBRA

Poco después de oscurecer, la noche siguiente, una nueva figura hizo su aparición frente al viejo edificio de la calle veintitrés.

Bizco Freston y sus secuaces estaban de guardia; sin embargo, no observaron a este personaje sigiloso que se arrimaba al rascacielos.

Un observador, que pasó inadvertido para los gangsters que vigilaban, se había unido a sus fuerzas. Era un individuo que actuaba de la parte de ellos; sin embargo, no quería descubrir su presencia.

Félix Zubian, el individuo que se había llamado a sí mismo la sombra de La Sombra, practicaba su primera investigación.

Mientras esperaba a prudente distancia, en el otro lado de la calle, se ensimismó en sus pensamientos. Comprendía que habló fanfarronamente la noche anterior y que ahora tendría que demostrar su habilidad para triunfar en lo que otros fracasaron.

El resultado de sus deliberaciones le condujo al punto de partida. Estaba convencido, de que el edificio del otro lado de la calle sería el lugar lógico donde buscar a La Sombra.

Al mismo tiempo, Zubian se encontraba frente a una incertidumbre fastidiosa. Tenía la convicción de que La Sombra debió entrar y salir de aquel lugar a lo menos en una ocasión, mientras el Bizco y sus ayudantes estuvieron vigilando.

Mas, ¿era eso prueba de que La Sombra volvería a ir allí?

No; por el contrario, tal vez sería motivo para que La Sombra rehuyese el lugar. Si el misterioso rey de la noche supiese que unos ojos vigilantes esperaban su llegada, podría dejar de presentarse. En consecuencia, Zubian pensó que las probabilidades de salir triunfante de su empresa, eran escasas.

Si viese a La Sombra aquí, perfectamente. Si no, tendría que tomar otras medidas para dar con el rastro del misterioso personaje.

Esta noche se vería con Douglas Carleton. Ese joven estaría impaciente, esperando algunos resultados. Zubian sonrió para sí. Sabía cómo tratar al joven; ya había pensado lo que diría para impresionar al deportista y malhechor. No obstante, Zubian seguía acariciando la esperanza de que esta vigilancia preliminar podría resultar un punto de partida.

A medida que el tiempo transcurría, sus pensamientos continuaron, sin que su ensimismamiento impidiese que sus ojos sagaces vigilasen alerta.

Vigilaban la puerta del edificio, desde un ángulo más favorable que el que Bizco Freston había escogido como puesto de observación.

Consultó su reloj. La esfera luminosa señalaba las nueve. Los ojos de Zubian volvieron a clavarse en la puerta del edificio. De pronto se pusieron alerta. Algo había llamado su atención.

Recibió la impresión de haber visto un rayo momentáneo de luz titilante debajo mismo del dintel. Podía haber sido una ilusión óptica; no obstante, basaba una nueva esperanza en aquella impresión fugaz.

Aquel destello podría tener un significado; quizá indicase que alguien había abierto la puerta para entrar en el edificio. Apenas daba crédito a sus ojos.

¿Acaso se le había presentado una oportunidad, para desvanecerse al instante? Quizá sí; quizá no. No podía hacer otra cosa que esperar.

Transcurrieron unos minutos más. De nuevo tuvo la misma impresión. Esta vez se hallaba completamente seguro. La puerta se había abierto para dejar paso a una figura invisible desde donde él se encontraba.

La primera vez que observara la luz titilante, fue una casualidad; la segunda, el resultado de una vigilancia sagaz y paciente. Pensando con rapidez, comprendió que el doble fenómeno era una indicación segura, de que alguien entró en el edificio varios minutos antes y salía ahora.

Mas, ¿dónde estaba el hombre que abrió la puerta?

Zubian se encontraba perplejo. No había ningún ser humano visible en el otro lado de la calle. En realidad, no había divisado a ningún ser viviente.

Recorriendo la calle con la vista, no vió nada. Esto le exasperó. Chirrió con rabia los dientes al enfocar la mirada sobre un farol, casi enfrente mismo, al otro lado de la calle.

El farol arrojaba un óvalo de luz sobre la acera. Allí clavó la vista, percatándose de que había sido burlado. Su única esperanza consistía ahora en que el invisible personaje pudiese venir en aquella dirección; que, por casualidad, aquel individuo entrase dentro del radio de la luz.

La suerte volvió a favorecerle. Sus ojos se dilataron al observar una zona de negrura cruzar el resplandor ovalado de la acera.

¡Durante un breve instante, divisó la sombra movediza de un ser viviente!

No vió a la figura; divisó tan sólo la mancha de negrura. Era suficiente. La sombra moviente era una prueba segura de la presencia del hombre a quien buscaba. ¡Allí, en alguna parte de la oscuridad, estaba La Sombra!

Silenciosa y cautelosamente avanzó a lo largo de la fachada de la casa.

Miraba con fijeza hacia delante, buscando el siguiente farol, tratando de echar otra ojeada a la fugaz zona de negrura.

Una vez más distinguió el objetivo que buscaba. ¡Doblaba ahora, para cruzar la calle!

Agazapándose en las tinieblas, Zubian esperó; luego emprendió la persecución del invisible personaje. Escudriñando la lobreguez de la noche, trató de distinguir a alguna persona, mas no pudo.

El hombre de la noche, era totalmente invisible. Aproximándose a una esquina, Zubian comprendió que su tarea era inútil.

¿Cómo podía abrigar la esperanza de seguir el rastro de un individuo que formaba parte de la noche misma?

La Sombra podría encontrarse muy distante; quizá estaba oculto en alguna parte, dispuesto a lanzarse sobre su seguidor. La situación no parecía ofrecer ninguna esperanza de éxito; sin embargo, Zubian no desistió.

Seguía aun arrimado a las sombras de las paredes que limitaban el borde interior de la acera. Se detuvo a unos cuantos metros de la esquina.

De pronto, en los límites de una luz que salía de la ventana de la tienda de la esquina, divisó la misma masa de negro. Hallábase cerca de la esquina y estaba inmóvil.

Para Zubian, era una indicación de la presencia de un ser humano, pues aquella masa tenía la figura larga y siniestra de una persona viviente.

Alta y delgada, semejaba la silueta de un hombre. Coronada por la forma de un sombrero de alas anchas, la masa de negrura parecíale a Zubian que debía encontrarse de pie, en el límite de la negrura más allá de la iluminación.

Fascinado, Zubian no osaba moverse. Observó que la larga figura se deslizaba poco a poco a través de la acera y desaparecía.

Como un dedo apuntando, movióse hacia un taxi que estaba parado junto a la acera. Zubian esperó, unos instantes más el coche echó a andar avenida abajo.

Sin titubear más, Zubian dio un salto, pasó la esquina y llegó al bordillo. Vió acercarse otro auto. Lo llamó y saltó al interior.

-Siga a ese taxi que va delante-gruñó al chofer-. ¿Lo ve? Aquél que está junto a la luz roja de la esquina. No se acerque demasiado; pero no lo pierda de vista.

-Déjele de mi cuenta-respondió el conductor, con una risa tosca-. No lo perderé de vista.

Asomado por la ventanilla, Zubian vigilaba con el mismo cuidado y vivacidad que el chofer mostraba.

El conductor se mantenía prudentemente a una manzana de distancia, a la zaga. Llegaron al fin, después de muchas vueltas y revueltas, a una calle larga, entre dos avenidas. El coche de delante iba ganando terreno.

Dobló una esquina. Cuando el coche de Zubian llegó al lugar y dobló, se encontró con el otro taxi, parado a unos cincuenta metros de distancia.

El chofer de Zubian pasó por el lado del otro vehículo y paró delante de una entrada iluminada.

-Espere aquí-dijo Zubian, en voz baja.

Un conserje abría la portezuela del taxi. Zubian se apeó y echó a andar a lo largo de la calle.

El chofer del taxi que él había seguido estaba de pie en la acera. Tenía abierta la portezuela trasera del coche y miraba con expresión de asombro el interior. Al oír el rumor de las pisadas de Zubian, volvióse y habló como quien se dirige a un peatón que pasara casualmente.

-Escuche-dijo en tono de perplejidad:- ¿Estoy loco? Un sujeto me dice que pare, y cuando lo hago, ¡ya no esta en el taxi!

-¿Le pagó a usted?-inquirió Zubian, con interés cordial.

-Seguramente-contestó el chofer-. Me dio un billete diciéndome que me guardase el cambio, pero no acierto a comprender cómo...

Zubian había visto el interior del vehículo. Estaba vacío. Remolineando su bastón de grueso puño, regresó al lado de su coche, rabiando interiormente.

Aquella corta ventaja ganada por el primer taxi permitió a La Sombra apearse y desaparecer en la noche.

Al llegar al costado de su taxi, se dispuso a subir. Habló al chofer desde la acera.

-Lléveme al club Cobalto-ordenó.

-Perdone, señor-era la vez del conserje, interrumpiéndole-;pero está usted en la puerta del club Cobalto ahora...

Zubian se volvió con rapidez. Por primera vez, percatóse del lugar donde se encontraba. Hasta entonces había estado demasiado interesado en el otro auto para observar dónde se hallaba.

¡Estaba allí, en el lugar donde quedara citado con Douglas Carleton!

-Muchas gracias-dijo Zubian, en tono muy afable-. Tiene usted razón. Estaba un poco distraído.

Pagó al chofer y se quedó observando cómo se alejaba el taxi.

De pie junto a la puerta del club, Félix Zubian reflexionó. La Sombra debía ser un hombre que hacia milagros, pensó, para llevarle allí.

¿Había averiguado sus planes La Sombra? ¿Sospechaba el propósito que abrigaba Zubian?

El famoso malhechor frunció el ceño. Golpeó irritado la punta del bastón sobre la acera. De pronto en su rostro apareció una expresión de júbilo.

Estaba convencido de que La Sombra no sospechaba su presencia. Tras esa convicción surgió una hipótesis. Si ésta resultase acertada, las operaciones de la noche podrían resultar sumamente afortunadas.

Esbozando una sonrisa, consultó su reloj. Eran más de las diez.

!Remolineando el bastón, la sombra de La Sombra entró en el club Cobalto, acudiendo a la cita que tenia con Douglas Carleton!

CAPÍTULO XI
LA SUERTE FAVORECE A ZUBIAN

Dos hombres se hallaban sentados en una mesita del grill-room del aristocrático club Cobalto. Douglas Carleton y Félix Zubian estaban reunidos, como quedaran de acuerdo.

Este nuevo marco contrastaba con la habitación del hotel, donde conferenciaran la noche anterior. En el club Cobalto, la reunión se celebraba sin ningún sigilo, y su discusión estaba libre de interrupciones de parte de Gats Hackett.

Sea cual fuere el valor que Gats representara en los proyectos de Douglas Carleton, era evidente que el caballero deportista consideraba de mayor valor a Félix Zubian.

El gangster, a pesar de su utilidad, era simplemente el jefe de una pandilla de pistoleros, mientras que el bandido internacional poseía una personalidad que le permitía el acceso a los círculos más aristocráticos.

De aquí que el joven deportista, esa noche, estuviera inclinado a escuchar las sabias palabras de Zubian. Comprendía que éste sentía un profundo desprecio por Gats, a pesar del tacto que mostraba para no expresar dicha opinión al mismo gangster.

En realidad, las palabras de Zubian indicaban sutilmente cierto desagrado por los métodos del fanfarrón jefe de pandilla.

-Anoche-observó-, oí a Gats Hackett dar escasa importancia a los agentes de La Sombra. Habló de la incapacidad, de la falta de habilidad, de la relativa inutilidad de dichos ayudantes. Sin embargo, no se percató de lo que probaban sus manifestaciones.

-¿Qué probaban?-inquirió Carleton.

-Que la fuerza de la organización está centralizada en un solo hombre. Ese hombre es La Sombra mismo. Sus agentes son simplemente unos instrumentos en sus manos hábiles, y ningún instrumento puede compararse con el hombre que lo maneja.

Carleton movió la cabeza con una expresión de asentimiento. Tenía la sensación de que esta conferencia con Félix Zubian resultaría fructífera.

-Cuando lograste mis servicios para tus futuros empresas-continuó Zubian, calmosamente-. Conseguiste la cooperación de un estratega. No hablo con jactancia-como hace Gats Hackett-, meramente cito un hecho simple y evidente.

"Mi historial, que solamente yo conozco, debe inspirar confianza. Infinidad de gangsters han luchado contra este hombre que llaman La Sombra. Todos fracasaron por sus propias torpezas.

"Tú-siguió-oíste hablar de mí, cuando estuviste en Europa. Oíste mencionar mi nombre; sin embargo, no pudiste encontrarme, hasta que de agente en agente se corrió la noticia de que deseabas verme. Entonces dispuse una entrevista y acepté tus condiciones. Vine a América a prestar mi colaboración en ciertas empresas. Como La Sombra, utilizo los servicios de unos agentes hábiles. Como La Sombra, puedo trabajar solo. Verificar la identidad de un hombre como La Sombra es una labor para la cual estoy capacitado. En muchos respectos, su carrera se parangona con la mía. En realidad, creo que en ciertas ocasiones-hace mucho tiempo -La Sobra se cruzó en mi camino.

-¿Sí? -exclamó su compañero-. ¿Crees conocer a La Sombra?

-No-respondió Zubian, pensativo-. Simplemente creo que tal vez conozca algo de su pasado. Mi nacionalidad-sonrió-ha sido siempre una cuestión de conveniencia. En una ocasión, fui americano. Durante la guerra europea, encontré que era más provechoso actuar en beneficio de otro gobierno. Yo poseía excelentes dotes para el espionaje.

Carleton asintió con la cabeza. La confesión de traición aumentaba la opinión excelente que del hombre tenía. Pues Douglas, como Zubian, era un granuja de primera clase.

-Durante la guerra-continuó el espía-me enteré de la existencia de una persona verdaderamente extraordinaria: un individuo que, al parecer, era un aviador de las fuerzas aéreas norteamericanas. Oí que le llamaban El Águila Negra, debido a su predilección por los vuelos nocturnos. En una ocasión El Águila Negra fue derribado. Su papel cambió inmediatamente; en lugar de aviador, se convirtió en un agente secreto detrás de las líneas enemigas.

"Después de la guerra-agregó-, El Águila Negra vivía aún. Muchas veces me he preguntado qué se habrá hecho de él. Ahora creo conocerlo. Él, el vencedor de cien extraños encuentros en tierra y en el aire, ha adoptado una nueva identidad. Es conocido por La Sombra.

-¡Esto es asombroso!-balbuceó su compañero-. Si La Sombra...

Zubian levantó la mano requiriendo silencio. Carleton escuchó, conteniendo el aliento, mientras el traidor, según propia confesión, desarrollaba su extraordinaria hipótesis.

-He pensado a menudo en El Águila Negra-continuó el espía-. Muchas veces he dejado encontrármelo; seguirle la pista; Descargar mi venganza sobre él por las muchas dificultades que me causó en el pasado. He considerado atentamente los métodos y procedimientos que, probablemente, usaría tal individuo. Ahora estoy plenamente convencido de que La Sombra es el hombre que busco.

-¿No hay manera de localizarlo?

-Le he seguido el rastro esta noche.

Las palabras de Zubian cayeron como una bomba en los oídos de Douglas Carleton. El joven miró con cara llena de asombro al oír esta nueva revelación.

-Le he seguido la pista-continuó el bandido internacional-, desde el lugar donde el Bizco Freston ha fracasado. Jugué a la suerte y gané. Esta noche me hallaba en el edificio que el Bizco vigila en la calle veintitrés.

-¿Y viste a La Sombra?

-Vi una sombra. Eso es todo. La perdí y la vi de nuevo. La seguí y la perdí.

-En ese caso has fracasado-comentó Carleton, en tono de decepción.

-Quizá-respondió Zubian, calmosamente-. Y por el contrario, tal vez haya tenido éxito. Creo haber seguido el rastro de La Sombra, localizándolo en su propio escondrijo. Allí es probable que pueda vigilarle, sin que él se percate de que le espían.

-¿Qué ambiente crees que suele frecuentar?

-Un ambiente, un marco, como éste-sonrió Zubian, echando una ojeada a su alrededor-. Este club es uno de los más selectos de Nueva York, ¿no es verdad?

-Se considera que es uno de los más aristocráticos.

-Entonces seria muy atractivo para una persona como La Sombra. Considera la cuestión serenamente, Carleton. La Sombra lucha contra gangsters. ¿Esto le convierte a él en un gangster? De ninguna manera. Los generales inteligentes guerrean contra los salvajes; más ello no los convierte en salvajes.

Tras una pausa, agregó:

-Al parecer, La Sombra pasa gran parte de su tiempo en Nueva York, aunque, en ocasiones críticas, aparecía en el trabajo. Los criminales han tratado de encontrarlo en los bajos fondos. Han fracasado. Tú y yo somos criminales-. Zubian expuso el hecho con franco orgullo-, y sin embargo, no nos asociamos, por ahora, con malhechores. La Sombra es, sin duda, de calibre superior al nuestro. En consecuencia, podernos dar por supuesto que él, también, escogería un marco, un ambiente, como el club Cobalto.

El bandido internacional hizo una pausa para encender un pitillo. Sus ojos se volvieron hacia Carleton con aire astuto. En tono bajo e impresionante, añadió unas cuantas observaciones para apoyar su punto de vista respecto a La Sombra.

-Dos agentes de La Sombra han sido descubiertos-prosiguió-. Uno de ellos, Vincent, aparenta ser un hombre que vive de rentas, y está aposentado en el hotel Metrolite. El otro,

Rutledge Mann, es un agente de Bolsa. Solamente un hombre capaz de discriminar elegiría a mis agentes. Después de entrar Zipper Marsh en la residencia de Adolfo Grayson, La Sombra le despojó de un valioso botín. Nadie podría haber dado con el paradero de los artículos robados. Sin embargo, fueron reintegrados, intactos, por La Sombra.

"La posesión de tal fortuna no cambió el propósito de nuestro enemigo. Por consiguiente, puedo decir, sin temor a equivocarme, que La Sombra es un hombre acaudalado.

-Tienes razón-asintió Carleton, admirado-. Sí, no cabe duda de que tienes mucha razón.

-Ahora-continuó su compinche-, debemos empezar por localizar a La Sombra. Si fuese un bandido o un detective, seria sumamente difícil. Pero no es ninguna de las dos cosas. Al parecer es un hombre singular, sin par. Prefiere apoyar a la ley; sin embargo, imita los métodos usados por los criminales contra quienes lucha. Por tanto, hemos de buscar un hombre rico, libre de toda sospecha, y cuyas operaciones normales sean escasas y espaciadas.

-¿Dónde encontraremos un hombre de esas características?

-Aquí, tal vez-sonrió Zubian-. Posiblemente en alguna otra parte. Quizá se tarde algún tiempo en descubrirlo. Por lo tanto, necesitaré tu cooperación; y espero que Gats Hackett se mantenga al margen de este trabajo. Su colaboración vendrá más adelante, después de haber localizado a nuestro enemigo. Ahora que te he explicado mi plan, podemos discutir otros asuntos.

-Un momento-intercaló Carleton-. ¿Tienes idea de cuánto tiempo se tardará en localizar a La Sombra? Esto me intriga...

-Si la suerte nos favorece-interrumpió Zubian-, tal vez lo descubra esta misma noche, con tu cooperación.

-¿Con mi cooperación?

-Sí. Ven conmigo.

Mientras Carleton se incorporaba, Zubian le hablaba en voz baja.

El gran deportista asentía con la cabeza, comprendiendo apenas la importancia de las palabras aunque se percataba de lo que se esperaba de él.

-Vamos a dar un paseo por el club-dijo su compañero-. Hay muy pocos miembros en estos momentos. Quiero que me digas lo que sepas de las personas por quienes te pregunte.

Los hombres echaron a andar pausadamente. Atravesaron el vestíbulo.

Entraron en la biblioteca. Llegaron a un rincón de una sala donde un caballero alto, vestido de etiqueta, se hallaba sentado a una mesa de lectura.

Zubian se detuvo; luego reaccionó y continuó andando. No fue la vista del hombre lo que le hizo vacilar; fue la sombra que había visto proyectada sobre el suelo.

¡Aparecía allí una masa negra como el azabache una silueta muy semejante a la que viera él la calle veintitrés!

Recobrando su aplomo, arrojó una mirada tranquila hacia el hombre que leía. El semblante de aquel caballero le impresionó. En un continente firme y como cincelado, semejante a una máscara.

En aquella mirada escrutadora, Zubian no pudo formarse una idea de la edad del hombre. Miró sus ojos. Eran agudos y penetrantes, chispeando al mirar, como luces vivientes, desde aquel rostro inescrutable.

Una vez fuera de la biblioteca Zubian instó a Carleton a volver al grill-room, interrogándole mientras caminaban.

-Ese hombre del saloncito-cuchicheó-. ¿Quién es?

-Lamont Cranston. Un multimillonario y famoso viajero. Habla muy poco. Nadie sabe dónde ha estado ni cuánto tiempo ha durado su ausencia. Al parecer, no le interesan más que sus asuntos personales.

Félix Zubian sonreía cuando llegaban al grill-room. Carleton, sentado delante de él, no acertaba a comprender.

-Lamont Cranston-Zubian pronunció suavemente el nombre-. Lamont Cranston. De modo que ése es el nombre del señor que vimos en la biblioteca. ¿Estás seguro de que se llama Lamont Cranston?

-Desde luego-exclamó Carleton-. Es Lamont Cranston...

-¿Quieres decir-interpoló Zubian-, que él mismo se llama Lamont Cranston?

-¿Que él se llama a sí mismo Lamont Cranston?-interrogó su compañero-. Si no es Lamont Cranston, ¿quién es?

-¡Es La Sombra!-replicó Zubian, con una sonrisa de exaltación-. ¡Es La Sombra y yo me he convertido en su sombra! ¡La suerte me ha favorecido esta noche!

CAPÍTULO XII
SIGUIENDO A LA SOMBRA

El día siguiente, Félix Zubian inició una tarea muy de su agrado. Convirtióse en la sombra de La Sombra. Empezó este trabajo en condiciones ideales; ya no era necesario que siguiese el rastro de un fantasma de la noche.

En lugar de ello, seguía los pasos de un hombre que no hacia ningún esfuerzo para evitar que le observasen.

Al espiar a La Sombra, procedía con suma cautela. Conocía que sería imprudente aparecer demasiado cerca del hombre que se ocultaba bajo el nombre de Lamont Cranston.

En consecuencia, decidió utilizar el club Cobalto como base de operaciones.

Douglas Carleton le dio facilidades presentándole como miembro residente del club.

Lamont Cranston almorzaba en el club. Al salir del lugar, Zubian se encontraba de pie, en la parte exterior de las puertas giratorias. Vio a Cranston dar al conserje las señas de un edificio enclavado en una calle transversal de Times Square. Las señas fueron repetidas a un chofer que paró el taxi delante de la puerta del famoso club.

Después de la partida del multimillonario, Zubian se dirigió a dichas señas.

Encontró que era un edificio viejo. Entró y ascendió por una gastada escalera. Examinó piso por piso, mientras subía, con el propósito de practicar una inspección más minuciosa cuando bajara.

En el pasillo del quinto piso, observó que no había más que una oficina ocupada. Al pasar delante de ella, la puerta empezó a abrirse. Sin titubear, continuó andando y se puso a simular que giraba el pomo de otro despacho situado un poco más al fondo. Escudriñando con cautela, observó a la elevada figura de Cranston dirigiéndose hacia la escalera.

Zubian sonrió, observando que no había sido descubierto. Después de la partida de Cranston, se apresuró a salir del edificio y regresó al club Cobalto.

Cranston no había vuelto y, en consecuencia, Zubian practicó algunas averiguaciones. Formulando diversas preguntas casuales a los empleados del club, averiguó algunos hechos acerca del multimillonario.

Lamont Cranston residía en una mansión palaciega en Nueva Jersey, adonde iba todas las noches. Indudablemente, era un excéntrico. Esto, unido a los informes facilitados por Carleton, llevaron a Zubian a la conclusión de que la identidad de Cranston, la había adoptado La Sombra meramente como una pantalla conveniente.

El multimillonario era famoso como viajero y cazador de caza mayor. Sus asuntos, averiguó Zubian, estaban arreglados de tal modo que continuaban su curso normal durante su ausencia.

El malhechor conocía, por su contacto íntimo con los bajos fondos, que La Sombra se hallaba siempre cerca de Nueva York. Sin embargo, esas expediciones que Cranston solía emprender eran ciertamente reales.

¿Cuál era, entonces, la solución de este misterio?

La respuesta surgió. Debía existir un Lamont Cranston real, de carne y hueso-un hombre que actualmente debía hallarse en el extranjero-y La Sombra se hacía pasar por él durante su ausencia. Una idea muy ingeniosa, pensó Zubian.

Cuando el multimillonario cenó en el club aquella noche, el espía continuó su vigilancia.

El millonario se marchó en un taxi, a un teatro. Zubian fue al mismo. Vio a Cranston en el vestíbulo. Observó que en los intervalos fue a una cabina telefónica, situada en un pasillo de espera. Pero no pudo acercarse lo suficiente para escuchar la conversación.

Después del espectáculo, Cranston regresó al club. Allí, Zubian le vió partir en una lujosa limousine.

Llamando a un taxi, la sombra de La Sombra siguió al coche. Se dirigió a la parte baja de la ciudad, atravesó el túnel Holland y enfiló en dirección oeste en Nueva Jersey. No le siguió más adelante.

El segundo día, siguió vigilando. Vió al millonario llegar para almorzar en el club. De nuevo, Cranston visitó el edificio cerca de Times Square. Esta vez Zubian no entró. Dio por supuesto que La Sombra-pues no tenía la menor duda respecto de la identidad del hombre-se dirigió a la oficina del quinto piso.

El millonario salió y Félix entró en el edificio. Subió al quinto piso y audazmente llamó a la puerta de la oficina. Una voz zalamera le invitó a pasar. Entrando, vió a un anciano.

-¿Le gustaría ver algunos de mis objetos artísticos?-preguntó el vejete.

-¡Ah, sí!-respondió Zubian-. Hoy no, pero otro día, señor-... hizo una pausa, como si quisiera recordar un nombre-. ¡Ah, he olvidado...!

-Crayle es mi nombre-interpoló el anciano-. Hawthorne Crayle. Un nombre poco corriente.

-Ahora lo recuerdo-sonrió el otro-. Alguien me dijo que viniese a conocerle. Me interesan los objetos artísticos, raros y curiosos.

El anciano se tornó locuaz. Habló de su singular negocio, sin dar a Zubian ocasión de intercalar una palabra.

Cuando el criminal se marchó, tuvo la sensación de haber seguido una pista falsa. Era evidente que Cranston frecuentaba aquel lugar solamente con el objeto de examinar los artículos del vejete. El anciano había mencionado que ciertos hombres de posición estaban interesados en sus géneros.

Probablemente el millonario era uno de ellos.

Poco antes de las seis, Zubian, de vuelta en el club, vió entrar a Cranston. El millonario celebró una conferencia telefónica. Este hecho tenía importancia.

Félix recordó que el día anterior sostuvo una conferencia similar.

Después de cenar, el espía empezó de nuevo a seguir los pasos de La Sombra. La persecución condujo a un teatro. Pero Cranston simplemente adquirió unas entradas para una función futura y regresó al club, donde pasó la velada tranquilamente.

Félix Zubian, sentado en el grill-room, estaba de mal humor. En las veces que siguiera los pasos de La Sombra, no había descubierto nada. Ninguna persona visitó el edificio de la calle veintitrés; no se había desarrollado ninguna acción contra los gangsters; no se había establecido ningún contacto-a menos que fuese por teléfono-con Rutledge Mann o Harry Vincent.

Después que el millonario hubo partido para su casa de Nueva Jersey, Zubian se percató de que trataba con un adversario muy astuto. Debía haber sospechado, de alguna manera, la presencia de enemigos; o bien esperaba a que se produjera el hecho criminal que exigiese la presencia de La Sombra.

Al tercer día, Zubian proyectó una visita a Nueva York, si no sucedía ninguna otra cosa. Vió a Cranston llegar al club en su limousine. Zubian había averiguado el nombre del chofer. Se llamaba Stanley. Era su único contacto con los asuntos particulares del millonario.

Cranston volvió a salir en un taxi. Se dirigió al edificio situado cerca de Times Square. Parecía ser una costumbre suya; sin embargo, Zubian no le dio importancia.

Siguió a Cranston después que éste salió del edilicio. Ante su profunda decepción, el millonario asistió a una función de cine. Esto, pensó, sería una ocasión para hacer una rápida visita a la casa de Cranston, en Nueva Jersey.

Telefoneó a Gats Hackett y poco después encontró un sedan conducido por un gangster. Fue al túnel Holland, lo atravesó y entró en Nueva Jersey.

Fue entonces cuando se impacientó. Su impaciencia motivó una subida inspiración. Ordenó al gangster que regresase a Nueva York. Durante el trayecto, su cerebro funcionó con gran actividad. Reía mientras el coche atravesaba el túnel. Empezó a tomar notas subiendo por la Séptima Avenida.

Al llegar a un lugar cercano del hotel de Gats Hackett, se apeó y entró en una cabina telefónica. Llamó a la casa de Devaux y tuvo la suerte de encontrar a Carleton allí. Le expuso con rapidez el motivo de la llamada.

-Quiero ver a Gats Hackett-dijo a Carleton-. Ponte en contacto con él al instante. Dile que reciba mis órdenes... esta noche. Tengo un plan.- El joven respondió accediendo. Zubian esperó un rato; luego fue a ver a Gats. La conferencia fue breve, pero importante. Cuando el malhechor volvió a aparecer en la calle, sonreía de satisfacción.

Fuera del teatro donde el millonario había entrado, Zubian esperó en un lugar discreto y le siguió los pasos cuando apareció. Cranston fue directamente al club Cobalto. Zubian le siguió. A las seis de la tarde, Cranston repitió la habitual conferencia telefónica.

El paciente perseguidor no se molestó al descubrir que el aristócrata se proponía pasar la velada en el club. Se mantuvo alejado, fuera de la vista de Cranston y volvió a telefonear a Douglas Carleton.

Dijo al joven deportista que pasase por el club después de salir de casa de Devaux.

Era la primera visita de Douglas al club, desde que Zubian descubriera la identidad de La Sombra y se convirtiera de manera tan eficiente en la sombra de La Sombra.

Cenando tarde, Zubian meditó en el plan que había trazado para la noche.

Siguiendo los pasos de su enemigo, había encontrado la solución del problema más urgente: la eliminación del hombre de la noche Ese era el objetivo que intrigaba a Zubian, la sombra de La Sombra.

CAPÍTULO XIII
MUERA LA SOMBRA

Más tarde, aquella noche, Félix Zubian estaba sentado en la biblioteca del club. Con aire calmoso y sencillo, había camuflado su personalidad con notable habilidad

Tenía confianza en su plan. Había desempeñado el papel de espía a la perfección. Convencido de que el supuesto Lamont Cranston era La Sombra, había actuado con excepcional sigilo. Ni una sola vez había dado pie para que el falso Cranston sospechase su presencia

Mientras leía un periódico, continuó vigilando ojo alerta al millonario, que permanecía sentado en otra parte de la sala. En esta labor de observación no habría encontrado jamás a alguien que le igualase.

Conocía y respetaba la capacidad del hombre con quien trataba; pero al mismo tiempo, poseía la facultad de reconocer los hechos. Toda su pasada habilidad le servía ahora; y estaba seguro de que su enemigo no sospechaba que le vigilaban.

Era cerca de medianoche. Zubian observó cómo el aristócrata se incorporaba y se dirigía lentamente hacía la puerta. Desde el lugar donde estaba sentado, era posible observar lo que ocurría en el vestíbulo exterior. Vió a Cranston hablar a un empleado. Breves instantes después, la figura alta y llena de dignidad del millonario se dirigió a la puerta principal.

Era el momento que Zubian había estado esperando. Con paso felino, salió de la biblioteca y entró en una cabina telefónica. Marcó un número, pronunció unas palabras enigmáticas; salió de la cabina y se dirigió pausadamente al comedor.

Encontró a Douglas Carleton sentado a una mesa.

-¿Has estado esperando mucho?-le preguntó, con una sonrisa.

-Cerca de un cuarto de hora-respondió el joven-. Dime, ¿hay alguna novedad?

-Ahora te explicaré-repuso Zubian, sonriendo aún-. ¿Qué tienes que contarme?

-Nada. Otra noche en casa de Devaux.

-¿Estaba Milbrook allí?

-Sí; estuvo un rato. Todavía trata de vender diamantes a Devaux; pero tardará mucho en realizar esa operación.

-¿Y la muchacha?

-¿Virginia? Está chiflada por Milbrook. Eso no importa por el momento. La muchacha descubrirá que no hay nada que hacer. Existen muchas maneras de abordar el caso de ese individuo. Creo que lo solucionaremos con facilidad, cuando lo consideremos oportuno.

-Muy fácilmente-sonrió Zubian-. No permitiremos que nada ni nadie dificulte el que Douglas Carleton llegue a ser el yerno de Stanford Devaux. Esto será de mucho valor en el futuro. Tengo que felicitarte, Carleton, por haber planeado un negocio tan excelente.

Sucedió una breve pausa. Luego el bandido internacional planteó un tema de gran interés para Carleton: la reciente partida de Lamont Cranston del club Cobalto.

-El final está claramente a la vista-fueron las palabras iniciales de Zubian-. Todo ha marchado como sobre ruedas. Acabo de hablar por teléfono con Gats Hackett.

-¡Ah! ¿Está preparado?

-No sólo dispuesto, sino en camino, con bastante tiempo sobrante.

-¿Estás seguro de que tu plan tendrá éxito?

-No sé cómo puede fallar-repuso el espía, con orgullo-. Está trazado, siguiendo unas observaciones hechas cuidadosamente. Cuando te dije que deseaba dar instrucciones directamente a Gats hiciste muy bien en permitírmelo. También agradezco que hayas accedido a esperar, hasta que todo estuviese en marcha, antes de querer conocer el resultado de mis operaciones.

-Tú lo quisiste así-respondió el joven-. Pensé que sabrías lo que llevabas entre manos. Después de todo, fue acertado que nos comunicáramos mutuamente poca cosa al respecto. Mas ahora...

-Ahora te lo explicaré todo-anunció su compañero-. He estado vigilando a este hombre que se llama Lamont Cranston; pero no le he vigilado de demasiado cerca. En estas consiste el mérito de mi plan. He descubierto un dato interesantísimo. Todas las noches, cuando Cranston se marcha del club va directamente a su casa de Nueva Jersey, en una limousine conducida por un chofer llamado Stanley.

Hizo una pausa para encender un pitillo y prosiguió:

-El coche de Cranston puede seguir varias rutas; pero seguramente pasará por determinado lugar. Este debe constituir la base de nuestras operaciones.

-¡El túnel Holland!

-Exacto. Lo he estudiado atentamente. Después de perfilar los toques finales a mis planes, di instrucciones a Gats Hackett. Él añadió unas cuantas sugerencias, por su cuenta. Como resultado de esto, esta noche estamos preparados, con un método de ataque que es imposible que Cranston sospeche.

"En su carrera de La Sombra-añadió-, nuestro amigo Cranston se ha encontrado en algunas situaciones difíciles; pero me imagino que en todos los casos iba vestido con el traje negro que tanto aprecia. Como Lamont Cranston, vive una vida prosaica, libre de lo inesperado. Esa condición sufrirá un cambio esta noche. Está en vías de cambiarse en estos momentos.

-¡Magnífico!-exclamó Carleton-. Entonces tú crees...

-¿Que eliminaremos a La Sombra esta noche?- En las facciones de Félix Zubian se dibujó una sonrisa feroz-. ¡Estoy seguro de ello, Carleton! ¡Mi plan no puede fallar! Gats Hackett es la perfección en el papel que le he asignado. Con un golpe audaz vamos a terminar con la carrera del único enemigo que tememos. Sea cual sea la organización que posee La Sombra, no significa nada sin él a la cabeza. Sus agentes serán instrumentos inútiles, sin la mano maestra que los maneje.

"Después de esta noche-los ojos del espía brillaban de exaltación-, estaremos libres como el aire. ¡Tus grandes esperanzas se realizaran, Carleton! El dinero que has gastado perfeccionando una organización, una banda, lo recuperarás aumentado cien veces. Podemos acelerar la cuestión de tu suegro ¡Luego, contigo de jefe, podemos ganar millones!

-No temas nada, entonces-observó Carleton-. Nada, después de esta noche.

-Nada en absoluto-declaró Zubian, en tono decisivo-. Puede olvidarse a esa morralla como Vincent y Mann. Si intentasen alguna venganza, después de saber que Lamont Cranston ha muerto, Gats puede barrerlos sin gran dificultad.

Los ojos de Carleton brillaban de admiración, por la astucia de su compañero. Se percató de que había escogido a un individuo de pasmosa astucia; que estaba triunfando en lo que Gats fracasó.

Estaba encantado del deseo de que Gats cooperara, expresado por Zubian. El hecho de que utilizaba los servicios de Gats Hackett, como base de su plan para suprimir a La Sombra, era prueba de que en el futuro la banda trabajaría en feliz armonía.

En calidad de creador de este grupo dedicado al crimen en gran escala, Carleton era el instigador de la planeada muerte de La Sombra. Zubian era el cerebro astuto que había puesto la teoría en práctica. Gats era el hombre de la línea de fuego. Después de esta noche, podrían felicitarse mutuamente.

-La Sombra-Zubian hablaba con acento irónico-, es famoso por su habilidad para escapar de los lazos que le tienden. ¡Que burle el que yo he tendido esta noche! Es una trampa rápida y moviente que se cerrará de pronto, inesperadamente. ¡Una trampa que no ofrece escapatoria; Que coloca a sus víctimas en una situación desesperada, de impotencia!

"He usado mucha estrategia, Carleton-añadió-. He planeado una trampa tan segura y enérgica que ni siquiera un superhombre como La Sombra puede conseguir burlarla. Será sensacional; nos enteraremos de lo ocurrido, pues los periódicos le publicarán en lugar destacado mañana. El más sensacional de los asesinatos, ese es el plan que he ideado.

Encendiendo otro pitillo, continuó:

-Gats tiene confianza en sus hombres. Creen ciegamente en él. Hacen lo que se les manda. Conocen que la operación de esta noche es de suma importancia; sin embargo, desconocen la identidad de Lamont Cranston. Únicamente Gats lo sabe; y él, distinto a otros gangsters, no está atemorizado. Los revólveres son su especialidad; no teme a nadie cuando los empuña.

"Me contaste lo sucedido en la persecución de La Sombra, en Long Island la noche del robo de Zipper Marsh. Eso me convenció no sólo del valor de Gats sino también de su ardiente deseo de venganza. Está impaciente por saldar las cuentes con La Sombra. No conozco a nadie a quien yo confiara más gustosamente la misión que he asignado a Hackett esta noche.

Félix Zubian se reclinó en su butaca. Miró a Carleton a través de las rizadas espirales de humo, delatando con su sonrisa el maligno júbilo que dominaba su espíritu traidor.

Allí en el confortable aislamiento del club Cobalto, este hábil estratega estaba sentado delante de su jefe, el hombre que al parecer le mandaba y que, sin embargo, confiaba en sus mayores conocimientos.

Había cumplido su misión, demostrando que no eran vanas sus jactancias.

Cumplió su palabra, convirtiéndose en la sombra de La Sombra. Esperaba que esa noche terminase ese papel. Reveló sus pensamientos al mirar su reloj y hablar de nuevo a su compinche.

-Cinco minutos más-observó calmosamente-. El coche de Cranston estará entonces dentro de la trampa. Esto significará el fin de La Sombra. En consecuencia-sonrió burlonamente al levantar una copa de encima de la mesa-propongo un brindis que tendrá una inmediata realización.

Los ojos del espía centelleaban al llevarse la copa a los labios, que se abrieron al silbar estas palabras finales:

-¡Muera La Sombra!

CAPÍTULO XIV
DEBAJO DEL RIO

La lujosa limousine de Lamont Cranston se deslizaba por una calle de la parte baja de Manhattan.

Stanley, el hábil chofer, conducía el coche a marcha moderada hacia la entrada del túnel Holland, el tubo que pasando debajo del río conducía a Nueva Jersey.

Una rizada espiral de humo surgiendo de una ventanilla trasera y el puntito de una brasa por encima del asiento posterior, eran las indicaciones de que el multimillonario saboreaba un excelente habano durante el trayecto a su casa.

Reinaba una profunda oscuridad en el interior del coche. La punta iluminada del puro no daba ninguna señal del hombre que lo fumaba. Al parecer completamente tranquilo y despreocupado, Lamont Cranston descansaba en la mullida tapicería del lujoso automóvil.

Su mano derecha era el único otro punto de fulgor. En el dedo del corazón, fulguraba sus destellos el famoso girasol de La Sombra.

La mano izquierda tocó un objeto que había al lado, una valija, que estaba abierta encima del asiento trasero. La mano palpó una masa de paño doblado; luego la frialdad de un acero invisible. La mano permaneció inmóvil, mientras el auto viraba hacia la boca del túnel submarino.

El tráfico era regular en aquella hora. Dos coches entraban en el túnel; un camión desaparecía en la oscuridad, a la derecha. Esos vehículos aparecieron repentinamente y entraron veloces cuando la limousine llegaba.

Stanley, que tenía la costumbre de pasar por allí lentamente, escogió la vía donde el tráfico circulaba menos rápido. Siguió el mismo camino que el camión, que marchaba a unos cincuenta metros de distancia, delante.

Al mismo tiempo, un automóvil surgió del lado izquierdo. Púsose al costado de la limousine; luego fue ganando terreno hasta acercarse al camión.

Stanley mantenía la distancia reglamentaria; de aquí que cuando el auto de la vía izquierda siguió adelantándose, otro coche, surgiendo de pronto ocupó su puesto, poco detrás de la limousine.

El túnel submarino se niveló y los coches avanzaron raudos, chapoteando los neumáticos con un ruido crispante. A pesar de la iluminación, el túnel tenía un aire opresivo. Los coches aparecían borrosos y espectrales.

Para Stanley, este efecto no significaba nada. Atravesar este túnel era para él una cosa de rutina de todos los días. No vió ningún significado en el hecho de que el auto de la vía izquierda, estuviese ahora casi al costado del camión que marchaba a unos cincuenta metros de distancia, delante.

Aunque el coche-un sedan de grandes dimensiones-hubiese marchado anteriormente a mayor velocidad que el camión, moderó ahora la marcha para pegársele al borde. El par de vehículos formaban una obstrucción, un bloqueo moviente. Tal cosa no era extraordinaria en el túnel.

Los ojos de Stanley no observaron nada de inusitado, pero no eran los únicos ojos que vigilaban desde la limousine.

Lamont Cranston, inclinado hacia delante desde el asiento trasero, vigilaba ojo avizor, clavada la vista en lo que había delante.

Su mano derecha estaba ocupada, sacando algo de la valija que tenía a su lado. Su cabeza se volvió de repente para escudriñar a través de la ventanilla, hacia el coche que le seguía de cerca, aunque en la otra vía de tráfico.

Únicamente un hombre dotado de un instinto asombroso podría haber presentido un peligro. No había nada que indicase la proximidad de una amenaza; nada en absoluto, solamente alguien de aguda intuición podría haberse percatado del hecho inminente.

Una risa suave y sarcástica brotó de los labios invisibles de Lamont Cranston. El millonario medio se incorporó en el asiento trasero. Alguna cosa negra le cubrió; los pliegues de una prenda negra revolotearon hacia el suelo.

Luego la faz pálida de Cranston desapareció cuando la sombra del ala de un sombrero la cubrió. Unas manos invisibles levantaron unos objetos de la valija.

Todo estaba en una negrura en la trasera de la limousine. Había ocurrido una transformación, aunque Stanley no se percató de ello.

¡Lamont Cranston se había convertido en La Sombra!

El automóvil se aproximaba al centro del tubo, en el mismo momento en que la transformación terminaba. Una mano enguantada de negro se posó sobre la manivela de la portezuela de la derecha de la limousine.

¡En medio del chapoteo de los coches que avanzaban, un ser invisible estaba preparado a afrontar todas las contingencias!

Los sucesos comenzaron unos segundos más tarde. El camión que iba delante se detuvo en seco cuando el conductor frenó de repente.

Simultáneamente el coche que iba al costado se paró con la misma prontitud.

¡Cual si estuviese gobernado por una señal, la obstrucción moviente se convirtió en un bloqueo inmóvil!

Aunque Stanley era un chofer competente, no esperaba esto. El hueco entre la limousine y el camión se cerró cuando el primer coche continuó avanzando. Percatándose del peligro, Stanley frenó, para evitar un choque con el camión. Lo hizo a tiempo. La limousine se detuvo, chirriando, a unos tres metros de la parte trasera del camión.

En el mismo instante en que paraba el coche, Stanley oyó la voz de Cranston, dándole una orden con acento firme:

-¡Échate al suelo! ¡No te muevas de ahí!

¡La voz provenía no del asiento trasero, sino del estribo de la derecha!

Mientras Stanley obedecía la orden, oyó cerrarse con leve ruido la portezuela trasera de la derecha. Luego llegó otro ruido, la secuela directa del aviso de su amo.

El coche de la vía izquierda había avanzado como la limousine, parando al costado del vehículo de Cranston. Al surgir por detrás el coche de turismo que le seguía, un hombre que iba junto al chofer se inclinó y abrió fuego con un par de revólveres.

El sórdido rostro de Gats Hackett brillaba entre las llamaradas de los revólveres del cuarenta y cinco, mientras los vaciaba sobre el asiento trasero de la limousine.

Doce disparos retumbaron con terrible estruendo, despertando ecos ensordecedores en las vías. Cada bala fue disparada por un certero tirador.

Gats Hackett, disparando a boca de jarro, cubría palmo a palmo el interior del vehículo.

Resonaron unos pitos frenéticos y agudamente cuando la policía del túnel respondió. El gangster lo esperaba. Sabía lo que iba a suceder.

El coche que iba delante salió disparado. El chofer de Gats Hackett le siguió, mientras él seguía asomado al exterior, sonriendo sarcásticamente a la acribillada limousine.

Sucedían otros acontecimientos. En el camión de la vía de la derecha, el chofer estaba metiendo la primera. Su mano se quedó paralizada de repente.

Cayó hacia atrás, desvanecido. Luego una mano asió la palanca y el camión, como los coches, empezó una frenética huida hacia el extremo del túnel.

El tráfico estaba abierto delante, pues habían pasado fuera de la vista durante el terrible interludio. Detrás, todos los vehículos estaban parados, paralizados de espanto los conductores.

La limousine no se movió. La policía se aproximaba. Un agente abrió la portezuela delantera encontrando a Stanley agazapado.

-¿Te tirotearon a ti?-preguntó el agente.

-No... no sé-tartamudeó Stanley-. Mire... mire dentro del coche. El señor Cranston... ¿está vivo?

El policía abrió la puerta trasera de la limousine y enfocó su lámpara de bolsillo. Una ojeada le mostró el interior acribillado a balazos. Nadie podría haber sobrevivido a aquella descarga de balas.

No había señal de ningún ser humano; no había más que una valija vacía.

-No hay nadie aquí-gruñó el policía-. Parece que no pillaron al individuo que buscaban. Vamos; siga adelante.

El agente subió delante y Stanley puso en marcha el coche.

El chofer estaba estupefacto. Iba recobrando poco a poco los sentidos mientras daba una explicación plausible.

-Creo que ese tiroteo me ha aturdido-declaró-. No llevaba a nadie en el coche. Este auto es del señor Cranston. Lo dejé en Nueva York. Pero me espanté bastante, al oír esos disparos. Pensé en seguida en el señor Cranston...

-Suerte que no lo llevabas en el coche-repuso el agente-. No se habría podido librar de la muerte. La parte trasera ha quedado como si un ejército hubiese estado tirándole al blanco.

Más adelante, los autos salían del túnel. Los tiros no fueron oídos allí.

Lo repentino e inesperado de una descarga de armas de fuego en medio del túnel Holland, había dejado perpleja a la policía. Cuando la alarma llegó al extremo de la parte de Jersey, los agentes actuaron demasiado tarde para interceptar a los últimos vehículos que salían raudos del tubo.

Dos automóviles-uno de turismo y un sedan, surgieron veloces de la vía izquierda, tan juntos que formaban un tándem; luego se separaron y empezaron a correr el uno al costado del otro.

Un instante después, un pesado camión surgió veloz a la derecha. Continuó su marcha detrás de los coches que le precedieron. Subido en el sedan, Gats Hackett miraba hacia atrás.

-No pares, muchacho-gritó al chofer-. Luis viene con el camión. No lo esperes. Escucha, liquidamos a aquel pájaro, ¿no es verdad? ¿Sabes quién era?

El conductor gruñó una respuesta negativa.

-¡La Sombra!-informó Gats-. A ése me he "cargado"'. La Sombra... era el que iba en la limousine.

-¡Caspita!-exclamó el chofer.

La exclamación fue repetida por dos pistoleros que iban en el asiento trasero. Habían visto a Gats Hackett ejecutar la operación. Estaban convencidos de que en el interior de la acribillada limousine, había un hombre muerto.

Las luces del camión quedaban muy rezagadas, cuando los coches que iban a la cabeza llegaron a un puente levadizo. El coche de turismo lo atravesó con vertiginosa rapidez; el sedan le siguió. Apenas habían cruzado el centro del puente cuando sonó un pito. El puente se estaba abriendo.

-¡Magnífico!-exclamó Gats-. Eso cerrará el paso a la "poli". Luis se ha quedado atrás, pero creo que puede salir fácilmente del aprieto. Parece un chofer de camión, de cara de idiota. No "cantará".

Gats tenía razón. El camión se había parado antes de llegar al puente levadizo. El asiento de delante estaba a oscuras; y nadie vió lo que sucedía allí.

Una figura se deslizó del asiento del conductor; luego colocó un cuerpo sobre el volante. Un momento después una figura negra saltó del camión y se dirigió hacia el lado del camino, invisible en la oscuridad.

El puente estuvo abierto durante veinte minutos. Mientras el tráfico seguía parado, Stanley se acercó y puso la limousine detrás de los otros coches que esperaban.

Lo dejaron libre después de ser sometido a un interrogatorio por la policía del túnel. Decidieron que Stanley era inocente. Regresaba a la mansión de Lamont Cranston.

El puente levadizo se abrió. El hombre que descansaba echado encima del volante del camión empezó a dar señales de vida. Abrió los ojos y giró la vista a su alrededor. Se frotó la nuca, donde sentía un dolor molesto.

Luis no recordaba lo ocurrido. Había parado el camión en medio del túnel, de acuerdo con las instrucciones que recibiera de Gats Hackett. Oyó las descargas. Luego perdió el conocimiento al recibir un golpe duro y seco.

Le parecía que no hacía más que un momento que perdió el conocimiento.

¡Ahora se encontraba delante de un puente levadizo! Frotándose la cabeza aún, puso en marcha el camión, devanándose los sesos sobre la explicación de aquel misterio.

En la limousine, Stanley miró hacia atrás, imaginándose haber oído abrirse y cerrarse la portezuela. Movió la cabeza gravemente. La terrible aventura le había destrozado los nervios.

¿Qué había sucedido al señor Cranston? Quizá su amo estaba muerto, en el túnel. Sin embargo, Stanley pensaba haber hecho lo que debía al simular perplejidad ante la policía. Si su amo había escapado, es probable que no le gustase que lo relacionasen con el terrible suceso.

Como el camión, la limousine cruzó el puente levadizo. Stanley pasó por una serie de carreteras y finalmente penetró en una calzada. Paró delante de la residencia de su amo. Allí, pensó, sería mejor avisar a Richards, el ayuda de cámara de confianza del señor Cranston.

Tristemente el chofer se apeó y abrió la portezuela trasera, con el objeto de que se viera el interior acribillado a balazos.

Una figura se movió cansadamente. Dos brazos se estiraron. Un hombre de elevada estatura salió del coche, llevando en la mano una valija cerrada. Dio la valija, a Stanley. El chofer casi se desmayó de pasmo.

¡Ante sus ojos atónitos tenia a su amo, al señor Cranston!

-¿Ya hemos llegado a casa, Stanley?-preguntó el millonario, en tono lánguido-. Realmente, casi me parece imposible que estemos aquí, ¡Debo haber dormido durante todo el trayecto!

Estupefacto, el chofer, siguió a su amo a la casa y depositó la valija en el suelo. Tenía la boca abierta de asombro. Allí estaba el señor Cranston, imperturbable, salido calmosamente de la limousine. No lo comprendía.

¿Había estado soñando?

Volvió al coche y contempló los cojines acribillados por las balas. Jamás, en todos los días de su vida, había tenido una experiencia tan increíble.

Pues ignoraba que, en realidad, era el chofer de dos amos. Uno de ellos era el verdadero Lamont Cranston; el otro, una personificación del millonario:

¡La Sombra!

CAPÍTULO XV
EL SEGUNDO GOLPE

El segundo día después de la audaz tentativa de asesinato de Lamont Cranston, Félix Zubian y Douglas Carleton volvieron a celebrar una conferencia. En esta ocasión, Gats Hackett asistía a ella; y el lugar de la reunión era la habitación del gangster en el hotel Gargantúa.

Era poco antes de las cinco cuando los tres se reunieron: y los saludos cambiados entre ellos, demostraban que había desaparecido todo vestigio de animosidad que hubiera podido existir anteriormente.

Zubian había conquistado el respeto de Gats; y, del mismo modo, el jefe de banda había ganado la estima del espía. Ambos comprendieron que el fracaso del túnel Holland no era culpa de otro. La Sombra-alias Lamont Cranston-escapó gracias a un rasgo de genio que sus enemigos no pudieron prever.

Fue el gangster quien mencionó el asunto, unos minutos después de iniciarse la conferencia.

-Se nos escurrió de entre las manos-reconoció-. Pero yo estaba seguro de haberlo "despachado". Cuando acribillé a balazos aquella limousine, me figuré que La Sombra estaba "liquidado". Nos "largamos" de una manera perfecta. Cuando el camión llegó con Luis, pensé que ya estaba todo resuelto sin el menor contratiempo. Entonces, Luis me dice lo que le ocurrió debajo del río; que un sujeto le pegó un porrazo en la cantimplora y lo dejó inconsciente. Comprendí lo sucedido. La respuesta era La Sombra.

-Los periódicos confirman tu historia-respondió Zubian calmosamente-. No hablan de ningún muerto. Mencionan un coche acribillado a balazos. No hablan de ninguna entrevista con Lamont Cranston. Según los criados, se marchó con destino desconocido.

-Lo único que no entiendo-declaró Gats, malhumorado-, es por qué La Sombra no "despachó" a Luis. Además, podría haber tiroteado.

-No anoche-objetó Zubian-. En el momento en que fuisteis por Lamont Cranston, se percató de una cosa. Recordadlo: está al acecho. No iba a hacer nada de que se pudiera acusar a Lamont Cranston. Esa identidad ha terminado. No ha aparecido en el club Cobalto desde el episodio del túnel.

-¿Crees que trata de hacernos creer que está muerto?-preguntó Carleton.

-Es problemático-respondió Zubian-. Nos hace dudar, eso es todo. No obstante-sonrió astutamente-, he averiguado más, quizá, de lo que La Sombra ha sospechado. Creo que puedo volver a encontrar su rastro y convertirme, una vez más, en la sombra de La Sombra.

-Mas, entretanto...

-Seguiremos el consejo de nuestro buen amigo, Gats Hackett.

El gangster miró con sorpresa a Félix Zubian. Este empezó prontamente una serie de preguntas que indicaban su propósito.

-¿Dónde está el Bizco?-inquirió.

-Vigilando a los agentes de La Sombra-respondió Gats, con rapidez-. No pierde de vista a Vincent y a Mann.

-Excelente. ¿Estás preparado para secuestrarlos en cuanto recibas el aviso?

-Desde luego. Pensaba echarles el guante a los dos, al mismo tiempo. Después, déjalo de mi cuenta. "¡Cantarán!"

-¿Cómo te propones capturar a Vincent?

-Muy fácil. Le seguiré cuando salga del hotel Metrolite.

-¿Y a Mann?

-En su oficina. Se queda allí hasta después de las seis, todos los días.

-Las seis-Zubian se quedó pensativo:- En su oficina. Es extraño. Lamont Cranston tenía la costumbre de telefonear desde el club Cobalto, a las seis. ¿Te propones capturarlo en su despacho?

-Eso mismo-explicó el gangster-. La oficina contigua está desocupada. El Bizco entró y arregló la puerta comunicante. Dando la orden, los muchachos estarán allí.

-Esto me da una idea-declaró el bandido internacional. Preguntó a Carleton:- ¿Estás conforme en que Gats secuestre a esos ayudantes de La Sombra?

-Ciertamente-respondió el joven.

-¿Y que yo-añadió Zubian-, me ponga de acuerdo con Gats para tomar ciertas medidas?

-Desde luego.

-Aquí esta el plan entonces-dijo Zubian dirigiéndose a Gats-. Destaca a algunos muchachos competentes para capturar a Vincent. Dispón que el Bizco y seis hombres estén en la oficina contigua a la de Mann. Tú y yo nos reuniremos con ellos después de las cinco. Prepárate para secuestrar al agente.

Se volvió hacia Carleton.

-En lo que atañe a nosotros-continuó-, el tratamiento de Mann y Vincent depende enteramente de Gats. Es su idea. Puede hacerles "cantar"; tiene carta blanca para obrar como se le antoje. Tú estarás en casa de Devaux; yo, en el club Cobalto.

A pesar del tono dictatorial de Zubian, Douglas Carleton no formuló ninguna objeción. El joven deportista había llegado a confiar en la habilidad de su compinche, era lo bastante prudente e inteligente para abstenerse de intervenir neciamente.

El conocimiento de que La Sombra era un enemigo formidable, había disipado todos los motivos de discordia que podrían haber existido entre el triunvirato de malhechores.

A las cinco de aquella misma tarde, Félix Zubian y Gats Hackett entraban en el edificio Grandville y subieron al piso veintiuno. Al llegar a la oficina contigua a la de Rutledge Mann, encontraron al Bizco Freston con un equipo de seis pistoleros escogidos. El diminuto gangster les saludó cuchicheando.

-La secretaria se ha marchado-informó-. Mann está solo en la oficina. No hay mucha gente en este piso. Podemos entrar cuando quieran.

-Espera un poco-ordenó Gats.

Eran las cinco y cuarto cuando emprendieron el ataque. El Bizco abrió una puerta que comunicaba con la oficina exterior del dos mil ciento veintiuno.

Entró seguido de dos pistoleros. La puerta del despacho interior estaba cerrada. El Bizco se aproximó y la abrió poco a poco.

La abertura reveló al agente de Bolsa sentado en su escritorio. El diminuto gangster avanzó lenta y sigilosamente.

Mann, dándose de pronto cuenta de la presencia de un enemigo, se volvió encontrándose con dos pistoleros en la puerta. Con una expresión de alarma, levantó los brazos. No gritó ni tuvo mucho tiempo para hacerlo.

El Bizco se le lanzó encima, y con un brazo le rodeó la garganta, dispuesto a estrangularle, si ofreciese la menor resistencia.

Gats Hackett entró en el despacho. Sacando un trapo de su bolsillo, lo saturó con el líquido de una botella y lo aplicó al rostro del agente de Bolsa, que cayó al suelo.

-Ahora llevadlo fuera-ordenó.

Félix Zubian pronunció unas palabras. Había entrado y estaba de pie cerca de la puerta.

-Un momento, Gats-dijo.

Dejando el cuerpo desvanecido del prisionero al cuidado del Bizco, Gats se aproximó a Zubian. Los dos conversaron en voz baja. Gats profirió una exclamación.

-¿Quieres decir que La Sombra vendrá aquí?-preguntó, a media voz, para que los otros no le oyeran.

-Desde luego-replicó su compañero.

-¡Entonces podemos atraparlo!-exclamó el gangster.

-Nosotros, no-repuso el otro-. Sería una equivocación. Tú tienes trabajo, con Vincent y Mann. No es prudente que yo participe en un ataque con la banda. Deja a unos cuantos muchachos de confianza, con el Bizco, en el otro cuarto.

-Comprendo. Entonces cuando La Sombra venga a averiguar por qué motivo no le contesta su agente...

-Se meterá de patas en otra trampa.

-¡Estupendo! ¡Daré instrucciones al Bizco!

Condujo al diminuto gangster al despacho contiguo. En breves términos, le explicó la situación.

El Bizco se entusiasmó. Como Gats, estaba dispuesto a suprimir a La Sombra. La espera seria diferente a la de la calle veintitrés. A tan corta distancia entre las dos oficinas, no podría dejar de ver a su enemigo.

-Te acompañarán cinco hombres, Bizco-explicó Gats, a media voz-. No les digas el nombre del sujeto a quien esperas. Tenlos preparados y achicharra a ese pajarraco cuando asome las narices.

-Déjalo de mi cuenta, Gats-respondió el Bizco-. ¡No perderé la ocasión de "pasaportear" al otro barrio a La Sombra! ¡Déjalo de mi cuenta! ¡Puedes darlo por "fiambre"!

Volviendo al despacho de Mann, Gats echó un brazo debajo del hombro del agente de Bolsa y lo puso en pie. Otro gangster le agarró del otro lado.

El agente de La Sombra estaba aturdido, pero podía moverse. Con excelente precisión, los tres hombres salieron de la oficina, poniendo Gats el sombrero en la cabeza al agente de Bolsa antes de salir por la puerta.

Según todas las apariencias, Rutledge Mann salía del edificio Grandville, acompañado de dos amigos. Estaba lo bastante despejado para hablar; pero la boca de un cañón le aconsejaba guardar silencio.

Félix Zubian siguió poco después. El Bizco y cinco pistoleros se quedaron.

Había en el rostro del espía una sonrisa siniestra cuando se encaminaba hacia el club Cobalto.

¡Dónde La Sombra estuviese, pronto descubriría que uno de sus hombres de confianza había desaparecido y Zubian esperaba que por esa causa se desarrollasen los acontecimientos!

El famoso bandido no interrogó a Gats Hackett respecto de sus planes.

Consideraba que el jefe de banda era un hábil y capacitado inquisidor. Si era posible averiguar alguna cosa de los agentes de La Sombra, el gangster lo averiguaría.

Vincent y Mann eran simples peones de la partida; pero podrían resultar útiles. Zubian se felicitó por su habilidad en convertir el plan de Gats Hackett, en un nuevo lazo para La Sombra.

Llegando al club Cobalto, recorrió pausadamente las espaciosas salas con la esperanza de que tal vez vería la figura familiar de Lamont Cranston. Su búsqueda fue infructuosa, no se veía por ninguna parte al millonario.

No obstante, Zubian estaba satisfecho. En sus anteriores investigaciones sobre las actividades de Cranston, descubrió un hecho que podría facilitar una pista útil, casa de ser necesario.

Era inútil pensar en el futuro ahora. De nuevo la situación era desventajosa para La Sombra. Que aparecería en el despacho de Rutledge Mann, era un hecho seguro. Sería la ocasión en que el Bizco demostraría que la fe que Gats Hackett depositaba en él era justificada.

El reloj del vestíbulo del club Cobalto señalaba las seis y diez cuando Félix Zubian entró en el grill-room. Una última ojeada aseguró al bandido que Lamont Cranston no había entrado.

Encogiéndose de hombros, encendió un cigarrillo y se sentó a una mesa del comedor. Ordenó la cena y se acomodó en su silla.

Esa noche se daría el segundo golpe. De nuevo llevaban ventaja. Mann había sido capturado. Vincent sería pronto prisionero. Entonces vendría el ajuste de cuentas.

Una vez más, Félix Zubian sonrió satisfecho.

El fracaso parecía imposible; sin embargo, en caso de fracaso, la responsabilidad no recaería sobre él. Mientras La Sombra viviese, él sería capaz de seguirle el rastro.

¡Era aún la sombra de La Sombra!

CAPÍTULO XVI
ENTRA LA SOMBRA

Cuando Félix Zubian recorrió con la vista el vestíbulo del club Cobalto no vio a Lamont Cranston, por consiguiente, supuso que La Sombra no se encontraba en el establecimiento. En esto se equivocó.

Sentado en una cómoda butaca había un hombre, cuyo rostro no poseía ninguna de las características de la fisonomía del millonario. Según todas las apariencias, este caballero era a lo menos unos ocho centímetros más bajo de estatura que Lamont Cranston.

Zubian, familiarizado ya con los nombres de muchos miembros, reconoció a este señor que se llamaba Enrique Arnaud. Pero no descubrió-el hecho de que Lamont Cranston y Arnaud eran uno y la misma persona.

La Sombra, el bandido lo había oído decir, era un genio del disfraz. Pero no se imaginó ni por asomo, que este extraño personaje podía cambiar el rostro de tal forma, que un agudo observador no descubriría ningún parecido en el maquillaje.

Así Zubian, la sombra de La Sombra, cenaba tranquilamente mientras el hombre que él esperaba encontrar paseábase por el vestíbulo, a menos de treinta metros de distancia.

Enrique Arnaud, como Félix Zubian, había mirado el reloj. Las seis y diez parecían indicarle algo, pues se levantó de su butaca y fue a una cabina telefónica. Marcó un número y escuchó, mientras una voz reposada hablaba desde el otro extremo del hilo,

-Burbank-dijo la voz.

Burbank era un agente especial de La Sombra. Era el enlace por medio de quien se retransmitían los mensajes de La Sombra. Situado en un lugar desconocido, con el cual se comunicaba solamente por teléfono, el agente de enlace colaboraba en las actividades que exigían rapidez de acción.

Sus deberes eran múltiples y su trabajo incansable.

-Informe-dijo Enrique Arnaud.

-No hay noticias de Mann-comunicó Burbank.

-Telefonéele-ordenó Arnaud. Saliendo de la cabina, volvió al vestíbulo, tornó a sentarse y aguardó cinco minutos.

Luego entró de nuevo en la cabina y llamó por segunda vez a Burbank.

-No responde Mann-informó la voz reposada.

-Comunique con Vincent-fue la orden.

Eran las seis y media cuando Arnaud volvió a telefonear. Esta vez recibió otra respuesta negativa; no se había podido comunicar con ninguno de los dos hombres.

-Vincent no está en el Metrolite-comunicó Burbank.

Enrique Arnaud estaba pensativo cuando volvió a sentarse en su butaca.

Esperó unos minutos; luego se levantó calmosamente y recogió un paquete de la consigna. Salió del club y tomó un taxi, dando al chofer unas señas cerca de Broadway.

Apeándose del coche, entró en el edificio Grandville.

Oscurecía; la entrada aparecía iluminada y un solo ascensor estaba de servicio. Enrique Arnaud subió al piso veintidós.

Llevando aún el paquete debajo del brazo, desapareció en la lobreguez del fondo del pasillo. Arnaud no volvió; otra figura surgió en su puesto.

Era la figura de un hombre vestido enteramente de negro; un ser extraño que emergió repentinamente, de una manera casi sobrenatural. Vestido con una capa flotante, la faz invisible bajo un sombrero de alas anchas, este personaje fantasmal era bastante más alto que el hombre a quien había substituido.

¡Enrique Arnaud se había transformado en La Sombra!

Con ese disfraz abrigaba el propósito de visitar la oficina donde Rutledge Mann fue capturado. Había una escalera que conducía al piso veintiuno; y esta ruta siguió La Sombra.

Para un observador ordinario, la situación de las oficinas de Rutledge Mann en el otro piso, no habría indicado nada de singular. Mas cuando La Sombra se aproximó, el hecho de que habían sido escogidas con una finalidad resultaba evidente.

La elevada figura de negro avanzaba deslizándose con sigilo, deteniéndose al llegar a un recodo del pasillo débilmente iluminado. El corredor, desde aquel ángulo hasta la puerta del despacho de Mann, estaba totalmente a oscuras. La Sombra desapareció al hundirse en aquella espesa negrura.

Acercóse a la puerta con la mayor cautela. Ningún ojo humano habría podido distinguir su presencia. Una mano invisible insertó una llave en la cerradura. La puerta abrióse hacia dentro.

Avanzó poco a poco. Parecía presentir que una figura estaba agazapada al acecho, en el fondo del pasillo; la figura de un hombre que no vió llegar a La Sombra. Al penetrar en el despacho exterior, el hombre de las tinieblas permaneció inmóvil. El rumor de una respiración casi imperceptible llegó a sus oídos.

¡Alguien estaba en aquella habitación!

La Sombra tenía por objetivo el despacho interior. Avanzó paso a paso. Sea lo que fuere que hubiese sucedido a Rutledge Mann, era posible que el agente de Bolsa hubiese dejado algún indicio que condujese a su pista.

La puerta de la oficina interior abrióse silenciosamente. Volvió a cerrarse.

La Sombra había alcanzado su objetivo. La persiana estaba echada. Una luz brillaba en la oficina de Rutledge Mann.

Una peculiaridad de la última puerta por la cual había pasado La Sombra, consistía en el hecho de que no dejaba ningún resquicio por el que pudiera pasar la luz a la habitación exterior. La Sombra permanecía tan impasible como si se hubiese hallado a unas millas de distancia.

La elevada figura, destacando de una manera grotesca a la luz tenue, examinaba el lugar donde Rutledge Mann fue capturado. Inspeccionaba minuciosamente todos los detalles, que pudiesen facilitarle una pista de la extraña desaparición del agente de Bolsa.

Percibíase un olor leve de cloroformo. La Sombra lo notó. Observó la posición del sillón giratorio del escritorio. Investigó el suelo, palmo a palmo, buscando indicios que delatasen la identidad de los secuestradores.

Fue durante esta inspección, cuando La Sombra hizo una pausa junto a la puerta del aposento. Sus agudos oídos escucharon.

Oíase fuera el sonido de unas voces cuchicheando. Un oído vulgar no habría podido percibir aquel rumor y mucho menos distinguir las palabras; mas, para La Sombra, todas las sílabas fueron coherentes.

-Debiera estar aquí ya-murmuraba Bizco Freston-. ¿Estás seguro de que no ha entrado?

-Oye tú, ¿a quién esperamos, después de todo?-susurró en réplica otro pistolero-. ¿A La Sombra?

El Bizco no respondió directamente la pregunta. Cuchicheó en tono evasivo:

-Quizá.

-Pues bien, tú estás vigilando con nosotros-barbotó su compañero-. Tú deberías haber visto entrar a alguien.

-Os diré lo que vamos a hacer-el tono del Bizco era enfático-:Voy a ponerme al acecho en ese cuarto interior. El resto de vosotros quedaos aquí, todas excepto Prex en la entrada y Gorky en el cuarto contiguo. Apostaos en la parte de atrás. Yo voy a entrar.

La figura de La Sombra se enderezó al lado de la puerta. Cruzó la pieza interior con increíble rapidez. Una mano enguantada extinguió la luz. La misma mano levantó la persiana y el bastidor.

La última operación fue realizada silenciosamente, en el instante mismo en que se oía el ruido de la puerta al abrirse cuando el Bizco entraba en la habitación. El diminuto gangster estaba agazapado. Proyectó los rayos de una linterna sorda, a lo largo del suelo. No observó la figura de La Sombra.

Estaba fundida con las tinieblas de la ventana.

El bastidor de la ventana descendió silenciosamente. El Bizco no lo observó.

Cerróse un segundo antes de que la luz de su linterna se enfocase en aquella dirección. El gangster apagó la luz. Cerró la puerta tras sí y se agazapó pegado al suelo.

En la parte exterior de la ventana, una figura estaba agarrada a veintiún pisos de altura sobre la calle. Unos dedos de acero asían una cornisa, mientras la figura semejante a un gigantesco murciélago, se alejaba cual una mosca humana, La Sombra pasaba palmo a palmo del saliente de la ventana de una ventana a otra. Terminó su breve viaje y llegó al objetivo deseado.

Descansando el cuerpo sobre la saliente, sus manos de acero empezaron a trabajar en el bastidor de la ventana. Estaba cerrado, pero una finísima cuña de acero flexible hizo de picaporte.

La figura negra penetró invisiblemente en el interior cuando el bastidor fue levantado. Luego la ventana se cerró. La Sombra estaba en la habitación guardada por un solo gangster, el llamado Gorky.

Sea cual fuere el objetivo del rey de la noche-proyectase un ataque por sorpresa o una audaz fuga-el plan fue interrumpido por un hecho puramente casual.

El Bizco había dejado un hombre-Prex-en el pasillo, vigilando. Este bandido se había impacientado y puesto nervioso. La puerta de esta oficina estaba entornada; había entrado para hablar al Bizco.

Para anunciar su presencia, ejecutó una acción contraria a las instrucciones recibidas. Encendió su lámpara de bolsillo.

Los rayos delataron la presencia de La Sombra. Junto a la ventaría, a plena vista, hallábase agazapada la figura vestida de negro del hombre que acababa de entrar.

Prex distinguió la siniestra figura disponiéndose a cruzar el suelo. Su grito de sobresalto llevó la alarma a Gorky. El otro gangster dirigió la vista hacia la ventana.

La Sombra no empuñaba ningún arma. La delicada operación que acababa de ejecutar requirió el mayor sigilo. Prex llevaba una pistola en la mano derecha; Gorky estaba igualmente armado.

Sin embargo, ninguno de los dos pistoleros estuvo presto para disparar sobre la figura fantasmal que surgía del lugar que menos esperaba. Fue la oportunidad que aprovechó La Sombra. Las manos enguantadas de negro se metieron relampagueantes debajo de la capa y en un abrir y cerrar de ojos dos pistolas automáticas aparecieron a la vista.

Gorky y Prex levantaban sus armas para apuntar. Un revólver ladró, el arma que empuñaba Prex. El precipitado disparo erró el blanco. Sonó un ruido de cristales roto cuando el de la ventana saltó en mil pedazos al atravesarlo la bala.

Gorky no llegó a disparar; tampoco lo volvió a hacer Prex. Las pistolas de La Sombra tronaron simultáneamente con el tiro del revólver. Los ecos de los cristales rompiéndose partieron del lugar donde Prex, se hallaba cuando la bala de La Sombra extinguió la lámpara eléctrica que el pistolero tenia en la mano.

Era la única señal sobre la cual La Sombra habría podido disparar, respecto de Prex; pero Gorky, dentro del radio de luz, presentaba un blanco ideal.

Ambos pistoleros se bambolearon y se desplomaron Prex, herido; Gorky, con el corazón atravesado.

Eliminados estos enemigos, La Sombra se enderezó de un salto, dispuesto a continuar la batalla. Conocía dónde acechaba el peligro.

Con la rapidez del rayo, cruzó el cuarto para enfrentarse con los tres pistoleros que acudían precipitadamente del despacho exterior de Rutledge Mann. Una mano había oprimido el conmutador.

Los gangsters entraron impetuosamente en la lóbrega habitación donde estaba La Sombra. Distinguieron los cuerpos de sus compañeros caídos y no quisieron arriesgarse. Acribillaron nerviosamente el espacio que tenían delante.

Ignoraban que La Sombra se había anticipado al ataque. El hombre de negro no cometió la tontería de salir al encuentro. En lugar de esto, se arrimó con rapidez a la pared, junto a la puerta.

Cuando el primer bandido cruzaba el umbral, un disparo a boca de jarro lo derribó.

Los otros dos se volvieron cuando La Sombra saltó sobre ellos. El primero se desplomó al disparar el misterioso personaje. El otro cayó, también, ileso, al querer aprovechar, instintivamente, la protección que ofrecía el cuerpo que tenía delante. Un revólver escupió una llamarada para disparar un tiro sobre la espectral aparición.

La Sombra actuó con demasiada presteza. Lanzándose con ímpetu, saltó sobre el cuerpo que yacía entre él y su enemigo. Un brazo largo y negro hizo saltar el arma de la mano del pistolero, resonando el metal cuando la pistola automática descargó sobre el revólver.

Profiriendo un juramento, el gangster se agarró a brazo partido con su adversario. Dos cuerpos rodaron por el suelo, lejos de la puerta. Un brazo largo apuntó una pistola automática en dirección del otro despacho, la oficina exterior de Rutledge Mann.

Los ojos del hombre de las tinieblas divisaron a un fugitivo, a Bizco Freston.

El siniestro y pequeño gangster había oído los disparos. Conocía lo que ocurría.

Salió corriendo del despacho interior del agente de Bolsa. Viendo la lucha en el suelo, levantaba su revólver para terminar con su enemigo, aunque tuviese que matar a su compañero.

La pistola automática intervino. El dedo del hombre del misterio oprimió el gatillo cuando apuntaba al corazón del bandido.

La suerte intervino para salvar la vida del diminuto gangster. El pistolero que forcejeaba con La Sombra, empujó el brazo cubierto de negro. La pistola ladró; la bala chamuscó la muñeca del Bizco, junto a la culata del revólver empuñado por la mano del gangster.

Dando un grito de espanto, el Bizco soltó el arma, y se zambulló hacia la puerta del despacho exterior. La Sombra volvió a hacer fuego. El forcejeo del adversario del hombre de

la noche volvió a salvar al Bizco. La bala de la pistola automática no tocó al cuerpo fugitivo por la fracción de una pulgada.

Fugado el gangster que quedaba libre, La Sombra asió al individuo que intentaba dominarle. Los luchadores ya no permanecieron más tiempo en el suelo. Se levantaban. La Sombra proporcionaba la fuerza motriz.

A la luz lúgubre, el cuerpo del gangster que se debatía, quedó en el aire, cual si pendiera del espacio. El bandido quedó impotente en la férrea presa de la figura invisible que le sujetaba.

A pesar de todos sus esfuerzos, el malhechor no podía agarrar al hombre que estaba debajo. Sus brazos y manos se agitaban frenéticamente. La Sombra permaneció un instante inmóvil como una estatua; luego lanzó con fuerza terrible a su adversario.

El cuerpo del pistolero giró en el aire al cruzar el aposento. Chocó con una silla, destrozándola contra la pared. El cuerpo rebotó rodando luego por el suelo.

El hombre de las tinieblas permaneció inmóvil y silencioso, contemplando el cuerpo que yacía a unos tres metros de distancia. El bandido que inició la lucha no se movió. La fuerza con que fue lanzado fue tan eficaz como una bala de la mortífera pistola automática de La Sombra.

Habían transcurrido varios minutos desde el comienzo de la batalla. El edificio no estaba desierto; quedaban aún los que trabajaban hasta tarde.

Cuando La Sombra llegó al pasillo, el ruido de voces gritando indicaba claramente la excitación que los disparos produjeron.

La singular forma del corredor volvió a servir a La Sombra. Su elevada figura se fundió en las tinieblas, cuando dos policías pasaron por su lado, corriendo.

La Sombra prosiguió su marcha. Su figura apareció cerca del ascensor. El ascensorista, asomado a la puerta, escudriñaba en la dirección que los agentes tomaron. No vió la larga masa negra sobre el suelo, cuando la figura de La Sombra siguió a la fantástica silueta.

La primera noticia que el ascensorista tuvo de que había cerca de él un ser viviente, fue cuando unos brazos largos le asieron y de un empujón le despidieron de la jaula, sin ver al hombre que le atacara.

Cuando logró incorporarse, observó que las puertas de acero se cerraban.

Emitió un grito de sobresalto; luego se quedó aturdido al observar el disco de las puertas. El ascensor descendía a la planta baja.

Un policía esperaba en el vestíbulo. No observaba el disco del ascensor. Las puertas del aparato se abrieron poco a poco. El agente no se percató del ruido hasta que las barreras se abrieron del todo, chirriando levemente. El policía volviese y miró en la jaula.

¡El ascensor estaba vacío!

El agente giró la vista vagamente alrededor del vestíbulo del edificio. No vió a nadie. No observó una sombra que se había fundido en un rincón oscuro: todo lo que quedaba a la vista de una alta figura que se escurrió entre las puertas del aparato. Perplejo, lo puso en marcha y subió a averiguar lo ocurrido al ascensorista.

La elevada figura de La Sombra se deslizó a la calle. Se detuvo y volvió a la oscuridad.

Un individuo empavorecido descendía los escalones desde el segundo piso, mirando cauteloso a su alrededor.

Era Bizco Freston, que escapó por la escalera. No viendo a nadie se acercó a la puerta, salió y llegó a Broadway, donde se mezcló entre la multitud.

El edificio Grandville estaba situado cerca de una esquina y el minúsculo gangster buscó con rapidez la oscuridad de una calle transversal. Entró en un establecimiento, donde había varias cabinas telefónicas instaladas cerca de la puerta. Penetró en la cabina más cercana.

Si el gangster hubiese sospechado que La Sombra rondaba cerca, se habría desmayado de espanto. Sin embargo el misterioso personaje se encontraba a menos de un metro de distancia.

El hombre vestido de negro había encontrado la pista del bandido y le había seguido de cerca. En este momento, se hallaba en la cabina próxima a la que el gangster usaba.

El Bizco metió una moneda en la ranura y marcó un número. El ruido del disco era perceptible en la cabina de al lado. Los ojos de La Sombra estaban clavados en la esfera que tenía delante; su mano estaba ocupada en la oscuridad, tomando notas que cristalizaron en un número de teléfono.

-Aló-dijo el Bizco, en voz baja que La Sombra oyó-. ¿Eres tú, Gats...? Escucha, entró en la oficina... Sí... No, no pudimos "liquidarlo"; a lo menos, no lo creo... Casi lo acribillé y es posible que esté allá arriba todavía... ¿El resto de la banda...? Seguramente ese pajarraco los ha "despachado"... No, no pueden hablar; no saben nada; yo soy el único que sabe lo que llevamos entre manos... No, yo estoy a salvo. Me escabullí de la "poli"... Voy a meterme en mi escondrijo unos cuantos días... No, no asomaré las narices por ninguna parte... ¿has "despachado" a ese ayudante de...? ¿Ah...? ¿Pronto? Perfectamente, Gats... Descuida, ahora mismo me "largo".

El gangster colgó el receptor. Salió de la cabina y se reunió con la concurrencia del mostrador del bar. Después del encuentro con La Sombra, el Bizco respiraba al encontrarse protegido, mezclado entre la gente.

A pesar de que el Bizco debía conocer las señas del lugar adonde telefoneó, La Sombra no se dirigió allá. Su mano marcaba un número. La voz de Burbank llegó a través del hilo.

En tono bajo y cuchicheado, dio el número que oyera escuchando el ruido del disco del diminuto gangster.

-Westbar seis-cuatro-nueve-siete. Localice inmediatamente.

-Inmediatamente-respondió Burbank.

Sucedió un corto intervalo. En alguna parte, en el lugar secreto donde se hallaba instalado, Burbank consultaba un listín especial que llevaba los números en rotación, seguido de los nombres correspondientes. La consulta fue ejecutada con prontitud.

-Teléfono público -anunció Burbank-. Instalado en el garaje Spica.

-Señas-cuchicheó La Sombra.

El agente de enlace dio unas señas en la Décima Avenida.

La Sombra emitió una breve respuesta. Su mano colgó el auricular. La puerta de la cabina se abrió suavemente.

Tres minutos más tarde, el chofer de un taxi, parado por el tráfico de Broadway, quedó sorprendido al oír una voz hablando desde el asiento trasero. Una mano, metida por la ventanilla, depositó un billete de diez dólares en la del chofer, al mismo tiempo que la voz anunciaba unas señas.

El conductor no formuló ningún comentario. Había creído que su coche estaba vacío. En circunstancias ordinarias, habría interpelado al pasajero respecto de cómo y cuándo había subido. Pero el billete de diez dólares era motivo suficiente para evitar una discusión.

El tráfico iba despojándose. El taxi arrancó.

Un minuto más tarde, un coche corría vertiginosamente hacia la Décima Avenida, llevando a un pasajero, cuyo cuerpo permanecía invisible en el asiento trasero.

¡La Sombra marchaba rumbo a una nueva aventura!

CAPÍTULO XVII
EL TORMENTO

Un grupo de hombres hallábanse reunidos en una habitación de paredes pétreas. Delante estaban dos prisioneros, Harry Vincent y Rutledge Mann, atados con fuertes cuerdas, se encontraban en las manos de Gats Hackett.

El corpulento jefe de banda era dueño de la situación. Los hombres que había a su alrededor-una docena-eran los miembros de su feroz pandilla.

Con labios que puntuaban sus frases con juramentos, Gats hablaba en tono imperioso.

Los dos prisioneros permanecían silenciosos. Cuando se les obligaba a contestar, lo hacían lacónicamente. El interrogatorio había sido inútil hasta ahora.

-De modo que no sabéis quién es La Sombra ¿eh?-bramó Gats-. Pues bien, yo haré que lo sepáis, so ratas. ¡Confidentes, ayudantes de La Sombra y sin embargo ignoráis quién es! Un as ¿eh? Gritad pidiéndole que os auxilie. ¡Veréis adónde os lleva eso!

El siniestro gangster se volvió hacia sus sicarios. Sus palabras habían provocado sonrisas feroces en los endurecidos rostros. En medio de la general aprobación, volvióse de nuevo hacia los prisioneros.

Harry Vincent y Rutledge Mann presentaban un contraste marcado. Harry había sido, desde hacia mucho tiempo, un agente activo de La Sombra. En infinidad de ocasiones se había encontrado en situaciones parecidas.

Los recuerdos del pasado embargaban su espíritu; la manera como su jefe había intervenido frente a peligros tremendos, para realizar un asombroso rescate de su fiel ayudante.

Mas para Rutledge Mann, esto era una experiencia nueva. Su trabajo había sido de un carácter más bien pasivo. Jamás sospechó que alguna vez se encontraría en semejante situación.

Harry Vincent dirigió una mirada a su compañero. Observó la palidez de su rostro; sin embargo, aquel continente poseía una firmeza que dio ánimos al joven.

¡Rutledge Mann se mantenía entero! ¡Cómo Harry, moriría antes de revelar lo que sabía de La Sombra!

-De manera que no sabéis nada, ¿eh?-rugió Gats-. ¡Pues bien, ya es hora de que sepáis algo! En consecuencia, os explicaré lo ocurrido. ¡La Sombra recibió la puntilla! ¿Qué os parece? En tu oficina, Mann; allí lo "liquidaron". Mi banda estaba al acecho y le dieron el "pasaporte".

Estas palabras estaban bien calculadas. En primer lugar, fueron pronunciadas para darse Gats, a sí mismo, nuevo valor. Hacía cinco minutos, dejó a los prisioneros para responder a una llamada telefónica de Bizco Presten. Averiguó entonces que La Sombra vivía aún. Fue una noticia descorazonadora.

Gats pensaba, también, en sus secuaces.

Les había dicho que estos prisioneros eran agentes de La Sombra. La noticia les preocupó. Hacerles creer que La Sombra había sido muerto era una táctica prudente.

La prueba fueron los gruñidos de aprobación de los pistoleros, que oyeron las manifestaciones de Gats.

Finalmente, el jefe de la banda estaba seguro de que al demostrar confianza convencería a los prisioneros de que podrían salvar sus vidas hablando; ahora que se suponía que La Sombra había sido muerto, era seguro que hablarían.

No obstante, Harry Vincent no fue engañado. Dirigió una mirada de advertencia a Rutledge Mann. Comprendió que la mirada era innecesaria. El agente de Bolsa conocía, también, que su secuestrador mentía.

Observando que sus palabras no lograran su efecto final, Gats se tornó hosco. El hecho de que La Sombra vivía, era inquietante; sin embargo, estaba seguro de que el misterioso vengador ignoraba el paradero de los prisioneros.

Este escondrijo subterráneo estaba situado debajo de un viejo garaje. Era un escondite desconocido, perteneciente a la famosa banda conocida por los "Chavales del Hudson". Gats la había arreglado para su pandilla.

No obstante, pensaba que era inútil esperar más. Había que hacer "cantar" a aquellos testarudos. Gats era ingenioso, y hacía mucho tiempo que deseaba probar un método que produciría resultados notables.

Dirigió una mirada penetrante a los prisioneros. Su plan exigía un tratamiento diferente para cada uno de ellos. Deseaba escoger el sujeto apropiado. Sonrió al comparar a los dos.

-Tú, guapo-dijo a Vincent-, tú eres el pájaro que sabe más de La Sombra. Te haremos "cantar". ¿Qué te parece?

Hizo una pausa; luego se volvió hacia Mann. Lanzó una carcajada al observar el rostro impasible del agente de Bolsa.

-Tú, gordinflón-dijo-, tú también "cantarás". Ya estoy harto de estas tonterías. ¡Te "despacharemos" de verdad esta vez!

Habló a un par de pistoleros, que al instante entraron en actividad.

La habitación donde se celebraba la tortura estaba alumbrada por una luz enorme.

Los pistoleros se hundieron en la oscuridad y volvieron trayendo un potro de tormento, vertical, de unos dos metros de altura.

El objetivo de este instrumento era evidente. Formaba una guillotina tosca, con una cuchilla de filo agudo suspendida por encima de una picota o tablero con agujeros. Dos canales o vías de madera señalaban la senda por la cual descendería la cuchilla.

El jefe de los gangsters ordenó una demostración. Oprimió una palanca y la hoja descendió. Atravesó el tablero y se paró con un golpe sordo.

Cualquier objeto colocado dentro de aquel tablero habría sido destrozado por la descendente cuchilla, que era una herramienta grande y de ancho filo.

-Meted al gordito-ordenó con una sonrisa maligna.

La guillotina fue arrastrada hacia el centro de la habitación impenetrable a los sonidos. Los pistoleros la ajustaron a unas abrazaderas que se proyectaban desde el suelo.

Sacaron de la pared a Mann y lo tendieron, boca arriba, con la cabeza metida por el tablero, cuya parte superior estaba levantada momentáneamente.

Cuando el tablero estuvo ajustado, sujetaba con férrea presa el cuello del agente de La Sombra.

-Magnífico-cimentó Gats, con sorna-. Sigue mirando hacia arriba. Así verás mucho, si continúas mirando.

Señaló con un gesto a Harry Vincent. Unos pistoleros arrastraron al joven.

Delante mismo de la guillotina veíanse varias argollas sobresaliendo de la pared. Cortaron las ligaduras. Harry no ofreció resistencia; habría sido inútil.

Tenía el cuerpo y las piernas atados con correas a la pared. La correa del cuerpo estaba más floja. Un pistolero le dio un empujón. El joven se encontró mirando en el rostro de Rutledge Mann.

Los dos hombres se contemplaron mutuamente con expresión firme y decidida. Estaban resueltos a no ceder, arrostrando todas las consecuencias.

La posición de sus brazos impedía a Harry alcanzar la guillotina. Pero Gats cogió una silla y se la colocó a su lado. Inconscientemente, el joven prisionero intentó tocarla, Sus dedos no llegaron. El jefe de la banda lanzó una carcajada.

-Está en el lugar que yo quiero-se mofó.

Colocó sobre la silla un trozo de madera plana, sobre la cual descansaba, sujetado por unas abrazaderas, un reloj marcado en secciones. El trozo de madera contenía también una caja de pequeñas dimensiones, coronada por un conmutador eléctrico.

-¿Ves eso?-inquirió-. Voy a explicártelo.-El gangster estableció una conexión entre la caja y la palanca reguladora de la guillotina. Harry se estremeció mientras el gangster jugueteaba con el disparo. Un descuido significaría la muerte de Rutledge Mann.

-Funciona de esta manera-explicó Gats, con una risita siniestra-. Cuando oprimo este conmutador, se pone en marcha. A los doce minutos, la cuchilla descarga el golpe de gracia. Es una idea magnífica, me la facilitó un chino, que la usó en las guerras de los tongs.

"No puedes tocarla, guapo. Prueba si quieres; verás cómo no llegas. Cuando hayan transcurrido doce minutos, la cuchilla descenderá y el gordito la recibirá en el cuello.

"Por lo tanto, continúa observando al gordo. Chillará como una rata y no podrás auxiliarle, excepto si te decides a "cantar". Empezará a dar alaridos y cuando veas que la situación se pone grave, me avisas. Si no hablas... el gordo morirá de todos modos.

El gangster hizo una señal a los pistoleros, que se alejaron. Cerraron una especie de emparrillado metálico a unos cinco metros de la guillotina. Todos los pistoleros menos uno se apartaron; el que no se alejó quedó al lado del jefe.

El jefe de la pandilla se fue en otra dirección, seguido del pistolero. Otra puerta enrejada empezó a cerrarse. Gats soltó una risotada. Volvió y apretó el conmutador. El aparato de relojería empezó a funcionar. Gats se dirigió al enrejado que se cerraba y se reunió con su compañero.

La puerta que quedaba abierta se cerró. Los prisioneros estaban en una jaula.

Los rostros sórdidos y ceñudos de los pistoleros se burlaban como demonios contemplando la escena.

Harry Vincent miró a Rutledge Mann. Observó la expresión de terror instintivo que nublaba el semblante de su compañero. Espoleado por la rabia, forcejeó con la correa que le aprisionaba el cuerpo, haciendo un inútil esfuerzo para alcanzar el conmutador desviarlo hacia la derecha.

Halló que era imposible.

La tortura era terrible. La manecilla de la esfera del reloj movíase de una manera regular. Había transcurrido un minuto. El joven, con la frente bañada de gruesas gotas de sudor, miró de nuevo a su compañero.

-¡No puedo más!-exclamó-. !No puedo resistir más, Mann! !Voy a decir cuanto sé! ¡No puedo dejar que...!

La cabeza del agente de Bolsa se movió lentamente en el collar del tablero.

Formaba una réplica negativa. Sus labios formaron unas palabras bajas pero perceptibles.

-¡No se preocupe, Vincent!-dijo, con firmeza-. Me resigno. No se preocupe y... no ceda... ¡no aun después de caer la cuchilla!

El joven hizo un gesto de asentimiento. El valor de su compañero dábale ánimos; sin embargo, el tormento continuaba. Para el cerebro enfebrecido de Harry, ésta era la situación más terrible que podía existir.

¡Ver morir ante sus ojos a un amigo valeroso!

Cerró los ojos, pero no pudo mantenerlos cerrados mucho tiempo. Miró con fijeza a Mann, que continuaba impasible. Se preguntó si el agente de Bolsa podría conservar su presencia de ánimo hasta el final.

¿Y qué sucedería después del fin?

La idea de la cabeza de Mann rodando, separada del tronco, por el suelo... sólo pensarlo era enloquecedor. Estaba ideado para destrozar los nervios del joven.

¿Lo conseguirían?

El reloj de la muerte continuó tictaqueando. Los ojos de Rutledge Mann estaban cerrados. Afrontaba la muerte ciegamente. Harry Vincent forcejeó de nuevo, intentando en vano alcanzar el conmutador.

Gats Hackett lanzó una carcajada a través del enrejado de hierro. Los otros pistoleros se mofaban.

El siniestro jefe de la banda triunfaba. Esperaba ver el fin de Rutledge Mann, confiando en que Harry Vincent hablaría después de la dura prueba.

¿La Sombra? ¿Dónde estaría? ¡En ninguna parte de donde pudiera intervenir!

CAPÍTULO XVIII
EL DUODECIMO MINUTO

La manecilla del reloj de la muerte acercábase a la parte superior de la esfera. Pronto la tortura habría terminado... con la muerte de Rutledge Mann.

El prisionero no había flaqueado; manteníase entero. Era Harry Vincent quien demostraba claramente los terribles efectos de aquella tensión.

Aunque la tentativa no ofrecía esperanzas de éxito, el joven probaba alcanzar el conmutador, tirando inútilmente de la correa que le aprisionaba.

De este modo, mediante esa acción, podía apartar su mente de la muerte horrible que esperaba a su compañero.

Jamás había sufrido Harry una prueba tan terrible. Al fin le asaltaron unos pensamientos de indecisión. Siempre había cumplido las órdenes de La Sombra; siempre, en anteriores ocasiones de peligro, supo qué camino seguir.

Ahora, por primera vez, estaba indeciso.

¿Cuál debía ser su obligación? ¿Salvar al agente de Bolsa o mantener su silencio?

Si Rutledge hubiera suplicado que le libertasen, no habría titubeado. Pero como un verdadero agente de La Sombra, resistía imperturbable la terrible prueba. Estaba dispuesto a aceptar la muerte. En tales circunstancias, Harry no podía obligarse a sí mismo a ceder.

Gats Hackett miraba, lleno de exaltación, a través del enrejado de la derecha.

Para él, esta escena trágica era magnífica. Los pistoleros situados detrás del enrejado de la izquierda, reían como monos agarrados a los barrotes de una jaula.

Una orgía de crimen diabólico había producido una satisfacción sórdida al siniestro gangster. En el antiguo escondrijo de los "Chavales del Hudson", introducía una tortura de invención China.

Estaba seguro de que si Harry Vincent no pedía merced, el resultado sería igual. Después de ver la cabeza ensangrentada de Rutledge Mann, se abatiría su espíritu al sometérsele a un interrogatorio-.

-Hablan del tercer grado-sonrió al compinche que tenía al lado-. Esto da ciento y raya a la "poli". ¿Qué te parece?

La aguja del reloj fatídico había llegado al undécimo minuto. El gangster estaba jubiloso. Nadie podría intervenir ahora y frustrarle los planes.

Una docena de pistoleros estaban preparados. Diez más se hallaban apostados fuera, cubriendo las entradas del subterráneo.

¡Que venga La Sombra! ¡Encontraría a Gats Hackett preparado!

Mientras esos pensamientos cruzaban por la mente siniestra del gangster, se desarrollaban unos acontecimientos fuera del garaje.

Dos hombres apostados, en un rellano de la escalera, conversaban mientras vigilaban.

Su conversación terminó cuando uno de ellos cayó de repente, al recibir el golpe de la culata de una pistola automática. Su compinche se incorporó de un salto, para caer, también, de cabeza por la escalera de piedra.

¡Fulminados por una mano invisible desde la oscuridad, los centinelas no habían protegido debidamente el paso! ¡Alguien pasaba por encima de sus cuerpos ahora-alguien invisible-, un ser fantasmal que atravesaba la oscuridad con premura!

Dentro, Gats Hackett vigilaba la esfera.

¡El duodécimo minuto se aproximaba! Era cuestión de segundos. Cincuenta... cuarenta... treinta...

Harry Vincent, con los ojos clavados en aquella esfera de la muerte, forcejeaba con frenesí para soltarse de la cuerda que le sujetaba.

Gats Hackett emitió una carcajada. El sonido murió en sus labios.

Se había producido una inesperada conmoción, entre los pistoleros que miraban por el enrejado opuesto. Había agolpado allí una docena de malhechores. ¡Y ante la sorpresa del jefe de los gangsters, empezaron a retroceder apartándose en el momento culminante!

Entonces advirtió el comienzo de una batalla.

¡Alguien estaba entre aquellos hombres! Rasgó la oscuridad una llamarada.

Luego hubo una rápida sucesión de disparos.

¡Los sobresaltados bandidos iban cayendo mientras un enemigo inesperado los acribillaba a balazos! ¡Otros revólveres vomitaban llamaradas en respuesta, pero los pistoleros que los empuñaban se desplomaban!

¡Treinta segundos... veinte... diez... cinco! El elemento tiempo había disminuido durante la súbita refriega. Un hombre solo permanecía en pie junto al enrejado opuesto. Una figura que hizo estremecer de terror a Gats Hackett!

¡La Sombra!

El cañón de una pistola automática metía su boca por los barrotes. El mortífero cañón escupió una llama. El tiro fue disparado a pocos centímetros detrás de Harry Vincent, que aun seguía esforzándose inútilmente en alcanzar el conmutador regulador.

Tres disparos rápidos, separados por segundos. Lanzaron un trío de balas oportunas, mensajeras de plomo cubriendo una línea vertical.

¡Aquellas balas iban dirigidas a la correa que aprisionaba a Harry Vincent!

Cuando la manecilla del reloj de la muerte casi tocaba el minuto fatal, la correa se rompió detrás de Harry Vincent. Cayendo hacia adelante, el joven puso una mano encima del conmutador, que giró de izquierda a derecha.

¡La aguja de la esfera se paró, casi encima del punto final!

Agotado, se desplomó de costado, cayendo al suelo, mientras Rutledge Mann miraba hacia arriba.

¡Había llegado el momento de la liberación! ¡Traída por La Sombra, había permitido que un hombre valeroso salvase la vida de otro!

En ese momento empezaron a retumbar más disparos. La Sombra luchaba contra los pistoleros supervivientes, que habían aprovechado el breve intervalo de respiro.

Arrojando al suelo las pistolas vacías, el rey de la noche sacó nuevas armas sin perder un momento. Sus tiros fueron mortales. Sus balas encontraban los corazones de los malhechores que intentaban matarle. Los revólveres caían de manos inertes, a través del enrejado al suelo de piedra.

Gats Hackett había sacado sus armas, dispuesto a matar a La Sombra. Pero la figura espectral no ofrecía blanco. Se perdió entre el montón de pistoleros que se bamboleaban.

Sería una locura que Gats matase a sus propios hombres que luchaban por lo mismo que él, pues aun ahora tenían alguna probabilidad de triunfar.

Luego distinguió otros blancos. ¡Harry Vincent, postrado en el suelo!

¡Rutledge Mann, impotente en el tablero, debajo de la cuchilla de la guillotina! ¡Tenían que morir, como Gats había planeado!

Los pistoleros del feroz gangster se levantaron, demasiado tarde. El gangster retrocedió cuando llegó una bala de la puerta opuesta y rebotó con uno de los estrechos barrotes donde estaba de pie.

La bala erró por pura casualidad. Lanzándose con frenesí, el jefe de la banda se zambulló en un rincón, detrás de una pared saliente.

Sonó otra detonación. El pistolero que había estado de pie junto al jefe, rodó por el suelo. La lucha en la otra verja había terminado. La Sombra había triunfado.

Empuñando sus pistolones del 45, Gats se maldijo a sí mismo por sus equivocaciones. Era demasiado tarde para retroceder ahora. La abertura de aquella jaula estaba cubierta por las armas de La Sombra.

Aun con su certera puntería, conocía que sería inútil presentar un blanco a un enemigo que le esperaba.

Se oyó un fuerte sonido metálico. Gats conoció qué significaba. La Sombra había penetrado por la verja opuesta. Todos sus enemigos habían sido abatidos.

Sus agentes serian libertados. Juntos, con La Sombra, pasarían por su lado.

¡Gats se encontraba solo, sin que le ayudase nadie!

Poseído de espanto, girando sobre sus talones huyó. Encontró unos escalones que conducían a otra salida y empezó a subir con paso inseguro.

El terror se apoderó del gangster. Detrás de él, resonó un nuevo sonido, una risa sarcástica que heló la sangre de sus venas.

¡La risa de La Sombra!

La risa resonó fantástica y burlona, como un grito demoníaco de muerte, a través del cuarto de paredes pétreas. Era la risa que significaba la muerte para los que la oían; una carcajada larga y burlona que despertaba ecos invisibles y repercutían con tonos enloquecedores que parecían asir en una presa espectral al fugitivo.

El feroz gangster se lanzó por una puerta, tropezando con un pistolero que descendía.

Era uno de los centinelas qué oyó los ahogados disparos de la terrible refriega. Reconoció a su jefe; entonces percibió los tonos fantásticos de la risa de La Sombra.

¡El sonido perseguía a Gats!

-¡Huye!-chilló, perdido su valor-. ¡Huye! ¡Es La Sombra!

La segunda puerta sonaba metálicamente. Otros pistoleros subían desde el exterior. No oyendo ya la risa, descendieron los escalones para enfrentarse con el enemigo. Al penetrar en la lobreguez del escondrijo de paredes pétreas, fueron recibidos por largas y rojas lenguas de fuego.

Nada habría podido parar a La Sombra entonces. Vencedor de una horda de pistoleros, avanzaba en pos de otra victoria. El último de los bandidos disparó erráticamente en respuesta.

Iban cayendo uno por uno. Sus disparos eran inútiles. En la semioscuridad del nuevo campo de batalla, el hombre de las tinieblas estaba en todas partes y en ninguna parte determinada.

Quedaron dos hombres solos. Retrocedieron, huyendo en busca de un lugar seguro. Uno se desplomó; el otro llegó a los escalones y saltó. Una bala final le fulminó al tiempo que brincaba. Cayendo de bruces sobre la tierra blanda, quedó inmóvil.

La victoria quedó en manos de La Sombra. Ni uno de los que intentaron matarle, quedó ileso. Los heridos yacían entre los agonizantes; los agonizantes, entre los muertos.

Solamente uno logró escapar; pues sólo uno puso pies en polvorosa. Ese fue Gats Hackett. Huyendo como una rata aterrorizada, el gangster de los dos pistolones huyó como alma que lleva el diablo.

Aniquilada su siniestra banda, no pensó más que en salvar el pellejo.

¡Había oído la risa triunfal de La Sombra!

CAPÍTULO XIX
NUEVA ESTRATEGIA

En el combate celebrado en la guarida de los pistoleros, La Sombra había ganado una victoria. Los resultados del triunfo quedaron evidentes durante los días sucesivos. En una furiosa batalla, había asestado un golpe mortal a sus enemigos.

Nadie reconocía este hecho más que lo hacía Félix Zubian. Él, el hábil estratega, el as de los conspiradores, que a sí mismo se había llamado la sombra de La Sombra, conocía perfectamente que las medidas de violencia no bastarían para someter a aquel indomable enemigo.

La pandilla de Gats Hackett había sido exterminada, disminuyendo así la importancia de la colaboración de su jefe. Gats, después de una conferencia con Bizco Freston, había prometido enrolar nuevos reclutas.

El proceso no ocuparía mucho tiempo; ya habían entrado en el redil unos cuantos pistoleros. Pero hasta que no se hubiese reunido una banda tan formidable como la aniquilada, sería inútil incitar a La Sombra a una nueva batalla.

¿Dónde estaba el hombre de misterio?

Zubian lo ignoraba. Además, el misterioso personaje había usado estrategia después de la victoria. Sus agentes-los dos que rescatara-habían desaparecido sin dejar pista de su actual paradero.

Harry Vincent no se hospedaba en el hotel Metrolite. La oficina de Rutledge Mann estaba cerrada. Desde ahora en adelante, La Sombra actuaba solo, dispuesto a atacar en la oscuridad. Su mano era más siniestra que nunca.

Douglas Carleton estaba frenético. Veía a La Sombra como una amenaza mayor de lo que se imaginara anteriormente. Su único consuelo consistía en que él y Zubian se habían mantenido al margen, sin dar la cara. La guerra de La Sombra había sido contra Gats Hackett.

No obstante, temía que el hombre de la noche averiguase sus relaciones con el gangster. Era un temor inquietante. Había llegado a temer a La Sombra.

Tan sólo Félix Zubian conservaba la calma. Recluido en el club Cobalto, trazaba nuevos planes estratégicos; pues únicamente mediante una hábil estrategia podría contrarrestar el poder del rey de la noche.

Resumiendo él pasado, dedujo que un ataque franco fracasaría. No había más procedimiento que la sutileza.

Debía tender a su enemigo una trampa que no infundiese sospechas. Y para ello, debía convertirse, una vez más, en la sombra de La Sombra.

En su espionaje del supuesto Lamont Cranston, había realizado un trabajo excelente. Comprobó ciertos hechos relativos al millonario. Divulgó uno tan sólo, a saber, que Cranston tenía la costumbre de ir todas las noche a su casa, por el túnel Holland. Este detalle fue utilizado en vano. Ahora abrigaba el propósito de hacer uso de otros datos averiguados.

Durante los días que le espiara, el millonario hizo varias visitas a una oficina situada en una calle transversal, cerca de Times Square. Esta oficina estaba ocupada por un comerciante de objetos raros y artísticos, llamado Hawthorne Crayle, un vejete que parecía él mismo, un objeto raro.

Zubian no había determinado aún la relación de Cranston con Crayle. No obstante, estaba convencido de que no se relacionaba con las actividades de La Sombra. Había visitado la oficina de Crayle y estaba seguro de que Cranston fue allí simplemente, a examinar algunos de los artículos raros que el coleccionista tenía a la venta.

Era evidente que La Sombra había hecho algo más que asumir la personalidad de Lamont Cranston. Examinando la situación, Zubian decidió que el fantasma de la noche debía haber adoptado otra identidad.

Después de todo, la personalidad del millonario había sido simulada.

¡Probablemente La Sombra podía adoptar otros caracteres!

De ser así, podría encontrarse en cualquier parte, en el lugar menos pensado, hasta en el mismo club Cobalto. Sería posible, pensó Zubian, iniciar una nueva investigación conducente al descubrimiento de una nueva identidad.

Mas eso podría conducir a un desastre. La Sombra estaría alerta ahora.

Sospecharía de cualquier tentativa que se hiciera para localizarle.

Razonando de este modo, la mente de Zubian volvió al caso de Hawthorne Crayle. Era probable que el nuevo personaje que había sustituido a Lamont Cranston, continuaría visitando la oficina del comerciante en objetos raros y artísticos. Allí, a lo menos, no sospecharía que le seguían.

En consonancia con su norma de atacar el punto más débil de la armadura de su adversario, Zubian decidió concentrar sus esfuerzos en vigilar lo que sucedía en la oficina del coleccionista.

El pequeño despacho estaba situado en el quinto piso y era la única oficina ocupada de aquel piso. El edificio había sido condenado y ningún inquilino nuevo tomaba las oficinas desocupadas.

No tuvo ninguna dificultad en apostarse, sin ser visto, en el pasillo del piso de la oficina de Crayle. Usó una oficina desocupada como escondite e hizo un agujerito, por donde podría espiar, en el cristal pintado de blanco que llenaba la porción superior de la puerta.

Vigilando desde aquel punto, podía ver a todos los que entraban en el local del traficante de objetos artísticos. Empezando a las nueve de la mañana, mantuvo una constante vigilancia todo el día.

En el primer día de observación, notó que cuando el coleccionista salió de la oficina, colocó una nota en la puerta. Salió de su escondite para observar el aviso. Decía:

Volveré a las 2:30.

A su regreso, el anciano quitó el aviso de la puerta.

Crayle era un vejete, de hombros encorvados, cuyo rostro apergaminado era expresivo solamente por las gafas que lo adornaban. A través de esas gafas, escudriñó con ojos de búho y metódicamente rompió el papel que anunciara la hora de su regreso.

Sucedió lo mismo el segundo día. Cuando el anciano regresó, Zubian continuó su paciente vigilancia y fue recompensado media hora más tarde.

Por primera vez en esos dos días, llegó un visitante interesante a la oficina del coleccionista de objetos raros. El espía se llenó de júbilo al reconocer las facciones de un hombre a quien había visto en el club Cobalto: Enrique Arnaud.

Parecía increíble que éste pudiese ser el hombre que anteriormente asumiera la personalidad de Lamont Cranston. Las facciones eran por completo distintas. ¡Sin embargo, Zubian, más convencido que nunca de la pasmosa habilidad de La Sombra en el arte del disfraz, llegó a la conclusión de que Lamont Cranston y Enrique Arnaud eran una misma persona!

Desde luego, era posible que dos miembros del club visitasen al mismo comerciante en objetos raros; sin embargo, el bandido recordó que jamás había visto a Arnaud en el club hasta después de la desaparición de Cranston.

Enrique Arnaud permaneció en la oficina del coleccionista unos veinte minutos. Luego Zubian le vió salir a la puerta, acompañado del anciano.

-Vuelva usted mañana-cloqueó el vejete-. Venga, señor Arnaud. La remesa llegará mañana. Si viene usted después de las dos, le mostraré unos cuantos objetos preciosos y rarísimos.

-Vendré-respondió Arnaud, con voz reposada.

Saliendo del viejo edificio, el espía se devanaba los sesos. ¡Qué ocasión más estupenda! Usando una hábil estratagema, podría realizar el plan que fracasara anteriormente.

El edificio era un lugar ideal para un asesinato. Zubian imaginaba lo que Gats Hackett recomendaría: una banda de pistoleros al acecho.

Pero decidió que semejante procedimiento sería demasiado burdo. La Sombra había afrontado tal clase de trampa en su carrera. Poseía un sentido sobrenatural para descubrir la presencia de pistoleros acechando.

No; había que recurrir a unas medidas más eficaces. Desde luego, se emplearían a unos cuantos pistoleros, mas no donde el rey de la noche pudiese sospechar su presencia.

De regreso al club Cobalto, se sentó en un rincón del comedor a fumar un pitillo. Al cabo de un rato, empezó a trazar un nuevo plan. Una sonrisa siniestra se dibujó en su rostro.

Saliendo al salón del vestíbulo, se aseguró de que Arnaud no estaba presente, Luego telefoneó a la casa de Devaux. Douglas Carleton estaba allí y Zubian le dio una cita para la noche.

Cuando el joven deportista se encontró con Zubian a las diez de la noche, aparecía nervioso y malhumorado.

-¿Qué sucede?-preguntó el espía.

-Ese sujeto, Milbrook-explicó el joven.

-¿Milbrook y la muchacha?

-Sí, también me fastidia eso. Virginia y yo no estamos en buenas relaciones. En realidad, el compromiso habría terminado, si no fuera por el viejo Devaux. Está de mi parte.

"Le dije que consideraba a Milbrook como un rival. En consecuencia me está ayudando. Se cuida de que Milbrook y Virginia no tengan ocasión de hablar a solas. Si lo hiciesen... el resultado podría ser que se fugasen los dos.

-¿Milbrook va allí todas las noches?

-Ciertamente. Para hablar de diamantes con Devaux. Quiere realizar una venta; pero el viejo no quiere examinar los diamantes hasta el momento oportuno. En consecuencia Milbrook los guarda en la caja de caudales del sindicato de diamantes.

-¿Cuánto tiempo lo aplazará Devaux?

-Es un buen diplomático. Simula no estar muy interesado, para que Milbrook esté ansioso. Así me lo dijo y le aconsejé que aplazara el asunto indefinidamente. Pero eso no puede durar eternamente. Entretanto, nuestra situación no es muy halagüeña. Si pudiésemos desembarazarnos de La Sombra, podríamos asaltar las oficinas del sindicato y apoderarnos de los diamantes, por valor de dos millones. Gats Hackett podría ejecutar la operación; ya ha organizado otra banda. Pero sabes lo que sucedería. La Sombra intervendría. Lo más probable es que esté vigilando a Gats.

-¿Sí? Hum-observó Zubian, pensativo-. Todo vuelve siempre a La Sombra. Por eso te he hecho venir esta noche. He vuelto a localizar a La Sombra.

-¿Dónde? ¿Quién es?

-Otro miembro del club-murmuró el bandido-. Ya no es Lamont Cranston. Ahora se hace pasar por un hombre llamado Enrique Arnaud.

-¡Entonces podemos realizar otra tentativa!-exclamó Carleton-. Gats tiene su banda...

-Gats no entra en esto-interrumpió Zubian, sosegadamente-. El individuo que pienso utilizar es el Bizco. Le encargaremos que enliste a unos cuantos pistoleros que no estén asociados con Gats Hackett. Recuerda que La Sombra puede estar vigilando a Gats. Deja todo de mi cuenta, Carleton. Vamos a terminar con La Sombra y tú y yo estaremos presentes en su fin.

-¿Cuándo?

-¡Mañana por la tarde!

-¿Dónde?

-En una oficina de un edificio cerca de Times Square.

El bandido internacional habló con tal seguridad que Carleton no dudó de sus palabras. Sin embargo, sus manifestaciones eran tan enigmáticas que le dejó perplejo.

-Estamos empleando estrategia, Carleton-dijo su compañero-. Esto se realizará obrando con habilidad y no por medio de un torpe tiroteo. Deseo conseguir los servicios del Bizco esta noche. Se tomarán todas las medidas antes del amanecer.

-Explícame-solicitó el joven, ansioso.

En voz baja y calmosa, Zubian empezó a desarrollar su plan.

A medida que Carleton veía la importancia de las palabras de su compinche, sonreía de júbilo. Era una trampa que sobrepasaba a las anteriores; un lazo que no podría sospechar ni La Sombra.

-¡Es un plan seguro!-exclamó.

-No es más que simple estrategia-repuso su compinche-. Una estrategia que será la muerte de La Sombra.

Enrique Arnaud estaba sentado en el vestíbulo cuando Douglas Carleton entró en el club. Hallábase aún allí cuando Félix Zubian pasó por su lado, unos minutos más tarde.

La Sombra no recibió ni siquiera una mirada del hombre, que se había convertido en su sombra.

CAPÍTULO XX
LA TRAMPA DE LA MUERTE

A la mañana siguiente, Félix Zubian y Douglas Carleton se reunieron cerca del edificio donde estaba situada la oficina de Hawthorne Crayle.

Era después de las diez. Zubian, llevando su pesado bastón en la mano derecha asió con la otra el codo de Carleton.

Al llegar al edificio, subieron al cuarto piso. La puerta de la oficina de Crayle estaba cerrada. Zubian llevó a su compañero al interior de la habitación de la oficina contigua.

-Todo está preparado-cuchicheó-. Ahí está el alambre de señal. Lo tendimos anoche- Señaló un alambre verde que salía del cuarto al pasillo.

-¿El depósito?-interrogó Carleton.

-Lo entramos anoche, a la oficina del fondo. El Bizco y tres muchachos están allí, esperando.

Carleton sonrió. Conocía el objetivo de aquellos preparativos. Confiaba en la astucia de su compañero. Ese día, seguramente, moriría La Sombra.

-Ya hemos depositado el telegrama-añadió Zubian-. Crayle lo encontrará en cuanto entre. Suele llegar a las once.

Resultó verdad. A las once en punto, la figura encorvada de hombros de Hawthorne Crayle apareció en el pasillo.

Los dos malhechores espiaban por unos agujeritos al anciano. Este abrió la puerta de su despacho. Vió un sobre amarillo tirado en el suelo. Lo abrió y leyó, con manos temblorosas, el mensaje.

El papel cayó de los dedos de Crayle; el anciano entró presuroso en la oficina. Reapareció unos minutos después, llevando una valija. Se detuvo en la puerta, garabateó una nota en una hoja de papel y la colocó junto al cristal.

Cerró la puerta tras sí y se marchó precipitadamente por el corredor.

-Ya sabía que sucedería esto-observó Zubian, soltando una risita-. Hablé al vejete un día cuando examinaba algunos objetos raros. Tiene una hija que reside en Albany. El telegrama comunica que está muy enferma. No descubrirá que es una broma hasta que llegue a la casa.

-Pero la nota de la puerta...

-A eso vamos ahora.

Zubian salió con sigilo y cogió el papel que el anciano dejara en la puerta.

Regresó a la oficina y mostró la nota a su compañero.

-Volverá mañana-leyó Carleton.

-Muy ingenioso-rió su compinche-. Esta nota nos servirá, no importa cuánto tiempo dure la ausencia del viejo. Puede leerse el mensaje cualquier día, pues mañana queda siempre en el futuro. No obstante, no nos sirve para nuestros fines.

Borró cuidadosamente la palabra "mañana", sin dejar vestigio de la escritura.

Escribió otras palabras. La nota modificada decía:

Volveré a las 2.30.

Luego cruzó el pasillo y dejó la nota en la puerta. Regresó al lado de Carleton y le dijo unas palabras de ánimo y explicación.

-Crayle no cierra nunca con llave la puerta de la oficina-manifestó-. Todos sus objetos artísticos los guarda en una caja de caudales. Los visitantes, si lo encuentran ausente, entran y esperan su regreso. Desde luego, los clientes que conocen sus costumbres.

Agachándose, tocó en el suelo un botón que había en el extremo del alambre verde. Era una señal. Luego se enderezó y posó una mano en el pomo de la puerta.

-Eso es para cortar la cañería del agua-explicó-. Ahora viene mi trabajo. Después de eso, esperaremos.

Cruzó el pasillo, entró en la oficina de Crayle y salió unos minutos más tarde.

-Ya está todo preparado-anunció.

El tiempo transcurrió lentamente para Douglas Carleton, pero Félix Zubian no dio señales de impaciencia. El bandido internacional sacó dos revólveres y entregó uno a su compañero.

-Hay otros pistoleros en el pasillo-advirtió-, que acudirán si les hago una señal. Quizá La Sombra intente escapar, pero le será imposible conseguirlo.

En la oficina del fondo del pasillo, en el mismo lado que la Crayle, esperaba otro grupo de pistoleros. Junto a ellos, veíase un depósito metálico, con un tubo de caucho que yacía enrollado en el suelo.

El Bizco estaba al mando de sus pistoleros seleccionados. Reinaba un silencio sepulcral.

En su escondite, Zubian y Carleton tenían sus nervios en tensión. A las dos y tres minutos, resonó una pisada en el pasillo. Con los ojos pegados a los agujeritos del cristal de la puerta, los malhechores reconocieron la figura de Enrique Arnaud.

El visitante hizo una pausa en la puerta de la oficina de Hawthorne Crayle.

Cogió el papel del aviso. Abrió la puerta y observó que el despacho estaba desierto. Entró, leyendo la nota. La puerta se cerró tras él.

-Ahora-cuchicheó Zubian-, estamos preparados.

Oprimió el botón para dar la señal de entrar en acción.

Dentro de la oficina del coleccionista, Enrique Arnaud se sentó en una silla mirando la nota que arrancara de la puerta. Hawthorne Crayle tenía la costumbre de dejar tales notas. Uno de sus hábitos era regresar a las dos y media. Evidentemente había olvidado la cita que tenia con Enrique Arnaud.

Pero los ojos sagaces del visitante examinaron atentamente la nota. Enrique Arnaud posó un largo dedo encima de lo que Félix Zubian había escrito.

Arnaud observó un detalle. En otra hoja de papel, escribió dos frases, una encima de la otra:

Volveré a las 2.30.
Volveré a las 2:30.

Habrían parecido iguales. Para Enrique Arnaud, había una diferencia evidente. El primer número 2 iba seguido de un punto; el segundo, de dos puntos.

El primero correspondía a la nota que Arnaud encontró en la puerta; el segundo, era la forma habitual de escribir Hawthorne Crayle, cuando fijaba un mensaje en la puerta. El anciano era un hombre de costumbres metódicas.

No era probable que cambiase su estilo que había usado durante años.

¡La ausencia de los dos puntos habituales era, para Enrique Arnaud, prueba de que Hawthorne Crayle no había escrito los números "2.30" en el mensaje!

Otra prueba quedó en evidencia cuando Arnaud puso el papel a la luz y pasó un dedo por encima.

¡Lo escrito fue alterado!

La risa suave de Arnaud fue imperceptible fuera de la oficina. El hombre de rostro impasible fue con paso lento y cauto de un lado a otro de la habitación.

No se le escapó un solo detalle. Al cabo de dos minutos había examinado minuciosamente el cuarto entero. Se detuvo delante de un lavamanos provisto de un solo grifo.

Cuidadosamente abrió y cerró el grifo. Observó que no salía agua.

Sintió un olor muy tenue. Sacó una cerilla y la puso debajo del grifo. El fósforo se extinguió.

Enrique Arnaud sonrió de una manera inescrutable. Había descubierto lo que sucedía.

¡Por aquella tubería salía, no agua, sino un gas venenoso, no inflamable!

Aquel cuarto era una trampa mortal. Dentro de diez o quince minutos, si permaneciese inactivo, la oficina quedaría inundada de un vapor mortífero y su ocupante perdería el conocimiento y perecería.

Deliberadamente cerró el grifo para que no saliera el gas. Acercóse con sigilo a la puerta y sacó una pistola automática de debajo de su capa. Posó la mano encima del pomo mientras permanecía agazapado, esperando.

En la oficina del fondo del pasillo, Bizco Freston daba órdenes a sus hombres. Usaban el depósito metálico. El tubo de goma estaba ajustado al grifo del lavamanos de aquel despacho.

Todas las oficinas tenían la misma cañería. Esto formaba la base del plan de Félix Zubian. ¡Cortada el agua, la tubería se convertía en conductor del mortífero gas!

La espita del depósito metálico estaba abierta. El gas fluía por la cañería del agua, restringido solamente por el hecho de que la tubería no podía recibir toda la corriente. Había mucha presión, aminorada cuando el grifo estaba abierto en la oficina de Crayle.

Mas ahora, sin saberlo los pistoleros, el otro extremo estaba obstruido. No podía haber más que una consecuencia. La presión del depósito debía aminorarse. Tenía que explotar, naturalmente, en el punto más débil.

Ese punto fue la conexión entre el depósito y la espita del agua en la habitación donde esperaban los gangsters.

El estallido llegó con una ráfaga terrible. Inesperadamente, el depósito hizo saltar el tubo de caucho al otro lado de le habitación. Los gases se descargaron sobre los sobresaltados pistoleros.

Reinó una gran confusión momentáneamente; luego un bandido extendió la mano para coger el grifo regulador. Para usarlo, puso la cara encima mismo de la abertura del depósito.

Los gases fueron demasiado fuertes y el gangster se tambaleó y cayó al suelo.

Nadie intentó realizar la operación que había fracasado. Los restantes pistoleros corrieron hacia la puerta y la abrieron de golpe en un loco esfuerzo para llegar al pasillo. La carrera frenética, mezclada con las maldiciones, ahogadas, sembraron la alarma que podía oírse por todo el piso.

Enrique Arnaud esperaba. Abrió con un rápido movimiento la puerta de la oficina de comerciante de objetos artísticos y salió a pasillo. Sus ojos penetrantes observaron un peligro en el lado opuesto.

No podía ver los ojos vigilantes de Félix Zubian y Douglas Carleton, pero sabia que esos ojos podían estar allí.

La pistola automática de Arnaud se elevó. Carleton y Zubian la vieron.

Conocían la mano que la empuñaba. Se zambulleron en su escondite al mismo tiempo que una bala rompía en mil pedazos el cristal, encima mismo de sus cabezas.

Tras aquel tiro, Arnaud avanzó hacia el fondo del pasillo. Los alarmados gangsters no estaban desprevenidos; empuñaban armas por si era necesario emplearlas. Zubian había temido que Arnaud lograse salir antes de que los gases lo hubiesen dominado.

En el aire limpio del pasillo, el bandido internacional oyó las órdenes de Bizco Freston. Levantaron sus armas, pero antes de que pudiesen disparar sobre el cuerpo de Enrique Arnaud, la pistola escupió unas llamaradas.

Retrocediendo por el corredor, Arnaud disparó estos tiros mortales; luego descendió la escalera, dispuesto a enfrentarse con los enemigos que pudiesen acechar allí.

No se había prevenido esa contingencia. Félix Zubian había pensado en cortarle la retirada, pero temió que la presencia de unos pistoleros en la escalera podría ser un aviso. En consecuencia, Arnaud halló el camino libre.

Una risa triunfal, larga y escalofriante, resonó por el pasillo. La risa reveló la identidad de Enrique Arnaud.

¡Era la risa de La Sombra!

Una figura se movió entre los amontonados pistoleros, que cayeron víctimas de la certera puntería del fantasma de la noche. El Bizco se incorporó.

El minúsculo gangster escapó milagrosamente de la muerte. Se había tirado al suelo y había permanecido tendido, protegido por los cuerpos de sus abatidos sicarios.

Cuando el Bizco echó a correr por el pasillo, le siguieron Zubian y Carleton.

Comprendiendo que el plan había fracasado, estos dos últimos querían escapar a toda costa.

El trío de fugitivos echó a correr escaleras abajo, temerosos de encontrar en el camino a La Sombra. Se detuvieron. La policía subía para averiguar la causa del tiroteo.

Con un gruñido, Zubian señaló una ventana de la escalera. El Bizco estaba más cerca y abrió el bastidor. Los tres malhechores saltaron a una escalera de salvamento y descendieron a un patio, a tiempo de escapar de la policía que subía.

Metiéndose por una callejuela, los tres bandidos se dispersaron. El Bizco se dirigió a un escondrijo. Douglas Carleton, desalentado, se metió entre el gentío y se encaminó hacia Broadway.

Únicamente Félix Zubian conservó la serenidad; pero tenia ceñudo el rostro, también, cuando llamó a un taxi y ordenó al chofer que le condujese al club Cobalto.

La estrategia, como la fuerza, había fracasado.

¡Una vez más, La Sombra había vuelto las tornas sobre los planes de su sombra!

CAPÍTULO XXI
EL OBJETIVO

Era medianoche cuando Félix Zubian y Douglas Carleton volvieron a reunirse. Esta vez no se reunieron en el club. Zubian había juzgado prudente alejarse de allí esa tarde. La conferencia de los dos bandidos, se celebró en una habitación del piso decimoctavo del hotel Gargantúa.

El par de malhechores no presentó nunca un contraste tan marcado como en esos momentos. Después del resultado desastroso de la última tentativa de pillar en una trampa al hombre de las tinieblas, Douglas Carleton tenia los nervios destrozados. Sus manos temblaban y sus ojos parpadeaban, Félix Zubian, por el contrario, presentaba un aire resuelto.

Era natural, por consiguiente, que el joven comunicase sus preocupaciones a su compañero, Zubian permaneció silencioso mientras el joven deportista hablaba. El bandido de reputación internacional, que había osado llamarse la sombra de La Sombra, seguía pensativo.

-Nos hallamos en una situación critica, Zubian-declaró Carleton-. La Sombra nos tiene señalados. ¿Qué podemos hacer? No podemos matarlo; acabará con nosotros antes de que nos demos cuenta. La partida está perdida.

-¿Por qué?-preguntó su compañero.

-¿Cómo vamos a dar el golpe de los diamantes? Es nuestro objetivo. No podemos actuar mientras La Sombra anda por aquí; y ya no es posible aplazarlo más. Eso he averiguado esta noche.

-¡Ah! ¿Ha ocurrido algo en casa de tu futuro suegro?

-Milbrook se ha cansado de esperar. Quiere que el viejo decida la compra mañana por la noche, a más tardar. Si Devaux no compra, los diamantes saldrán de Nueva York.

-¿Qué dice tu futuro suegro?

-Sigue entreteniéndole. No quiere ni examinar los diamantes. Milbrook ofreció llevarlos a la casa y el viejo le contestó que esperase hasta que estuviese dispuesto a efectuar la compra.

-¿Qué más ha sucedido?

-Si Milbrook no desaparece pronto, estropeará mi casamiento con Virginia. Evidentemente ella y Milbrook se ven. Están locamente enamorados. Si pudiésemos desembarazarnos de ese estorbo...

Una sonrisa cubrió el rostro de Félix Zubian.

Douglas Carleton le miró con fijeza, sin comprender.

-Carleton-dijo su compañero-, todavía no estamos vencidos. Tenemos el terreno preparado, si sabemos utilizarlo. Cuanto antes actuemos, tanto mejor será. Mañana por la noche es el momento. ¿Crees-su sonrisa se amplió de una manera siniestra-que podrías persuadir a Stanford Devaux a que examinase esos diamantes sin tallar, mañana por la noche, en su casa?

-Seguramente que sí-respondió Carleton, prontamente.

-¿Puedes hablar con él ahora?

-Sí.

-Llámale, pues. Sugiéreselo hábilmente.

El joven fue al teléfono. A los pocos minutos hablaba con Stanford Devaux.

Félix Zubian escuchó atento la conversación.

-Aló-dijo Carleton-. Soy Douglas... Sí... Lo llamo para hablarle de... esas cosas de Milbrook... Sí. ¿No seria una buena idea decirle que las traiga a la casa mañana por la noche?... Podemos examinarlos entonces... Sí, iré. También me gustaría verlos... Perfectamente.

Carleton colgó el receptor. Zubian le observaba sonriente.

-Mi suegro telefoneará a Milbrook-dijo Carleton-. Le comunicará que puede llevar los diamantes. ¿Qué te propones hacer?

-Carleton-dijo el bandido internacional, sonriendo aún-, eres muy, muy listo. Lo sospechaba desde hace tiempo; no he estado seguro de ello hasta ahora.

-¿Qué quieres decir?-interrogó Carleton.

-Tu compromiso con Virginia Devaux -sonrió Zubian-. Ese es un factor. Otro es la buena voluntad que has mostrado en financiar las empresas que hemos planeado. Además, tu extraordinaria perspicacia para persuadir a Stanford Devaux a que retrasase sus compras de diamantes hasta el momento oportuno.

El semblante de Carleton iba alterándose.

La sonrisa de Zubian se hizo sumamente cordial.

-No te preocupes-dijo-. Guardaré el secreto. Es para nuestro beneficio mutuo. Aumenta la confianza que en ti he puesto.

-Sé lo que piensas, Zubian-reconoció el joven-. Lo has adivinado. Pero guárdatelo para ti. No ha de divulgarse; sobre todo, ni Gats ni otros deben saberlo...

-¿Por qué he de decir lo que sé?-interrogó su compañero-. No te preocupes de tu secreto. Hazte cuenta de que no lo sabe nadie. Al mismo tiempo, simplifica la situación. Mañana por la noche, triunfaremos a pesar de La Sombra.

-¿Cómo?

-La Sombra es sumamente hábil. No obstante, tiene un fallo. No puede encontrarse en dos lugares a un mismo tiempo.

-De acuerdo. Pero ¿qué tiene que ver eso con nosotros?

-Mucho. Conozca o no nuestro objetivo, La Sombra sabe, a lo menos, que en la maciza cámara acorazada del Sindicato de Diamantes hay una colección valiosa de diamantes sin tallar. Por lo tanto, conoce que ciertos individuos, pueden estar interesados en asaltar las oficinas del sindicato.

-Ese es el inconveniente.

-Por el contrario. Es el factor que nos permitirá adquirir los diamantes.

-No entiendo.

-Es muy sencillo. Mañana por la noche, a las nueve y media, haremos que asalten las oficinas del sindicato. Mandaremos a Gats y sus muchachos a que vuelen la cámara acorazada y barran toda oposición, para apoderarse de los diamantes.

-Pero los diamantes no estarán allí; Milbrook los llevará a casa de mi futuro suegro...

-Desde luego, pero ¿quién lo sabrá? ¿Crees que Milbrook anunciará que dos millones de dólares de diamantes han salido de la cámara?

-Naturalmente que no.

-Lo cual es una ventaja para nosotros. Tú, yo, Devaux y Milbrook, somos los únicos que lo sabrán. ¡Por consiguiente otro-La Sombra-supondrá, como Gats y su banda, que los diamantes es encuentran aún en la cámara!

-¡Empiezo a comprender! Quieres decir que mientras los diamantes están en casa de mi futuro suegro...

-Exacto. En el momento del asalto a las oficinas del sindicato, a las nueve y media, unos hombres enmascarados penetrarán en la casa de Devaux y se apoderarán de los diamantes...

-Y La Sombra...

-Estará en las oficinas del sindicato, batallando con Gats. Lo cual es otra ventaja. ¡Quizá esta vez fracase por fin!

Douglas Carleton no pudo contener su entusiasmo.

Desaparecida su preocupación y su nerviosidad, se puso en pie de un salto y estrechó la mano de Félix Zubian. Felicitó en términos calurosos a su astuto compañero.

-Guárdate los elogios para después del golpe-sonrió Zubian-. Entretanto da las oportunas instrucciones a Gats y a Bizco para el asalto. Incidentalmente, necesitaré dos o tres muchachos que me ayuden. Que los elija el Bizco e indique el lugar de reunión.

Los dos hombres fueron a la puerta. Zubian siguió con la mirada a Carleton cuando salía de su nueva residencia. Volviendo a su butaca, encendió un cigarrillo sonriendo, mientras miraba por la ventana las luces parpadeantes que brillaban en medio del resplandor de Manhattan.

Allá fuera, en algún lugar desconocido, estaba La Sombra, un enemigo formidable, la espectral figura de negro. Pero Félix Zubian no estaba preocupado. Sus planes estaban trazados.

A la noche siguiente, el rey del misterio, sería vencido por la estrategia del hombre que se llama a sí mismo la sombra de La Sombra..

¡A la noche siguiente se vería!

CAPÍTULO XXII
CARLETON DA ORDENES

A las cuatro de la tarde siguiente, Shelton Milbrook visitó la casa de Stanford Devaux. Frunció el ceño cuando estaba en el recibidor, pues veía a Douglas Carleton en el otro lado del salón.

Un criado se acercó e introdujo a Milbrook al estudio de Devaux, situado en el primer piso. Al pasar por la puerta del salón, distinguió a Virginia Devaux sentada al piano. Los ojos risueños de la muchacha brillaron al ver al hombre mirar en su dirección.

Shelton Milbrook no era una persona desconfiada ni recelosa. Sin embargo, Douglas Carleton no le gustaba.

No era porque amase a Virginia Devaux. Milbrook era un hombre demasiado noble para sentir antagonismo por esa causa. Simplemente tenía la intuición de que Carleton era un individuo sospechoso, capaz de cometer cualquier felonía.

El representante del Sindicato tenía constantemente en el pensamiento a Virginia Devaux. Sabía que la muchacha no era dichosa y que lo admiraba.

La idea de que la obligarían a casarse con un sujeto como Carleton era inquietante. Había logrado hablar a la joven durante sus recientes visitas a la mansión de los Devaux.

Ella había insinuado que detestaba profundamente a su prometido. Esto aumentó la antipatía que Shelton Milbrook sentía por Carleton.

Stanford Devaux saludó al representante del Sindicato de Diamantes al entrar en el estudio. La puerta se cerró tras ellos; y los dos hombres se pusieron a conversar.

-Con respecto a esta noche-manifestó Milbrook-, debo asegurarme de una cosa. ¿No ha dicho usted a nadie que me telefoneó acerca de los diamantes?

-No-respondió Devaux-. No he hablado a nadie desde anoche.

-En ese caso no hay ningún riesgo en que yo traiga la colección entera, como usted ha solicitado. Desde luego, comprenderá usted que unos diamantes sin tallar, valorados en dos millones de dólares no pueden ser tratados descuidadamente. Por lo tanto, estaré armado; y abrigo la intención de venir acompañado por otro hombre.

-Ciertamente. Espero que tomará usted toda clase de precauciones contra un posible riesgo, aunque estoy seguro de que no ocurrirá tal cosa.

-Su compra, señor Devaux, ¿será ciertamente lo bastante grande para justificar el riesgo que asumo?

-Espero comprar por valor de medio millón de dólares-declaró el multimillonario-. Pero tengo que ver la colección entera antes de efectuar mi elección.

-Conforme-asintió Milbrook-. Tengo que hacerle otra pregunta: ¿quién estará presente aquí, además de usted?

-Mi hija-informó Devaux-, y posiblemente su prometido, el señor Carleton.

Milbrook frunció los labios y arrugó el ceño.

Devaux observó la expresión y preguntó:

-¿Objeta usted algo?

-No-respondió Milbrook, pensativo-. En realidad, prefiero que el señor Carleton esté aquí a en otra parte cualquiera.

La respuesta fue significativa.

Devaux arqueó las cejas; luego soltó una risita. Se levantó de su butaca y acercándose a su visitante le palmoteó el hombro.

-¿De modo que desconfía de Carleton?-exclamó-. Es ridículo, Milbrook. Douglas es un hombre de alta posición social. Posee un millón.

-¿Ha visto usted alguna vez ese millón?-preguntó el representante, en tono significativo.

-¡Qué idea más ridícula!-rió Devaux-. Carleton está prometido a mi hija. Yo he aprobado su casamiento. Eso es suficiente, Milbrook. Indudablemente yo conozco más acerca de Carleton que usted.

-Perfectamente-repuso el vendedor-. No formularé ninguna objeción a su presencia. Pero si usted me ve vigilarle, no proteste. El individuo me es antipático.

Tras estas palabras, partió después de manifestar que visitaría más tarde la oficina del Sindicato, para regresar con los diamantes antes de las nueve.

Por el tono de la voz hubiérase dicho, que los diamantes ya habían sido retirados de la cámara acorazada del Sindicato.

Stanford Devaux no parecía estar interesado en el asunto. Esperaba poder examinar la colección de diamantes en su estudio.

Al pasar delante del salón, camino del recibidor, Milbrook distinguió de nuevo a Virginia. Comprendió que la muchacha había estado vigilando su regreso. Un profundo rubor se extendió por el rostro de la joven, cuando sus ojos se encontraron con los del hombre que ella adoraba.

-Supongo que quieres a ese sujeto-gruñó Carleton, pocos minutos después de marcharse el otro-. Eso sería propio de ti, Virginia, elegir a un tipo de cara de bruto como Milbrook.

La muchacha le dirigió una mirada retadora. Se levantó y fue a la puerta del salón. Allí se detuvo para lanzarle unas palabras de despedida.

-Olvidas-dijo-, que estás en la casa de mi padre y que el señor Milbrook es un amigo suyo. Si pretendes establecer comparaciones entre tú y el señor Milbrook, sería mejor que imitases su cortesía y comportamiento. Podrías aprender mucho, para tu bien. Shelton Milbrook es un caballero, no sólo en apariencia.

La muchacha salió del aposento.

Carleton la siguió con la mirada y fruncido el ceño. Luego profirió una carcajada, se incorporó calmosamente, subió la escalera y entró en el estudio de Stanford Devaux.

-Ah, Carleton-observó Devaux-, un caballero me hablaba hace un rato de ti.

-¿Quién?-inquirió el joven-. ¿Milbrook?

-Sí.

-¿Qué tuvo que decir?

-Dudaba de que era prudente que estuvieses presente esta noche. Declara que no está convencido de tu honradez,

-¿Sí? ¿Qué le dijo usted?

-Disipé sus temores. Podrás estar presente, bajo su observación...

-¿Mencionó a Virginia?

-No.

Carleton se puso pensativo. Dirigió a Stanford Devaux una mirada significativa.

-Se ha enamorado de él-dijo, en voz baja-. Mientras Milbrook ronde por aquí, mi situación será violenta. Ese sujeto es un provocador. ¿No le dijo usted que yo le sugerí que trajese los diamantes?

-No-sonrió Devaux-. Eso podría haberle hecho cambiar su propósito.

-Hum-murmuró el joven-. Tenemos que hablar de esto... después de cenar. Entretanto ¿me permite usar su teléfono?

-Ciertamente-asintió Devaux.

El millonario se levantó y salió del aposento. Pasó cerca de Virginia en el pasillo y le dirigió una mirada interrogante, sospechando que había estado escuchando su conversación con su prometido. No se cruzó ninguna palabra entre el padre y la hija. Descendieron juntos la escalera.

Cuando estuvo a solas, Douglas Carleton habló por teléfono a Félix Zubian.

Sus palabras fueron significativas. Añadieron una nueva tarea a las operaciones de la noche.

-Asegúrate-dijo en voz baja-, de que "despachen" a Milbrook esta noche. Sabe demasiado.

CAPÍTULO XXIII
LA OFICINA DEL SINDICATO

La luz azul brillaba en el santuario de La Sombra. Dos manos blancas tomaban anotaciones en una hoja de papel. Un girasol arrojaba sus destellos tornadizos desde un dedo del hombre de las tinieblas.

Las notas que La Sombra tomaba se referían, evidentemente, a las actividades de ciertas personas contra quienes había actuado recientemente.

Entre esas notas aparecieron varios nombres: Gats Hackett, Bizco Freston y otros pistoleros inferiores.

Luego la mano de La Sombra escribió los nombres de Douglas Carleton y Félix Zubian. Aunque la pareja eran unos ases del crimen, no habían logrado escapar a la atención del fantasma de la noche.

Donde Lamont Cranston fue espiado, en el club Cobalto, Enrique Arnaud se convirtió en espía. Relacionó muchos detalles sueltos. Aun ahora, tenia en la mano un papel donde se leían los nombres de dos personas: Stanford Devaux y su hija Virginia.

Un puntito de luz brilló sobre la mesa. Las manos del rey de la noche cogieron un par de auriculares. Estos desaparecieron en la oscuridad, para ser ajustados a una cabeza invisible. Una voz cuchicheó en el instrumento.

-Informe.

-Burbank al aparato-dijo una voz, desde el otro extremo del hilo-. Informe de Cliff Marsland. Ha ingresado en la nueva banda de Gats Hackett. Operación esta noche. Preparados para salir a las ocho y media. Clyde Burke sigue. Informará cuando reciba señal de Marsland.

Los auriculares pasaron al otro lado de la mesa. El puntito luminoso dejó de brillar. El fantasma de la noche emitió una risa suave en la oscuridad. Sus planes se desarrollaban de una manera satisfactoria esa noche.

Se había anticipado al siguiente movimiento de Gats Hackett. Dado que sus enemigos conocían a sus agentes Harry Vincent y Rutledge Mann, los había colocado en lugar seguro fuera de todo peligro. Pero en Nueva York, disponía de otro par de ayudantes competentes, a quienes llamó para prestar servicio.

Uno era Cliff Marsland, que tenía acceso a los bajos fondos sociales. La gente del hampa creía que era uno de su calaña. De aquí que cuando Gats Hackett reclutó su nueva pandilla-cosa que La Sombra había previsto-fue admitido como miembro de las nuevas fuerzas.

El otro era Clyde Burke, un reportero. Se le había asignado la labor de seguir a Cliff Marsland, con el objeto de que el supuesto gangster pudiese darle una señal, cuando Gats Hackett y su banda se hubiesen reunido en cierto lugar.

Transcurrieron varios minutos mientras que las manos de La Sombra seguían moviéndose entre los papeles. Poco antes de las nueve, la lucecita formó un puntito en la mesa. La Sombra se puso en comunicación de nuevo con Burbank.

-Banda delante del Sindicato de Diamantes-informó el agente de enlace, en su tono reposado-. Asalto planeado. Las nueve y media es la hora.

-Instrucciones a Burke-ordenó la voz de La Sombra-. Visite a Cardona, en la Jefatura. Que lo entretenga con una entrevista hasta después de las nueve y media.

La lucecita desapareció. La luz azul se extinguió. El cuarto quedó sumido en una completa oscuridad. Una risa escalofriante hendió las tinieblas. Se oyó el fru-fru de una capa entre los tonos crispantes. El rey de la noche se había esfumado.

Un cuarto de hora más tarde, una figura casi invisible penetró en el interior del edificio donde estaba instalada la oficina del Sindicato de Diamantes.

Penetró por una ventana del piso octavo.

La figura de La Sombra se fundió en la lobreguez de los pasillos, Pasó junto a la puerta entornada de una oficina desocupada.

Allí escuchó.

-Prepárate, Bizco-cuchicheó la voz de Gats Hackett-. Espéranos a las nueve y media. A esa hora los muchachos empezarán a actuar.

-Sí-respondió el minúsculo gangster-. Vais a echar a La Sombra por aquí ¿eh?

-Seguramente-declaró Gats, en tono fanfarrón:- Esta noche topará con mis pistolas, a menos que lo atrapen cuando intente entrar. Esta noche van a salir las cosas bien. Puedo volar la tapa de ese cacharro en dos minutos. Tú te largarás con los diamantes. Yo me quedaré aquí para "despachar" a La Sombra. A ése me lo "cargo" yo esta noche.

-¿Y si no viene?

-¿Que no viene?-dijo Gats en tono despectivo-. ¿Ese zorro? Apuesto las orejas a que vendrá. Con Gaffer, Fuzz, Martín y ese Marsland vigilando el edificio, notarán alguna cosa. Tiene que ser un as para burlar a esos muchachos.

La Sombra continuó avanzando. Pasó por otros lugares, donde varios pistoleros acechaban en silencio.

Gats Hackett había dicho la verdad al declarar que sería difícil que La Sombra entrase sin ser visto. En realidad, no había escalado la pared sin que le hubiesen visto.

Su figura espectral fue distinguida por un individuo que vigilaba aquella parte determinada del edificio: por Cliff Marsland, su propio ayudante.

Una llave se introdujo en la cerradura de la oficina del sindicato. Era una cerradura formidable, que Gats Hackett esperaba fracturar de un golpe violento. Pero la mano de La Sombra la abrió silenciosamente.

Un Instrumento negro y diminuto, de acero, ejecutó la operación sin ninguna dificultad.

Una vez dentro de la oficina, cerrada la puerta tras de él, el hombre de la noche avanzó hasta llegar a una caja de caudales situada en un rincón.

Ayudado por el puntito redondo de una lámpara de bolsillo, su mano izquierda empezó a maniobrar sobre los discos. La mano no estaba enguantada; los dedos sensitivos no sufrían ningún impedimento. Los matices místicos del girasol fulguraban.

La puerta de la caja de caudales se abrió. El puntito luminoso de la lámpara eléctrica, un círculo pequeño, sondeó el interior. Llegó, al fin, a su objetivo.

El examen de la caja metálica fue completo y minucioso.

¡La caja de caudales estaba vacía!

La luz se extinguió. Hubo una breve pausa, mientras un cerebro agudo y excepcional buscaba la respuesta a este enigma inesperado.

Luego, una risa suave, apenas perceptible, resonó delante del arca; y sus tonos repercutieron cuchicheados de la misma manera fantástica por el interior de acero de la caja fuerte abierta.

La puerta del arca cerróse suavemente mientras los ecos emergían aún.

¡Allí, en la oscuridad, parecía que La Sombra había encerrado su propia risa burlona dentro de la caja de caudales!

La capa negra sonó con rumor de fru-frú cuando el hombre de las tinieblas cruzó con rapidez la sala. La linterna sorda se enfocó sobre un teléfono. La luz se apagó. Una voz cuchicheada pidió un número.

Sucedió una breve pausa. Los tonos de una voz brusca vinieron del otro extremo del hilo. El detective Cardona se puso al aparato en el otro extremo de la línea.

-Sí, habitación ocho-seis-cuatro, en el edificio Archivo, oficinas del Sindicato de Diamantes. Ladrones de cajas de caudales aquí. Venga en seguida.

El receptor emitió un chasquido. La figura de La Sombra se dirigió a la puerta. Unas manos invisibles corrieron la cerradura y giraron el pomo. La puerta se abrió. El camino estaba libre para que la partida de La Sombra fuese invisible.

El fantasma de la noche apareció, para poner a salvo los diamantes antes de la entrada de los ladrones. Llegó demasiado tarde, pues halló que los diamantes habían desaparecido. Ahora disponíase a buscarlos.

La Sombra se detuvo en seco. Alguien descendía por el pasillo. Era el vigilante que comprobaba si las puertas estaban cerradas.

La puerta empezó a cerrarse. La Sombra permaneció inmóvil dentro de la oficina. La puerta no se cerró del todo. Una interrupción hizo que quedase entornada.

Unas figuras vagas saltaron en el silencio del corredor. Una de ellas, atacando en la oscuridad, derribó al vigilante. La linterna del viejo rodó con estrépito por el suelo.

¡La voz cascada de Gats Hackett daba una orden! ¡El gangster, impaciente, dirigía el ataque antes de la hora señalada, las nueve y media!

La puerta de la oficina del sindicato estaba cerrada. En el pálido resplandor que emergía de la ventana, la figura de La Sombra formaba una silueta borrosa y fantástica. Ambas manos enguantadas se movían, sacando dos pistolas automáticas de debajo de los pliegues de la capa negra.

En Jefatura, José Cardona gritaba como un loco unas órdenes. Los agentes corrían, obedeciendo. Dando un puñetazo en el escritorio, el famoso detective dio sus instrucciones finales.

Recordando entonces a Clyde Burke, volvióse hacia el silencioso reportero, que le contemplaba pasmado de asombro.

-¡Venga, Burke!-gritó el Inspector-. Quiere usted una historia... ¡la tendrá! Acabo de recibir una confidencia. ¡Están volando una caja de caudales en el Sindicato de Diamantes!

-¡Una confidencia!-exclamó Burke, poniéndose en pie de un salto para seguir al detective-. ¿De quién, Cardona?

-¡Lo averiguará usted!-respondió el sabueso-. Usted lo averiguará... tal vez.

Era la última manifestación que José Cardona pensaba hacer respecto de la identidad del hombre que le había telefoneado.

Pues el detective había recibido estas confidencias en otras ocasiones.

Conocía perfectamente el sonido de la voz espectral que había oído.

Tenía delante una noche accidentada, de labor peligrosa. La patrulla salía a una cosa segura; no se trataba de una broma. El famoso detective sabía que habría muchos tiros.

¡José Cardona había reconocido la voz de La Sombra!

CAPÍTULO XXIV
PISTOLAS HUMEANTES

La puerta de la oficina del Sindicato de Diamantes se derrumbó hacia dentro, cuando un fuerte empujón la arrancó de las bisagras. Un grupo de pistoleros penetró en la sala. El lugar quedó inundado de luz, cuando el resplandor de tres potentes antorchas eléctricas proyectaron sus rayos sobre la caja de caudales.

-¡Esa es!-gritó la voz de Gats Hackett-. Apartaos...

Su voz se detuvo en seco. Del centro de la habitación brotó una risa sarcástica y siniestra. Una figura espectral quedó revelada por el resplandor de las antorchas.

¡En el sendero de la luz, blanco perfecto para las pistolas de la banda, aparecía la fantasmal figura de La Sombra!

No había tiempo que perder esa noche. Acorralado por el prematuro ataque que Gats había iniciado, La Sombra se metía en la zona de peligro.

Le esperaba otra misión. Su presencia era necesaria en otra parte. La cautela y las sorpresas, fueron descartadas por el hombre de negro al enfrentarse deliberadamente con sus enemigos.

Los pistoleros vieron a La Sombra; pero él estaba preparado. Su cuerpo era visible; los de los gangsters no lo estaban. Pero mientras los bandidos empuñaban armas que tenían que levantar, las pistolas automáticas de La Sombra ya lo estaban.

Su risa sardónica no tuvo ecos. Fueron ahogados en el estruendo de las detonaciones, cuando las pistolas dispararon una lluvia de plomo en dirección de los alarmados malhechores.

Cayeron cuerpos al suelo.

De labios rugientes que se cerraron para no abrirse nunca más, salieron maldiciones ahogadas. Varias linternas destrozadas rodaron por el suelo. Con una furiosa descarga de sus pistolas, el rey de la noche se abrió paso.

En el suelo yacían amontonados los cuerpos de la nueva banda de asesinos, bandidos que jamás volverían a matar obedeciendo órdenes de su siniestro jefe.

Un solo tiro respondió a la descarga de La Sombra. Fue Bizco Freston quien disparó. Abatido con los otros, el minúsculo gangster logró disparar un tiro en respuesta. Pero la mano que empuñaba el revólver temblaba. El tiro salió errado.

El Bizco se echó de costado sobre el cuerpo de otro pistolero. Un chillido de rata salió de sus labios. Aquel chillido fue el grito de muerte del Bizco. Había sido herido mortalmente por una bala.

La pistola automática desapareció debajo de la capa de La Sombra. Había usado todos los cartuchos. Sus manos emergieron, empuñando otro par de pistolas. De un salto, la figura vestida de negro pasó por encima de la masa de cuerpos amontonados que obstruían el umbral, y salió al pasillo.

Varios pistoleros huían intentando escapar de la furia de La Sombra. Las escasas reservas que quedaron de vigilancia se dirigían a la escalera.

Les acompañaba en la huida el único hombre que salió ileso de la mortífera descarga; el único que mostraba tanta ansiedad por avanzar y que ahora era quien más corría en dirección opuesta.

Gats Hackett, escurriéndose al distinguir a La Sombra, huía como alma que lleva el diablo en dirección de la calle.

El fantasma de la noche les seguía; sin embargo, Gats, a pesar del terror que le poseía, recuperó el valor al llegar a lo alto de la escalera.

Gritó con voz tronante a sus secuaces. Ante la voz imperiosa, los pistoleros fueron deteniéndose en la escalera.

-¡Poneos al acecho!-rugió-. ¡Ocultaos! ¡Baja por aquí! ¡Matadlo! ¡Matad a La Sombra!

La revelación del nombre del enemigo llenó de rabia y espanto a los malhechores. Varios continuaron huyendo. Los otros reconocieron la sabiduría de la orden del jefe y se prepararon a atacar.

Las hordas del crimen odiaban a La Sombra. Todos los miembros de la siniestra banda, anhelaban llegara el día en que pudieran conquistar la gloria de matar al terror del hampa.

Unos segundos después de haber dado Gats sus órdenes, los pistoleros se pusieron al acecho en la escalera, dispuestos a hacer fuego en cuanto se aproximase una figura fantasmal.

-Quédate aquí-cuchicheó Gats a uno-, y vigila mientras yo echo un vistazo. Quizá haya vuelto al lugar donde lo dejé.

Empuñando sus revólveres, avanzó con sigilo y determinación. El odio dominaba a su temor. Su orgullo salía a la superficie. Sería el vengador que el hampa entera aclamaría.

¡Gats Hackett, vencedor de La Sombra!

¡Escudriñando la escalera, distinguió a La Sombra! Vió un instante a la figura espectral que desapareció en la oscuridad.

En aquella fracción de segundo, divisó la cabeza y los hombros del fantasma desapareciendo por el antepecho de una ventana en el fondo del corredor.

Ahora sabia cómo llegó La Sombra a la oficina. Comprendió que el rey de la noche salía por el mismo camino, creyendo que nadie le veía.

Gats, dando un salto, llegó a la ventana. Se asomó al exterior. Debajo, en el fondo, distinguíase un patio. Entre la ventana y el patio, observó una masa de negrura.

La Sombra descendía; sus manos y sus pies se agarraban a la tosca superficie pétrea de las paredes del edificio.

¡Esto señalaría el fin del odiado personaje! Sacando más aún la cabeza, Gats apuntó ambos revólveres hacia abajo. Su famosa puntería no fallaría.

¡La Sombra, indefenso en la pared, no podía replicar!

Buscó a tientas, con los dedos, los gatillos. Mirando abajo, distinguió un ligero movimiento; luego, de la masa negra, dos ojos centelleantes miraron hacia arriba.

¡Los ojos de La Sombra! ¡Serían el blanco de Gats Hackett!

Los dedos descansaban en los gatillos. En la fracción de un segundo, los pistolones del gangster terminarían la vida de un hombre que el hampa entera temía.

La Sombra permanecía inmóvil. Gats reía jubiloso. Esto era lo mismo que tumbar a un pájaro de la percha de un salón de tiro.

Descansando como un murciélago en el costado de la pared, La Sombra hizo un movimiento que el gangster no vió. Mientras sus ojos miraban hacia arriba, La Sombra había apartado la mano derecha de la pared. Debajo de la capa negra, esa mano se movió hacia arriba.

Se extendió por la pared, en el mismo momento en que el gangster apuntaba sus pistolones hacia los ojos que viera antes.

A doce metros de distancia iba a celebrarse un duelo sobre la pared vertical de un edificio.

¡La Sombra contra el mejor tirador de los bajos fondos! Esa era la escena.

Gats, con dos revólveres, apuntaba hacia abajo; La Sombra, con una sola pistola automática ascendiendo a lo largo de la pared a que estaba agarrado.

Una fuerte detonación esparció sus ecos por el patio. Fue la secuela de una llamarada que ascendió a lo largo de la pared pétrea. El cuerpo de La Sombra tembló por la fuerza del retroceso al disparar su pistola.

Gats Hackett oprimía los gatillos de sus armas cuando La Sombra disparó.

Instantáneamente los brazos del gangster saltaron hacia arriba, como los miembros de un títere movido por unos hilos.

Los revólveres tronaron, pero sus balas salieron erradas. Los proyectiles se aplastaron contra el pavimento del patio.

La Sombra no volvió a disparar. Su cuerpo osciló; luego logró mantenerse agarrado a la pared.

El cuerpo de Gats Hackett, proyectándose por la ventana, actuó de una manera extraña. Primero, sus brazos descendieron. Las manos soltaron los pistolones, que cayeron uno a cada lado del cuerpo de La Sombra.

Cuando los revólveres cayeron rebotando en el patio, el cuerpo retorcido de Gats quedó un instante con la cabeza caída. Mortalmente herido por la bala de La Sombra, el gangster no pudo salvarse. Cayó de cabeza desde la ventana al fondo del patio, con un grito de terror en sus labios moribundos.

La Sombra dio una vuelta cuando su enemigo caía. En lugar de continuar de cara a la pared, la figura de negro giró como sobre un eje. Su brazo izquierdo asió el borde una ventana, quedando colgado precariamente, mientras el cuerpo remolineante del gangster pasaba por su lado.

Una de las manos del bandido tocó los pliegues flotantes de la capa de La Sombra. Los dedos inertes no pudieron agarrarse.

¡El siniestro asesino, que luchara su última batalla contra el invencible rey de la noche, se estrelló contra el pavimento del patio!

La elevada figura de negro descendió al silencioso patio y se hundió en la oscuridad. Oyéronse nuevos ruidos a través de la noche: la estridente sirena de un automóvil de la policía, seguido de varios silbidos de pitos.

Los pistoleros que esperaban en la calle huyeron. Cliff Marsland, apostado en un ángulo del edificio, fue el único que presenció la feroz lucha en la pared.

Sus ojos fueron atraídos por el sonido de la pistola automática de La Sombra. Su jefe estaba a salvo, observó. Ahora tenía el deber de abandonar la zona de peligro para evitar molestias de la policía.

Una figura vestido de negro se deslizó de la entrada al patio. Un instante después, un agente entraba corriendo. El policía se detuvo en seco, cuando su lámpara de linterna reveló la figura de lo que había sido un hombre.

Era el cuerpo del gangster, un cadáver destrozado que yacía en un montón, acurrucado. Cerca del cadáver aparecían dos objetos relucientes, que brillaron cuando la luz de la linterna se proyectó sobre ellos.

Eran los pistolones con que Gats Hackett intentó matar a La Sombra.

CAPÍTULO XXV
ORDEN DE MUERTE

-Bien, Milbrook; veamos los diamantes.

La voz de Stanford Devaux tenía un tono de impaciencia. Shelton Milbrook había llegado más tarde de lo que se esperaba. Eran las nueve y media.

En respuesta a la petición de Devaux, el representante del Sindicato de Diamantes giró la vista en derredor del aposento. Estudió la topografía. Había dos puertas: una, dando al vestíbulo; la otra, a una habitación contigua, que daba al pasillo.

Hallábanse presentes Stanford Devaux, su hija y Douglas Carleton. Además, Milbrook había llevado consigo a un hombre, un detective particular, que permanecía silencioso, en pie, a su lado.

-Monroe-dijo Milbrook al detective-, vea si esa puerta que da al vestíbulo está cerrada con llave.

El sabueso, un individuo bajo y de cabellos rubios, obedeció. Anunció que estaba cerrada con llave. Milbrook le ordenó que se apostase al lado de la puerta y vigilase el umbral de la habitación contigua. Monroe sacó un revólver de cañón chato.

-Estas precauciones son necesarias-declaró el representante del Sindicato de Diamantes-. Tengan la bondad de recordar que estos diamantes valen unos millones.

Las palabras no impresionaron a Stanford Devaux. Douglas Carleton miró con hostilidad. Virginia Devaux estaba sentada en una butaca, inclinada hacia delante, mirando con atención. Sus ojos brillaban al mirar a Milbrook.

El comerciante en diamantes se desabrochó la americana y el chaleco.

Aparecieron a la vista un par de revólveres, colgando junto a los hombros.

Depositó las armas encima de la mesa, delante de él. Luego sus manos se dirigieron a su espalda desatándose un cinto que le cruzaba la pechera de la camisa. El cinto contenía los diamantes sin tallar.

-Toma precauciones-comentó Douglas Carleton.

Milbrook le dirigió una mirada. Observó algo en los ojos del joven que le hizo entrar en sospechas.

-Cuando se llevan encima dos millones de dólares...

-¿Dos millones de dólares?-inquirió Carleton-. ¿Quiere decir que lleva, ahí diamantes por ese valor?

-Sí-replicó Milbrook, poniendo el cinturón en la mesa y empezando a abrirlo.

Cuando las gemas aparecieron a la vista, seguía observando al joven.

El pomo de la puerta del vestíbulo estaba girando. Milbrook no lo vió; tampoco Monroe, el detective.

Alguien había abierto aquella barrera. La puerta se abría. Una mano entró en el aposento. El cañón de un revólver apretó las costillas de Monroe.

-¡Manos arriba!-ordenó una voz.

Monroe titubeó. Otra mano le arrebató el revólver. Indefenso, alzó las manos. Todos los presentes en la habitación ejecutaron instintivamente la misma acción.

Shelton Milbrook, con las manos en alto, dirigía una mirada hostil hacia los hombres que acababan de entrar.

Evidentemente eran gangsters. Tres. Pero el individuo que se mantenía detrás, tenía un aspecto más impresionante. Llevaba un antifaz. Solamente Douglas Carleton reconoció las facciones.

Félix Zubian era el jefe de estos bandidos.

La habitación se convirtió en un cuadro inmóvil. El propósito de los intrusos era evidente. Al cabo de unos minutos, los diamantes habrían desaparecido.

Virginia se percató de ello al mirar a Shelton Milbrook. La muchacha estaba asombrada de ver que Milbrook ya no miraba a los invasores. En lugar de ello, tenía la vista clavada en Douglas Carleton.

El joven deportista sonreía. Para él, este final era la culminación de un deseo y sus ambiciones. Las palabras que cruzara con Milbrook fueron la señal para la entrada de Zubian. El plan había salido a la perfección.

Para Shelton Milbrook, la traición de Douglas Carleton era clarísima. En su furia, gritó la verdad para que todos la oyeran. La coartada que hubiese concebido Carleton, quedaría anulada para siempre por la denuncia de Milbrook:

-¡Esto es obra suya, bandido!-gritó Milbrook, en tono de reto-. ¡Usted ha planeado este robo! ¡Me las pagará! Pongo por testigo a usted, Devaux...

La frase de Milbrook terminó al observar el semblante de Stanford Devaux.

El millonario habla adoptado una aptitud de indiferencia.

Shelton Milbrook comprendió de súbito.

Douglas Carleton contemplaba burlonamente al agente del Sindicato de Diamantes. Mas, al ver a Virginia Devaux, comprendió que la farsa había ido demasiado lejos. La muchacha no acertaba a comprender lo que sucedía; pero si el vendedor de diamantes continuaba denunciándole, lo sabría todo.

Había llegado el momento de terminar con el hombre a quien odiaba a muerte.

Dirigió una mirada a Félix Zubian. Una sonrisa se dibujó bajo el antifaz negro.

Los tres pistoleros cubrían el aposento. Uno apuntaba a Shelton Milbrook. A este gangster habló Zubian.

-¡Despáchalo!-ordenó fríamente-. ¡Mata a ese hombre que está junto a la mesa!

El pistolero sonrió e hizo un gesto de asentimiento. Había entrado esperando que la operación seria dura esa noche. Y matar a un hombre indefenso, resultaba la cosa más fácil del mundo.

Shelton Milbrook, mirando furioso a Carleton todavía, ignoraba el peligro que le amenazaba.

-¡Ladrón! ¡Bandido!-gritó-. Usted no es el único que...

Se interrumpió presintiendo la amenaza del revólver del gangster. Mirando en dirección del cañón, observó que el dedo temblaba sobre el gatillo.

Comprendió que le iban a matar, porque sabía la verdad.

Calmosamente, el dedo del pistolero movióse hacia atrás, oprimiendo el gatillo con frialdad. La pistola apuntaba al corazón de Milbrook.

Un disparo retumbó en el aposento. Fue seguido del ruido de cristales rompiéndose.

El cristal de la ventana cayó hacia el interior, cuando una mano enguantada de negro disparó una pistola automática.

El pistolero que iba a matar a Shelton Milbrook no llegó a disparar el tiro fatal. En lugar de ello, se bamboleó y cayó de bruces, fulminado por una bala disparada por una mano invisible.

Un grito frenético salió de la garganta de Douglas Carleton. Había reconocido a la figura que penetraba por la ventana: una figura fantasmal, ante la cual los pistoleros retrocedieron..

-¡La Sombra!

Fue el nombre que brotó de los labios de Douglas Carleton.

¡Únicamente el rey de la noche habría sido capaz de ejecutar aquel acto de audacia!

¡Únicamente La Sombra podía haber descubierto los planes de los enemigos que pretendían burlarle!

CAPÍTULO XXVI
SALDANDO CUENTAS

Llegando oportunamente, sobre la escena, La Sombra, alto e imponente, dominaba al grupo que se encontraba en el estudio de Stanford Devaux.

La presencia de este superhombre llenó de espanto a todos.

Para Douglas Carleton, significaba el fin desastroso de sus siniestros planes; para Shelton Milbrook, una liberación asombrosa de una muerte cierta.

El gangster herido se retorcía en el suelo; su pistola se hallaba a cuatro pasos de sus manos inertes. Nadie le prestó atención. Todas las miradas estaban clavadas en el fantasma de la noche. Los otros dos pistoleros habían soltado sus armas. Permanecían con las manos en alto, y Félix Zubian les imitaba.

Una risa suave salió de unos labios invisibles cuando los ojos centelleantes de La Sombra atravesaron a los asesinos. Aquellos ojos se volvieron hacia Douglas Carleton. Luego hacia Félix Zubian.

El misterioso personaje volvió a reír.

-Félix Zubian-cuchicheó de una manera escalofriante-, tú eres culpable porque planeaste este robo y unos asesinatos.

El rostro cubierto por el antifaz palideció. El cuerpo de Zubian tembló al aproximarse La Sombra al centro del estudio. El personaje de negro clavó la mirada en Douglas Carleton, que trataba de esquivar aquellos ojos fulminantes.

-Tú, Douglas Carleton-apostrofó La Sombra, en su aterrador cuchicheo-, eres un traidor. ¡Has descendido los últimos peldaños del crimen!

El hombre del misterio hizo una pausa. Sus ojos giraron alrededor del estudio. Sus pistolas automáticas, enormes en sus manos enguantadas de negro, eran armas que nadie osaba desafiar. Emitió una carcajada cuando su mirada de águila se posó en Stanford Devaux.

-Ahí está presente uno-declaró en tono frío y espantoso-, cuya culpabilidad es mayor que la de todos los otros. Ese hombre planeó el robo, un asesinato; una traición, tratando al mismo tiempo de conservar su apariencia de respetabilidad. Ese hombre ha descendido al más vil de los crímenes. Iba a sacrificar a su única hija, a casarla con otro bandido para desarrollar los

planes de robos y asesinatos que han financiado. Ese hombre está delante de nosotros en estos momentos. ¡Tú eres ese miserable, Stanford Devaux!

La verdad de las palabras de La Sombra era evidente.

Devaux desorbitados los ojos, las manos en alto, mostraba su culpabilidad.

Shelton Milbrook miraba fríamente a Devaux. Había adivinado la verdad.

Virginia Devaux sollozaba.

Las palabras de La Sombra explicaron un hecho que Félix Zubian adivinó la noche anterior: que Douglas Carleton no era más que un instrumento en las manos de un hombre más hábil, que desarrollaba unos planes de gran envergadura sin peligro para él.

Era evidente por qué motivo Devaux favoreció el noviazgo de su hija con Carleton; era claro por qué razón dijo a Milbrook que llevara los diamantes esa noche; también resultaba obvio el origen de los fondos que manejara Carleton para ayudarle en sus planes.

Los bandidos fueron desenmascarados por el vengador. Se había evitado un asesinato; y se habían frustrado planes de gran envergadura.

No era posible escapar del poder de La Sombra. Ni Zubian ni Douglas Carleton, miserables cobardes ambos, se atrevieron a ofrecer resistencia al temible personaje de negro.

Fue Devaux quien actuó de una manera inesperada. Aunque debería haber comprendido que la situación era desesperada, el bandido y millonario obró impulsado por una ráfaga de locura.

Dando un salto frenético, se lanzó sobre la figura vestida de negro. Sin pensar en la muerte que le esperaba, intentó dominarla.

Antes de que el hombre del misterio pudiese replicar, su atacante se le echó encima.

La Sombra se tambaleó en la presa del super criminal. Un grito salvaje de triunfo salió de las gargantas de los secuaces de Devaux. Se lanzaron a la batalla contra el común enemigo.

El rugido de una pistola automática resonó por el cuarto. El cuerpo de Devaux se desplomó al suelo. La Sombra había abatido a su diabólico enemigo.

Zubian y Carleton avanzaban; ambos empuñaban armas; y les acompañaban dos pistoleros.

Al mismo tiempo, Monroe, el detective, fue a recoger su revólver, mientras Shelton Milbrook extendía las manos para coger los suyos.

A pesar de la comprometida situación del hombre que le había salvado la vida, Milbrook creyó necesario cumplir otro deber. Cogiendo el cinto con los diamantes, levantó en peso a Virginia Devaux y la llevó a la habitación contigua. Volvió, al instante, para ayudar a La Sombra, que evidentemente sostenía una furiosa batalla, a juzgar por las detonaciones ensordecedoras.

Al llegar a la puerta vió una escena caótica. Douglas Carleton yacía postrado en el suelo; los dos pistoleros aparecían tendidos hechos un ovillo. Un poco más allá se hallaba Monroe, el detective, herido en la refriega.

No vió señal del hombre enmascarado; el que La Sombra llamara por el nombre de Félix Zubian.

¡Pero vió a La Sombra!

¡Levantándose del suelo, cual ave fénix, entre los restos de sus enemigos, el luchador vestido de negro lanzaba su risa burlona de triunfo!

CAPÍTULO XXVII
EL ÚLTIMO TIRO

Volviendo a la habitación, donde dejara a Virginia Devaux, Shelton Milbrook encontró a la muchacha sentada en el suelo, con la cabeza hundida en las manos. La joven lloraba los terribles acontecimientos que había presenciado, la habían impresionado mucho.

Milbrook, libre ya de todo temor, se inclinó sobre la muchacha y la levantó en sus brazos. Las armas quedaron olvidadas; también el cinto de diamantes.

Los millones no parecían nada, comparados con la joven a quien adoraba.

El tiroteo había cesado en el otro cuarto, gracias a La Sombra. Milbrook no pensaba más que en consolar a la muchacha, que había oído la desdichada historia de los planes diabólicos de su padre.

Un ruido súbito llamó su atención. Se volvió con rapidez y se encontró frente a Félix Zubian.

El bandido internacional ya no estaba enmascarado. Tenia el rostro lívido de rabia. Había entrado por el pasillo a esa habitación y Milbrook comprendió que debió huir allí, mientras La Sombra luchaba con los pistoleros.

Con una sonrisa burlona, Zubian apuntó con un revólver a Milbrook.

Teniéndole encañonado, el bandido cogió el cinto de los diamantes con la mano libre. Luego, en lugar de retirarse, se acercó más.

-¡Tú sabes demasiado!-rugió-. Mientras vivas, tu vida amenazará la mía. ¡Por lo tanto morirás!

Milbrook observó que era demasiado tarde para ofrecer resistencia. Si intentaba lanzarse contra el criminal, no haría más que precipitar su propia muerte. Un grito provocaría su muerte instantánea.

Pensó en La Sombra, que debería encontrarse en la habitación contigua.

¡Probablemente el hombre vestido de negro se dirigió hacia la puerta principal, siguiendo la pista de Zubian, sin percatarse de que el bandido había vuelto sobre sus pasos!

Aunque Shelton Milbrook no hizo el menor movimiento, Virginia Devaux actuó de pronto de una manera que desvió el ataque, frustrando momentáneamente el siniestro propósito del criminal.

Poniéndose en pie de un salto, la muchacha se interpuso valerosamente entre el asesino y el hombre a quien amaba. Sus manos asieron el revólver que el bandido empuñaba. Intentó arrebatarle el arma.

Milbrook fue en ayuda de la muchacha. La mano del malhechor se zafó de la presa de Virginia. Blandiendo el revólver, asestó un golpe al representante del Sindicato.

Cuando el hombre cayó, Zubian profirió una carcajada burlona. Tiró a la muchacha al suelo y con diabólica furia apuntó sobre el cuerpo indefenso.

-¡Tú sabes demasiado, también!-bramó-. ¡Morirás! ¡Tú y tu amante!...

El cuerpo de Virginia yacía junto a la puerta. La muchacha intentaba incorporarse del lugar donde el bandido la arrojará.

¡Levantando la vista, el criminal distinguió la figura de La Sombra, enmarcada en el umbral!

El forro carmesí de la capa negra brillaba a la luz. El ala del sombrero se fundía con el cuello de aquella capa. Los ojos de La Sombra chispearon por la abertura, mientras la mano enguantada de negro apuntaba su terrible pistola automática hacia el cuerpo tembloroso de su enemigo.

Fue entonces cuando el bandido internacional vió su muerte. No había posibilidad de negociar con La Sombra. Titubear significaría el fin. La muerte vendría como consecuencia de su último acto, pero no desistiría. Quería matar a la muchacha que le impidiera asesinar a Milbrook.

En el momento en que el gatillo se movía bajo el dedo de Zubian, la figura fantasmal avanzaba. Inconscientemente, la muchacha interceptó la puntería de La Sombra. Su cuerpo, directamente en la línea de tiro de Zubian, impidió que el hombre vestido de negro ganase de mano al bandido.

En el instante en que Zubian disparó, el cuerpo de la muchacha fue lanzado a un lado por el brazo del hombre de misterio, quien se tiró al suelo, presentando un blanco moviente.

El gruñido del criminal se convirtió en un grito de triunfo, al ver a La Sombra rodar por el suelo. El sombrero se lo llevó la bala. La cabeza del hombre misterioso permanecía oculta bajo los pliegues de la capa.

En aquel momento Zubian pensó que había matado a su enemigo.

No se percató de que La Sombra, al tirarse al suelo, escapó al tiro; ni de que la bala no tocó más que el sombrero negro.

El espía disponíase a disparar unos cuantos tiros más, para asegurarse de la muerte de su enemigo; pero no llegó a realizar su propósito.

Un brazo se elevó del suelo. Tras el brazo, aparecieron dos ojos resplandecientes; pero no fueron los ojos los que contuvieron a Félix Zubian.

¡Miraba el rostro de La Sombra, no las facciones de Lamont Cranston o de Enrique Arnaud, sino la faz de La Sombra misma!

Lo que vió allí; qué expresión del continente de La Sombra provocó una exclamación de horror hasta de aquel endurecido criminal, es cosa que jamás nadie podrá saber.

Su dedo tembloroso vaciló sobre el gatillo de su pistola. La mano firme de La Sombra no titubeó. El último tiro disparado aquella noche salió de la pistola automática de La Sombra.

Cuando Virginia Devaux recobró el conocimiento, breves instantes después, quedó asombrada al encontrar la habitación sumida, en un completo silencio.

Se incorporó y cruzó el cuarto en dirección del lugar donde yacía Shelton Milbrook. El hombre abrió los ojos cuando la muchacha se inclinó sobre él.

Luego se levantó y miró en torno de la habitación.

La Sombra había desaparecido; pero su partida fue la señal del fin de los criminales. El cinto de los diamantes estaba en el suelo, a los pies de Shelton Milbrook. No se había perdido ni un solo diamante de la valiosa colección.

En el centro de la habitación yacía el cadáver de Félix Zubian, fracasado en sus últimas tentativas de brutal asesinato y en su esfuerzo final, al vacilar cuando contempló el rostro de La Sombra.

La orgía de crímenes había terminado. Los asesinos estaban muertos. Gats Hackett, Bizco Freston, Douglas Carleton, Stanford Devaux, todos perecieron en la lucha con La Sombra.

Después de ellos murió el más siniestro de los bandidos. Fulminado por el último disparo, Félix Zubian resistió hasta el fin. Cayó después que todos los otros perecieron.

¡Su muerte señaló el fin de la sombra de La Sombra!

¡La Sombra había triunfado!

¡La Sombra volvería!

¡La Sombra reía!

FIN